RICARDO ROJAS

UNIV. OF ARIZONA
mn
Rojas, Ricardo/El pais de la selva
3 9001 03978 3090

EL PAÍS DE LA SELVA

GARNIER HERMANOS

PARÍS

EL PAIS DE LA SELVA

SPANISH and FRENCH BOOKS
ZABALA AND MAURIN
5 WEST 47th ST. NEW YORK CITY

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

RICARDO ROJAS

EL
PAÍS DE LA SELVA

PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

UNIVERSITY OF ARIZONA
863.61
R74
LIBRARY

BLASÓN

y comprende vn rio qve la ameniça, vn cerro qve la fortalece, vnos árboles qve la hermosean, y los símbolos del valor y de la fidelidad qve la distinguen*(De vna antigva bjecvtoria)

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/elpaisdelaselva0000rica_x6x6

Á

MIS AMIGOS DE ALLÁ,

EL PAÍS DE LA SELVA,

CON ESPECIAL RECUERDO PARA AQUELLOS

QUE CELEBRARON

LA ANUNCIADA APARICIÓN DE ESTE LIBRO

EN EL BANQUETE DEL 14 DE ENERO DE 1905

AFECTUOSAMENTE

DEDÍCALES

EL AUTOR

R. R.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Llámole « país de la selva » á la región argentina que se extiende desde la cuenca de los grandes ríos, hasta las primeras ondulaciones de la montaña. Dicha región abarca en la actualidad varias provincias, pero constituyó una sola en tiempos del virreinato español. Por atávico instinto de libertad y de belleza agrestes me ha seducido la comarca así, con límites salvajes, amojonada de montes y mensurada de ríos. He ahí por qué su nombre, aún siendo susceptible de precisión geográfica, adquiere como epígrafe literario, no sé qué sugestión de reino lírico, en cuya virgen espesura vamos á penetrar. A ella, en efecto, pertenecen los episodios y personajes de este libro, pequeña ofrenda prometida por mi corazón á aquella tierra donde viví la infancia, y donde ahora muertos de mi sangre, duermen al suave arrullo de sus frondas.

Cuento en estas páginas, — cuyo nombre á sí propio

fácilmente se explica, — la vida de nuestros bosques mediterráneos. Refiero el paladinesco arrojo de los conquistadores, la fe visionaria de los evangelistas, el choque violento de las razas, la sucesiva transformación de las épocas, la formación lejana de los mitos, las excelencias del hombre americano, el sentimiento de la poesía aborigen, y la virtud del rancho solitario, que en lo apartado de las breñas, salvó el aroma puro de las costumbres antiguas. Reunidos están aquí los dioses, los patriarcas, las luchas, los amores, el arte y el saber populares de mi tierra; y para que fuese toda la obra como la Biblia de su raza, no faltan ni siquiera las profecías, pues el capítulo final anuncia en una suerte de previdencia lírica, futuros sucesos de la comarca.

He preferido como procedimiento, la difícil y simple narración, aun cuando la abundancia episódica del asunto, obstaba á un solo relato, que, por otra parte, hubiera sido excluyente de los relatos parciales, ó sea del propósito principal. Una ojeada al índice de la obra, aclarará en el lector todo concepto sobre la naturaleza y plan de la misma. Hay capítulo como el primero, cuya acción se desarrolla en el siglo XVI, *mientras el epílogo es una fantasía del porvenir, hacia mediados del siglo* XX. *En cambio, si no los eslabona la intriga permanente de la novela, ni la minuciosa cronología de la historia, todos al par reflejan la unidad del ambiente mediterráneo donde esas creaciones han tenido su origen.*

Me han preocupado tanto la verdad del detalle como la precisión de la forma. Para conseguir lo primero he renovado la emoción de mis recuerdos de niño, he viajado con pasión por la selva descripta, he visitado nuestros museos y consultado una copiosa bibliografía de teólogos y cronistas que me preservaran de anacronismos é inexactitudes en los pasajes legendarios ó históricos. Para lograr lo segundo, no he desdeñado locución por arcaica ni voz alguna por indígena, mientras expresaran con justeza mi pensamiento; antes bien he preferido que en ese doble cariz castizo y americano del estilo, se manifestaran idiosincrasias de la comarca y del autor... En suma: he procurado componer un trabajo necesario para quien deseara aprovecharlo en ulteriores especulaciones, y simplemente ameno para quien lo leyere por inocente solaz.

No puedo apreciar yo mismo el logro de mis intenciones; pero estas páginas creen adunar el interés humano que siempre sugieren las nuevas formas colectivas de la leyenda; el carácter americano de la raza, de las costumbres, del ambiente argentinos; y el gesto personal que constituye la condición de mi existencia. Si acaso me engañara, recibiría el contraste sin desazón, con el sonriente escepticismo de un hombre que escribe por olvidar la vida y que no busca en la publicidad ni el aplauso complaciente ni el lucro. Pero sospecho haber realizado por lo menos una obra de bien, toda vez que los buscadores del oro han comenzado á destruir las

selvas mediterráneas en nombre de la civilización, y que sólo en un libro de este género podría sobrevivir un tenue soplo del misterio que ellas guardaron...

RICARDO ROJAS.

PRIMERA PARTE

EL PAÍS DE LA SELVA

LA CONQUISTA

Anochecía en aquel bosque...

Bajo su gran techumbre, bordada de follajes en tosca urdimbre de ramas, anticipábase la sombra, entenebreciendo salvajes retiros. A todo rumbo dilatábase lo inexplorado de la selva virgen. Expresiones humanas asumían las ásperas cortezas, desfiguradas en la penumbra del crepúsculo : este hueco siniestro semejaba el ojo solitario de un cíclope ; ese nervudo gajo, el poderoso bíceps de un atleta ; y la arboleda toda, un petrificado ejército de gigantes. Aquellos troncos seculares nacían de la tierra con el vigor de las primeras creaciones ; mas la imponente columnata, hecha como para sostener las altas bóvedas, se disipaba al sol en fronda gárrula, donde anidaban las aves y susurraban los vientos. Efímeras visiones parecían desprenderse de la penumbra, á lo lejos ; por el aire vagaba

una dulzura de silvestres aromas; y de esta suerte lo fugaz con lo eterno se unía en el misterio del solitario monte, donde la fuerte ancianidad que era su leña contaba por centurias los otoños que año tras año lo despojaban de verdor...

Tal era el paraje, donde al caer aquella tarde, acampara la columna de Conquistadores, á cuyo frente venía el Capitán don Diego de Roxas. Habíanse detenido en ese monte, como la noche de la víspera marcharan por él, á ver si despistaban á las escuchas aborígenes, que, según vehementes sospechas, les acechaban por el flanco desde que invadieron el país. Quedaban ya á su espalda, la hospitalaria Concho de los Diaguitas y más lejos la Capayán supersticiosa, dispersa en los alcores de los valles andinos. Ahora llegaban á los llanos frondosos donde habitaban los Juris, seminómades y guerreros. Aquí se hacían los caminos más arduos, y á favor de los bosques, el enemigo se tornaba invisible. El ámbito perdía su frescura; sus perspectivas el paisaje; y hasta los mismos elementos, — seca la tierra, el aire abrasador, — parecían confabularse con el indio nativo para resistir á los bravos aventureros.

Ya dominado el Cuzco por Pizarro, aquel puñado de hombres bajaba del Perú, con trazas de salir al otro océano, atravesando medio continente. Lo ignoto de las comarcas descubiertas, suprimía toda noción de las

distancias. No pudieran tampoco sospecharlas, en la medida de tan vastos desiertos, aquellos que poco antes recorrieran sin esfuerzo la Europa, en las primeras guerras de las nacionalidades. Ninguno imaginaba que irían sembrando con los propios cadáveres las sendas recorridas y que después de llegar á las pampas donde los grandes ríos ruedan hacia el Atlántico, veríanse obligados á desandar la triste ruta, diezmados por el hambre y los combates, alimentando con raíces las desmayadas fuerzas, en una lúgubre procesión de héroes que fuesen espectros. Y á fe que se necesitaba el espíritu paladinesco de la indomable casta castellana para haberse arriesgado en las entrañas de un mundo virgen, luchando á rompe brazo con los vientos, los pueblos, los ríos, las tempestades, los árboles, las fiebres, los pantanos, las sombras, las montañas; ... bregando á plena esperanza

contra el misterio,
contra el destino,
contra la muerte...

Las maravillosas fábulas del oro que florecieron á porfía, señalaban hacia aquel rumbo meridional, un río de la plata, de populosas márgenes y codiciables ondas que rodaban sobre argentíferas arenas. Habiendo jornadeado ochenta leguas desde lo conocido por frontera peruana, alcanzaban, á esta sazón, los últimos dominios territoriales de los vencidos Incas; y nadie imagínase las distancias que aún les faltaba recorrer para llegar á esas

fabulosas riberas. Habían perecido en los combates algunos compañeros valerosos; las murmuraciones comenzaban á indisciplinar la columna; sufrieran sed en las ásperas travesías, y hambre cuando se agotaron las vituallas; escalaran cerros, vadearan torrentes, salvaran precipicios, en la accidentada zona de las cumbres; mas nada les detenía, bullendo en cada corazón los ímpetus de la casta, y en el ansia común parloteando ese quimérico río, cuyas aguas albeaban de plata como en un eterno reflejo de luna.

Tras el país de la montaña, del reino Calchaquí, llegaban al país de la selva...

Hay sitios de la región, donde, inviolada la fronda, conserva las sugestiones de entonces. Acaso mi propia frente haya gozado la umbría del mismo árbol secular que cobijó, hace más de trescientos años, á un rey de esas tribus, á un conquistador de aquella leyenda...

Tierra de llanura, no se ve el panorama de conjunto: falta la inclinación de las faldas y la perspectiva de las cumbres. Carece de esas lontananzas sin obstáculo que hacen de la pampa una circunferencia verde y grandiosa cuyo remoto linde se detiene ante el mar ó el cielo. El bosque pone, de trecho en trecho, vallas á los ojos; es necesario penetrar en él, sentir el paisaje por su misma intimidad, y no por la sugestión de las distancias. Existen abras donde la vegetación se descubre,

soluciones de continuidad impuestas á la vegetación arborescente y añosa por llanuras de pasto y salitrosos manchones, pero tales paréntesis confirman la emoción general. Luengas llanuras están vestidas de arboleda; y basta, sin embargo, un rincón de la enramada para sentir su magnitud. Id á uno de esos agrestes retiros, á la hora de la siesta ó del crepúsculo, y será como si escucharais el silencio y pudierais ver las cosas invisibles que pueblan el misterio. Las voces irreales se tornan más densas; las hojas desprendidas de un árbol, el soplo del viento, el crujir de una rama, parecen rumores de la inmensidad. El mar nos sobrecoge con su clamor de muchedumbre: la montaña nos envuelve en la placidez de sus visiones: lo que no tiene límites se extiende entre nuestra alma y aquel horizonte de olas ó esta cumbre: las cordilleras y los océanos son la revelación de Dios: el hombre sabe que tras de unas y otros velan el Infinito y la Eternidad: pero en la selva falta, con el panorama de conjunto, la sensación de lo gigantesco y lo inmutable: en cambio, ante ella, el corazón se oprime de terrores y la mente se puebla de silenciosos fantasmas.

Fueron, acaso, estas sugestiones de la selva desconocida, las que impidieron á don Diego dormirse cuando cerró del todo la noche. Fatigada la hueste por las marchas, desenfrenaron las cabalgaduras y los soldados

recogiéronse al azar de la fronda. No era bisoño el jefe en esta guerra de los indios, ya probados honor y denuedo, en la conquista de Nicaragua. Dispuso, pues, medidas que les cautelasen de posibles asaltos á deshora. Según indicios de las avanzadas reales, la gente de los juris, — en cuya jurisdicción se hallaban ahora, — acechábales oculta en las cercanías del monte. Una pequeña guardia, al mando de Rodrigo de Pantoja, vigilaría los alrededores, con la consigna de que, si atrapaban algún escucha enemigo, lo condujeren á presencia del jefe; y si descubrían cosa de mayor alarma, disparasen un tiro de arcabuz. Varias cuadras atrás, en un bivio del camino que iba á desembocar en el de Chile, apostaríase Gonzalo de Soto, para guiar á Felipe Gutiérrez, teniente de la expedición, quien, habiendo quedado á la rezaga, en la frontera diaguita, llegaría de pronto á la selva, con todo el resto de la tropa. Nadie encendiera los habituales fuegos del vivaque, y así quedó el campamento al más seguro amparo de los follajes y la sombra.

Cumplidas estas resoluciones, se desembarazó don Diego de sus armas, y en medio de la sombra y el silencio que anegaban el bosque, empezó á meditar bajo aquellos árboles. — ¿ Á dónde iban?... ¿ Qué inflexible designio de la fortuna los llevaba, por entre peripecias de romance, hacia el misterio donde acaso les esperaba la muerte? — Inmensas las llanuras, ásperas las montañas, la selva ahora hostil; empero,

inquebrantable la esperanza y el brazo no cansado de luchar... ¡ Ah, bien se veía en ese puñado de valientes, perdido en la soledad de un mundo virgen, el genio fanático de las caballerías de Granada, que derrotaron al árabe infiel, el genio bélico de las infanterías de Nápoles, que resistieron las fatigas del hambre, de la distancia y de la guerra ! — Inmensas las llanuras... ásperas las montañas... la selva ahora hostil... Desfilaba el paisaje de las comarcas recorridas, y en el curso muchas veces ilógico de esas visiones, alternaban nostalgias del hogar distante ; añoranzas de su querida Burgos, donde naciera ; travesías del mar... el sonoro desierto de sus ondas..., la luna y el bramido de las noches oceánicas... Entonces la fuerte alma del paladín, sintió pasar sobre ella congojas de mujer enternecida, — fuése al influjo de los sensuales aromas difundidos por la selva en el ámbito, ó á los rumores del viento, que remedaba diálogos de invisibles fantasmas ; ó á la luz de la luna, que aparecida ya sobre los montes, iluminaba al héroe en su claridad de leyenda, desnivelando al par la inmensidad, sobre el callado piélago de las nubes.

Iban pasando así las horas, cuando, de pronto, una voz varonil clamó á lo lejos :

— ¡ Capitán !... Capitán ! : gente por el bosque!

La hueste, que entrevelaba en su lecho de hierbas y

monturas, se incorporó á ese aviso de peligro, y vieron á Rodrigo aparecer donde la tropa, conduciendo con otros de la guardia á un espía aborigen que acababan de aprisionar. La gente, movida de curiosidad y sorpresa, se avalanzó en pelotón informe sobre el enemigo, formando á voces un endiablado guirigay. El Capitán llegaba en ese momento desnudando el sable. Su presencia puso paz en la turba.

— ¡Voto á bríos! — exclamó jubiloso el castellano.

— ¡Dejadle pasar! — dijeron algunos, remolineando en grupos.

— Hele ahí, mi Capitán, — agregaron, entregándole al indio amedrentado.

— ¿Qué sucede, Rodrigo? — interrogó parsimonioso don Diego.

— Dos indios se deslizaban entre los árboles, y en viéndoles, fuimos á ellos; el uno ha conseguido fugar: al otro, ahí le tiene vuesa merced.

Viva Rodrigo de Pantoja!!! tronó la soldadesca, despertando los ecos y las aves en la callada espesura donde comenzaba á amanecer.

Á la difusa claridad del día, se destacaba el prisionero, vestido de lana burda desde las rodillas á los hombros, ceñido el cuello por un collar de amuletos y encuadrada la faz ruda y bravía en la melena desgreñada y lacia: — un aire de familia identificaba este hombre y aquellos árboles.

La multitud de soldados se aglomeraba curiosa, ce-

rrando corro en torno de Rodrigo, que refería á su jefe los pormenores de la hazaña. Domingo de Orbaneja y Bernardino de Balboa, otros bravos, partícipes en ella, retenían, con patente orgullo, el arco flexible y el haz de flechas que le arrebataran. Algo como una lóbrega ironía se mezclaba á ese cuadro, donde á manos de los invasores quedaba ya este fuerte hijo de la selva, que se mordía los labios y apretaba los puños, lleno de cólera impotente.

En esto, el grupo fué distraído por un vocerío que vibró á la distancia... Se oyó después estruendo de arcabuces á la desgranada... Hubo en el aire una resonancia de galopes... Y como para tranquilizar á los compañeros que oían, la muchedumbre lejana se expandió en este grito: — ¡Viva el Rey!

Y el eco de las Selvas respondió:

... Viva el Rey ...

Era la mesnada de Felipe Gutiérrez que llegaba, por fin. Hernando de Soto pernoctara esperándoles, y al encontrarse en la encrucijada del camino, se desataran todos en esa ruda albórbola de placer y de guerra. Una vez en el castro, la tropa se reanimó con el bullente coloquio de los camaradas que volvían á reunirse. Eran infantes y jinetes, que ascendían á dos centenares de hombres, más la gente de servicio con las mulas, en cuyas árganas traían las provisiones.

El último pueblo á donde llegaran, llamábase Macajar, en lengua y tierra de enemigos. Los naturales, al sentirlos, abandonaran sus casas, huyendo á la espesura de la selva vecina. Desierto el pueblo y sin botín, agravara con semejante desamparo la angustia de los paladines, ya suficientemente flajelados por el rigor del clima y de la seca. Suerte que el día de reemprender camino, cayó un fuerte chubasco, y pudieron colmar de fresca lluvia los zurrones de cuero preparados á guisa de cantimploras. Ardiendo todos en ese clima de horno, sudando mares bajo las cotas, extenuados por las vigilias y la marcha, avalanzábanse á beber, sedientos, el agua pura de los odres.

Mientras esto ocurría en la soldadesca, don Felipe y don Diego, separados varios días por los azares de la expedición, apartáronse deseosos de platicar á solas bajo los árboles. Ambos jefes debieron protestarse lealtad inquebrantable, desvaneciendo así los últimos recelos con que, desde antes de Capayán, viniera separándoles la cizaña sembrada en la hueste por la ambición de los unos y la avidez de los otros. Unidos hoy más que nunca, decidieron llamar á la gente de mejor consejo para resolver de consuno si se hallaban con fuerzas de seguir adelante la expedición.

Previamente, mandaron conducir ante su presencia al indio prisionero. Alguno de los soldados chapurreaba el idioma del país, y por medias palabras que el aborígen, pesaroso y rebelde, completaba con señas, obtu-

vieron informes, aunque vagos, sobre el territorio á recorrer. Del río fabuloso, cuyas riberas buscaban, nada supo decirles. En cambio, les hablara de otro río, — el Dulce, acaso, — cuyas aguas corrían á pocas leguas de allá. No arrastraban sus ondas pepas ni polvo de metales preciosos, antes bien las arenas de sus costas eran á trechos áridas. De la plata, del oro, del bronce y del hierro, sólo conocían los indios valerosos, habitadores de la boscosa llanura, lo que trocasen, por frutos de su tierra, con el Calchaquí de la montaña.

En posesión de esos datos, se reunieron los hombres de consejo. Al salir del Cuzco, habían estipulado los conquistadores, dadas las contingencias de estas expediciones en lo interior de la América, que si Roxas moría, le sustituyese Felipe Gutiérrez, y si el Teniente perecía también, le reemplazase el Maese de Campo don Nicolás de Heredia. Llamaron, pues, á Heredia; citaron igualmente á Diego Hurtado, alférez de la columna; á Pedro López de Ayala, Alonso de Lagos, Juan de Balmaceda, López Sánchez de Valenzuela, Francisco de Mendoza, Diego de Maldonado y Pablo de Montemayor. En torno, el resto de la tropa aguardaba la palabra de su caudillo, á quien seguían con el sentimiento caballeresco de un tiempo feudal. Todos aquellos hombres, villanos, malhechores ó gentiles hidalgos, identificaban sus almas, en la fe, la ambición y el arrojo que les eran comunes. En lo exterior, identificábanse también los cuerpos : vestidos todos por sendas cotas de

malla, suspensos al talabarte los aceros, y las cabelleras, blondas ó brunas, crecidas en el desaliño de la guerra, dando á sus rostros varoniles, curtidos á la cálida temperie, la expresión de una máscara primitiva y salvaje.

Una mujer — ¡ la única ! — dulcificaba la rudeza de ese grupo de hierro.

Era una joven castellana, compañera de Felipe Gutiérrez.

(Clelia, Violante, Inés, Leonor, Roxana, Estrella ! — ¿ quién dijera tu nombre, desde el olvido secular donde yace? ¿ Fuiste acaso una tronga de las que pasaban á las Indias con los héroes de la novela picaresca ; ó un noble corazón de temple antiguo, que supo unir en la vida, las fuertes emociones de la guerra con las dulzuras de un episodio galante.) — Su voz debió de ser cristalina como el parloteo de las gárgolas, la voz en que mezclaba á aquellos coloquios bélicos sus ingenuos decires ; mientras los guerreros, de frentes ceñudas, reflexionaban :

Regresar al Perú, juzgábase un expediente cobarde, sin provecho ni gloria. Volver, á mitad de la jornada y con peligro de convulsionar numerosos pueblos, á los cuales, con el desaliento de los desastres, quién sabe si podrían resistir ! Además, las perspectivas del camino resultaban ahora más halagüeñas... Y como alguien aludiese con temor á los Juris, la nación numerosa y guerrera que poblaba la selva, — Alonso de Lagos respondió, dirigiéndose al jefe :

— Recuerda vuesa merced aquellos versos del Romance, que dicen :

Los filos de Durindana
No mellan al castellano,
Ni este fuerte y duro acero
Pudo resistir su brazo ... »

— Sí los acuerdo, Alonso : es cuando muere el paladín Roldán, — respondióle don Diego.

— ¡ Pues bien ! — exclamó el antedicho, con tono enfático : — Contra los que fatigaron aceros encantados, ¿ pudieran lanzas de bárbaros? También nosotros, ¿ no somos castellanos, por ventura ?

Y este arranque de orgullo comprometió los ánimos. Un escalofrío de coraje recorrió por las médulas. Fulguraron los ojos como si ya tuviesen bajo su mano al enemigo. Y adelantándose con los demás, don Diego, á plena voz, gritó á la hueste :

¡ Se ha resuelto seguir !

Una gran clarinada vibró en el bosque desgarrándose entre las copas de los altos y leñosos quebrachos, y al par un coro de bravos y aleluyas, brotando de aquellas bocas montuosas de barbas, se levantó en el azul del claro día, con la marcialidad de un vuelo de águilas despertadas en su nido de breñas...

Alarmantes noticias de esta invasión cundían, entre tanto, por el campo enemigo. Los correos que años atrás llevaran á los curacas imperiales la requisición de sus tributos para el rescate del Inca prisionero, habían difundido hasta en los más lejanos territorios la leyenda de estos hombres blancos que venían del otro lado del mar. Súpose después el inicuo asesinato de Atahualpa ; la caída del Cuzco en poder de los invasores y sus probables expediciones guerreras hacia las amedrentadas provincias. Y el eco de los trágicos sucesos, repercutiendo en boca de los chasquis, iba á infundir espantos, hasta en el misterioso país de la selva. Despertábanse obscuras reminiscencias de la raza, alusivas á estos seres extraordinarios, fuertes y bellos como los dioses rubios, algunos de ellos como el divino Sol, hombres cuyo recuerdo se borraba en pretéritas noches de teogonía ó de leyenda, y cuya vuelta se anunció para días de desastre que comenzaban ya.

Más de doscientos años antes, el Inca Huerache recibió á los embajadores del reino de Tucma que le llevaban ofrendas de algodón, miel y cera, desde las selvas y los valles del sur, á trueque de la civilización peruana que los acogería en su seno. Y ese era el monarca por cuya boca, las potencias obscuras del destino vaticinaron que el hierro de hombres blancos, venidos del océano sagrado donde se apaga el sol, exterminaría las razas de América y el linaje de sus magníficos Reyes. Por eso cuando, tres años antes de la invasión,

horrible seca flageló la comarca, se juzgó, por los signos aciagos de la tierra y el cielo, que había llegado el tiempo de las profecías. Cayeron las hojas de los árboles, los bosques se tornaron más terreños, no germinó la mies de los sembrados, y mientras el Sol quemaba la tierra, — *Inti rupas tian*, — diezmaba el hambre las haciendas y el indio sitibundo iba á morir al borde de los arroyos ó los ríos, sobre las gredas y los riscos estériles. En vano fué llevar á los menhires y las grutas sagradas de los cerros, exvotos ó plegarias por el verdor de los campos y la humedad de las fuentes. En vano fué pedir á la Mamasara, la deidad protectora de las chacras, el logro de las cosechas, olvidada del dulce granar de las panojas; en vano fué deponer sacrificios ante los mitos fálicos del agua ó las huacas simbólicas; en vano muchedumbres de pueblos desesperados y sedientos alzaron á las nubes sus cántaros vacíos, implorando los dones de la lluvia al torpe son de cánticos rituales. Y cuando concluída aquella advocación del llanto y del rezo, la Huayrapuca, el ave mítica de las tormentas, voló sobre la selva estremeciendo el hueco de la noche, con sus alas de viento, con sus garras de rayos, con sus cantos de trueno: juzgaron los augures que habían llegado las vísperas del exterminio. Aquella tempestad — recordada por los cronistas — debió de ser uno de esos fuertes ciclones que yo he visto cuando niño en mi tierra, pasar arramblando el bosque todo, y levantar en su aliento, no

sólo el techo de los ranchos. para él liviano como una brizna, sino los propios árboles, que decuaja su saña, como si fuese el hacha de Pillán, el dios del rayo que en la leyenda de Arauco troncha los robles de un solo golpe... Sobre ese camino de desolación, sobre esa ruta de los éxodos, muchos de aquellos pueblos amenazados por la muerte, huyeron á sepultarse en la breña transaladina, donde sus descendientes quizá perduran. Los pueblos calchaquíes, á lo largo de la gran ruta de los Andes, tampoco detuvieron al invasor, pues la palabra de sus sacerdotes, — alcahuisas y turpentaes, — detuvo en lo alto de las pircas guerreras las galgas del pucará... Pero los juris belicosos, adheridos al suelo como los árboles del propio bosque á cuya sombra vivían, esos sí se resistieron al invasor.

... Aquella noche, en el abra cercana, los indios, congregados en número de seiscientos, esperaron, hasta el despuntar del alba, la vuelta de los espías despachados la tarde anterior. Era sol alto cuando llegó jadeando el último, y avisó que su compañero había sido aprisionado por los españoles. Otro, que les había seguido, flanqueándoles el paso por la intrincada vera del monte, avisó que los enemigos eran pocos. Los que hubieran conseguido verlos manifestaban asombro por las figuras, pues los caballos que montaban eran para los indios seres desconocidos.

Pasaron así las horas de la mañana, entre vacilaciones y conjeturas. A eso de la siesta, el jefe de la muchedumbre india, llamado Sinchihuaina, — Varón Fuerte, — ordenó que alguien se encaramase á cualquier quebracho y avizorase la llanura. El día estaba claro, y en la diafanidad de la atmósfera la luz abría á la visión perspectivas remotas. El atalaya anunció entonces que allá lejos, en la otra linde del abra, sobre el fondo sombrío de la arboleda, se esbozaba el grupo. Como uno de los escuchas de la víspera subiese también, éste reconoció á los castellanos. Ratificada la noticia, una emoción supersticiosa y trágica dominó el corazón de la hueste, concretándose toda ella en un solo designio de lucha, perentorio y brutal como un instinto. La conciencia de su ventaja numérica acrecentó los entusiasmos, y á la voz del valiente Sinchihuaina, la tribu entera se movió al ataque de los misteriosos enemigos...

Esa tarde se realizó el primer encuentro, después de varias escaramuzas. El combate fué breve y concluyó con la dispersión de los indios, más que vencidos por los conquistadores, azorados por la enigmática fuerza de las caballerías y el estruendo inaudito de las armas.

Poco después, en un paraje análogo, se repitió la refriega. Las dos razas volvían á encontrarse, y esta vez en un choque definitivo. Mientras los invasores adelantaban algunas leguas hacia el sur, los otros se reconcentraban nuevamente, sin perderles el rastro. Los cas-

tellanos aguardaban el choque, enorgullecidos con la reciente victoria; y, entretanto, los hijos de la selva acrecentaban sus fuerzas con la convocatoria de nuevos pueblos. Huidsan, Yaar, Vilpa, Illapa, Chilcas, Puma, Huasca, Maquin, Chuncha, — tales eran los nombres de los capitanejos, cuya gente sumaba, por junto, un formidable ejército de tres mil.

Distinguía á los jefes el paramento de las insignias guerreras: thoquis por cetros, ponchos por túnicas, y por coronas ó cascos, vinchas de cuero prolijamente aironadas de grandes plumas, que el viento de las luchas agitaba sobre las frentes, cual si fuesen penachos multicolores. Seguían después los hechiceros, sacerdotes de la idolatría local, á quienes consultaban los caciques, antes de comprometerse en los combates, pues ellos comprendían el idioma augural de la estrella, del agua, del árbol, del ave, de la flor, de la llama protéica y divina. Algunos vestían pieles de tigres y leones, muertos por ellos mismos en la selva, y de tal guisa terciaban á su espalda la pavorosa vestidura, que embalsamada la cabeza del felino, asomaba ésta última, como el emblema de un yelmo trágico, sobre la cabeza del guerrero. Otros iban cubiertos de objetos simbólicos, caylles que les servían de amuletos, ó ajorcas y pulseras cuajadas de crótalos, cuya función era sonar, sonar siempre en el entrevero de las batallas. Completaban el resto los hombres de armas, muchedumbre de combatientes fuertes y jóvenes, ata-

viados por sencillas telas de guanaco ó vicuña, si las tuviesen, y á medio vestir los otros, al aire el pecho duro, como corteza de árbol añoso. No faltaban quienes trajesen adargas, heraldizadas de grotescas figuras épicas ó personajes mitológicos; ni quienes, hachas de piedra, según usanza calchaquí, ó de bronce, — cortadas éstas de diversa laya: unas con varias puntas, como los dedos de una mano abierta; otras de un solo filo como picas. Piedras, viras, mazas, garrotes, hondas, lives, tangoles, cuernos, lazos, discos y bolas, completaban el arsenal. Pero en arcos y lanzas, residía su fuerza más decisiva: de entre la mar de cabezas humanas salían los chuzos, las moharras agudísimas unidas á los cabos de virtuosa madera que prodigaba el bosque familiar; y rebosantes las aljabas de flechas, finas y voladoras, que enherbolaban físicos silvestres con zumo venenoso de eléboros indianos.

Tal era el ejército primitivo, multiforme, pujante, donde la vieja tierra maternal transfiguraba su genio para la propia defensa, trocando en fuerza mortífera gajos, fieras, savias, cueros, piedras, fibras, sones, vientos.

No se detuvo, sin embargo, ante el avance de tan ruda legión, el indómito grupo de la conquista. Casi al mismo tiempo, se avistaron los dos beligerantes, desde opuestos extremos de una misma llanura. Esta,

— que iba á ser el teatro de la batalla decisiva, — era una de esas pampas frecuentes en medio de la selva regional. Á lo lejos, dos grandes masas de bosque limitaban el abra gigantesca, aportillada al otro rumbo en un ralear de algarrobos y chañares, por donde se escapaba el llano, en óptico declive de rampa hacia el horizonte... Por allá irrumpió el ejército de los indios, á paso de trote, con su táctica de atropelladas y entreveros... Alguna piedra ó flecha les precedían, pero, arrojadas tan de lejos, iban á caer como cansadas ante la hueste española, que, más estratégica, detúvose para la refriega, haciendo espaldas en la ceja del monte. Infantes castellanos corrían á parapetarse tras de quebrachos, para disparar desde allí sus armas. La caballería se preparaba á romper el ataque y debía dejar el campo libre al fuego de los otros, después de la primer arremetida... Entretanto, llegaban desde la tempestuosa distancia, un golpetear de bocas y de manos, un trompetear de guturales lamentos, cascabeles, atambores, silbidos, — todo el fiero fragor de la guerra. Eran los indios que avanzaban rugientes y confiados viendo sólo ese grupo de los jinetes dispersos y el coruscar del sol en el bruñido metal de los arneses y los sables reales. Los invasores, entretanto, veían, embargados de asombro y de coraje, aquella nube de tempestad que se venía sobre ellos, envuelta en el polvo leve que el aquilón de la muchedumbre levantaba, llena del trueno de sus voces.

Cuando los proyectiles comenzaron á herir y llegó el enemigo á conveniente distancia, una bocina, por mandato de don Diego, clarineó la orden de ataque, y el grupo de jinetes atropelló á toda furia sobre la nube...

¡ Santiago, á ellos ! — clamaban cincuenta voces contra los nuevos infieles, como en los tiempos de la morisma ; y el numen invocado por aquellas almas fanáticas y heroicas, parecía venir á mezclarse á las peripecias de la lucha, como en los episodios de una rapsodia homérica.

En aquel momento, unos y otros se entrelazaron con la misma saña y enceguecieron con el mismo furor. La diferencia numérica redoblaba los ímpetus hispánicos; y el azoramiento indígena crecía ante los extraños enemigos, que pasaban en los entreveros de la batalla fabulosa, clarineando relinchos y relampagueando sablazos.

Solamente la noche pudo interrumpir el combate. Con las primeras sombras empezó la dispersión. Los unos y los otros abandonaban el campo, ni vencedores ni vencidos, para renovar la batalla al día siguiente.

Los indios cambiaran entonces de táctica. Lanzaban desde lejos discos arrojadizos; bolas retobadas, con largas asas de tientos ; envenenadas saetas ; lives de tres pesos, cuya cuerda venía vibrando por el aire, ó piedra

de las hondas, que la mano del hábil fundibulario despachaba certera. Y mientras tales proyectiles no daban en su blanco, ó apenas si causaban contusiones, los españoles contestaban con armas de fuego, cuyas balas venidas no sabían los indios de dónde, penetrábanles en el cuerpo, diezmándoles. A esto se agregaban canícula y bochorno de verano, hasta que, desilusionados de su inútil gimnástica, tentaron, después de medio día, un ataque á la desaforada, como la tarde anterior. Contrarrestados por la caballería y el fuego lateral de los infantes, fracasaron también, y huyeron por el descampado del abra.

La noche interrumpió de nuevo el combate. Como saliese la luna, los castellanos se aventuraron á recorrer el campo, buscando un compañero extraviado. Se oían lamentos de indios heridos : — *¡ añay ! ¡ ananay !* — y el soldado que lo sintiese, aproximábase al agonizante para ultimarlo de un tiro. Varios hombres recorrieron infructuosamente el abra : no hallaban al camarada ni á su caballo; así es que en el campamento se pasaron la noche conjeturando la posible cautividad del ausente y viendo una columna de humo que se levantaba allende el otro bloque de monte, plateada de luna — tal vez alguna inmolación de los indios á su dios de la guerra.

Al amanecer el tercer día, el combate continuó más

reñido. Los juris, con nuevos contingentes de fuerzas, volvían á aparrecer en la llanura. Era el postrer ataque, pues si habían conseguido detener á los invasores, ya no imaginaban vencerlos.

Traían los juris en la punta de una pica la cabeza del soldado castellano á quien los suyos no pudieron hallar. Otro erigía á su par la cabeza del caballo, degollado también. Este fraccionamiento del jinete y de su montura les aclaraba á ratos, y á ratos les obscurecía, el enigma de esas caballerías con que osaban luchar, Algunos comenzaban á creerse comprometidos en una guerra con seres sobrenaturales y si venían de nuevo al combate por solidaridad de raza, empezaban á dominarles vagos terrores. En cambio, á los otros, les retemplaba de cólera el espectáculo de ese trofeo carnal, la cabeza del blanco, goteando sangre aún desde la punta de esa pica.

Los castellanos á la vista del doloroso escarnio, se lanzaron enfurecidos. Los indios, azorados, vieron desgranarse sobre ellos el pelotón de jinetes. Jamás como entonces cobraron estos á sus ojos mayor misterio y grandeza de mitos. Las trompetas rugían ; relinchaban los brutos cual si se reconociesen en aquella otra cabeza, erigida á lo lejos como una provocación ; vientos de guerra soplaban sobre el campo, y á su roce la grímpola española se estremecía colérica sobre el asta del guión. Los infantes arreciaban el fuego por los flancos en mortandad segura, mientras la caballería atropellaba

el centro, con tal hambre del matar y tal desprecio del morir, que aterrorizaba á la Muerte... Blandiendo sables á diestro y siniestro, con ciego heroísmo iban dejando doble tendal de cadáveres, á las dos veras de sus fatales galopes. No atinaban á comprender los indios si aquellos animales eran seres inteligentes ó si aquellos jinetes eran hombres cuadrúpedos : de tal guisa los movimientos de ambos se armonizaban. Y agachado el guerrero sobre el cuello de su caballo, encrespado de crines, no se veía si la diestra que esgrimía á su flanco la espada, era un brazo del hombre ó del bruto.

— *¡Despierta, hierro, despierta!* parecían vomitar en sus roncos gritos, como los antiguos almogávares, golpeando con las armas los escudos. Y confundíanse en un clamor unánime, el pororear de los arcabuces y pistolas, la bélica algazara de los indios, el eco bullicioso de los crótalos, el ululante son de los clarines, el broncíneo estridor de los broqueles, y los torpes tropeles de aquellos corceles.

Todo esto se realizaba por cargas que se repitieron las unas en pos de las otras, hasta que, al fin, los indios apelaron á un supremo recurso. Concentrados en compacto montón, á la manera de falange helénica, espaldas con pechos y hombros con hombros, se unieron todos, en una vasta muralla sólida de carne y de hierro. Enristraron en derredor y en alto los chuzos, erizándose de moharras como un desmesurado puerco-espín.

La caballería española, en viéndoles, galopó á deshacer el grupo. La atropellada fué sangrienta. Algunos corceles, á pesar de los gritos y latigazos, encabritáronse de miedo, resabiándose por ahí. Otros, al llegar, bajo el acicate de la espuela, corveteaban con brío é iban á caer de un alto salto en medio, sobre cabezas de indios, pero bruto y jinete despanzurrábanse en la filosa punta de las lanzas.

Con ataque tan recio, desfalleció la falange. Los juris comenzaron á huir. Deshecha su vanguardia, la retaguardia de los arqueros reculaba también; pero disparando los tangoles aún. Sobre el campo sembrado de vísceras, caía la venenosa lluvia de saetas... Entonces, allá lejos, uno de los jinetes que acababan de atropellar, vaciló sobre su montura, y se le vió desarzonarse, con espada y yelmo, desde la grupa del caballo. Caía la tarde; pero á su luz indecisa pudo verse que aquel hombre era don Diego de Roxas, el jefe de la Conquista. Una flecha perdida acababa de clavársele en el muslo.

Apartados en lo interior del bosque cercano, después de la victoria, el Teniente Felipe Gutiérrez y la mujer que le acompañaba, atendían solícitos al denodado paladín.

Había cerrado ya la noche.

En el cielo brillaban rutilantes estrellas.

El bosque estaba lleno de silencio y de sombra.

Sólo más tarde apareció la luna.

De la cercanía vinieron tres soldados.

Sus continentes eran graves.

Otro, acercándose, interrogó en voz baja :

— ¿ Habéis enterrado ya todos los muertos ?

— Todos, señor.

— Dios los haya en su gloria...

— ¿ Y el Capitán, señor ?

— El Capitán irremediablemente se muere...

Y de esos pechos se escapó un suspiro.

Don Diego deliraba en aquel momento. La flecha envenenada le inficionara la sangre, y el Capitán de veras se moría. Abrasadora fiebre turbaba su cabeza, y en el delirio agónico murmuraban sus labios : « Seguir... seguir... hacia los ríos lejanos... adelante... sobre la tierra nuestra... nuestra... » Y al terminar, cerráronse sus párpados en la luz de la gloria, mientras la roja sangre, chorreando de la herida, rubricaba en la tierra blanca y virgen, eterna ejecutoria de dominios para la posteridad de su raza.

SEGUNDA PARTE

UN CAMINO

En el zaguán de la estación campesina parpadeaba el farol como un ojo con sueño. La campana, el silbato de la locomotora que acababa de partir recién llegada, el ladrido de los canes insomnes, — todo había callado ya. Apenas si los bosques circunvecinos, amontonándose hacia el horizonte en silencioso bloque de sombra, se turbaban con el fragor, cada vez más lejano y apagado, de los herrajes en marcha... En la oficina del jefe su reloj mural, pausadamente, como aburrido él también, sonó las nueve... Cuando nada se oyó, salí al corredor trasero, y cual en una bóveda resonaron mis pasos en la casa desierta. La misérrima alquería formada de ocho viviendas de madera y adobe, se alineaba pugnando por formar una calle. El exiguo villorrio dormía profundamente; había en aquello algo

de lóbrego, pero la luz de la luna atenuaba hasta una grata melancolía esa tristeza.

Hacia el oriente comenzaba, junto á la margen del Salado, la región terrífica por donde supieron venir las hordas que, en muda complicidad con las tinieblas, caían sobre las poblaciones indefensas y muelles de la adyacente Mesopotamia, hasta las riberas del Dulce. Entregada entonces á los pecoreos de los indios, tal era el antro obscuro de donde salió el flagelo de los malones y el campo que alimentó con su pábulo todo género de leyendas. Las sociedades que germinaron en la cuenca del Dulce, estuvieron en contacto perenne con la civilización: primero los quichuas, después los conquistadores españoles, más tarde los misioneros católicos, y por último el tráfago del Alto Perú. Los Incas crearon una monarquía más admirable y soberbia que las teocracias antiguas; sólo los romanos se les parecen en su capacidad para el gobierno y en su poder para la expansión: de ellos heredaron los pueblos del Dulce el idioma, cuando, desde su espontáneo sometimiento al Inca Hueracoche, narrado por Garcilaso, formaron un solo reino con las dinastías del Sol. Al iniciarse la conquista, con la presencia de don Diego de Roxas, dos pueblos principales habitaban esa región: los juris y los diaguitas, — si hemos de poner de lado á los calchaquíes que, por su condición montañesa, que-

daban fuera del país de la selva. Diaguitas y Juris desaparecieron pronto como entidades colectivas, bajo el régimen colonial. Habían sido inteligentes, trabajadores y nobles; hablaron una lengua rica y expresiva, amaron el progreso, contribuyeron á la formación de nuevos pueblos como la suntuosa Esteco ; y la sobrevivencia de su lengua, aprendida por el español, y el hijo del español hasta nuestros días, es una prueba más que suficiente de sus excelencias sociales. Es esta nueva raza, la que hizo de la ciudad de Santiago del Estero, fundada en Diciembre de 1553, ó Marzo de 1554 (pues extraviada el acta no se ha conseguido fijar la fecha con precisión) — « el Seminario de la Conquista » — como la ha llamado el Padre Lozano. Centro civilizador de todo el Norte argentino, de allí salieron los exploradores y evangelizadores del país de la selva, cuya metrópoli ha sido por ejecutoria de reyes y por derecho de primogenitura. Ella fundó en el septentrión y en el occidente las nuevas ciudades que serían el protoplasma de nuestro sistema federal, mientras por el oriente luchaba con la grande y misteriosa zona del Chaco, que confinaba en el Paraguay legendario. Los mapas relativamente modernos de M. de Moussy marcaban el Salado como límite de Santiago, según la tradición de la colonia. Por allí pululaban mocovíes, tonocotés, abipones, matarás, estecos, tobas y matacos, tribus de una raza distinta, más bien antagónica de la civilizadora raza del Dulce. Los descendientes del pueblo que habló la lengua de los qui-

chuas han bregado durante muchos siglos con sus vecinos de la breña. Algunos cronistas refieren que al llegar los conquistadores castellanos por la montaña calchaquí, muchedumbres indígenas huyeran á refugiarse en los bosques chaqueños. Acaso sean sus descendientes los que han resistido al blanco hasta nuestros días. Los admirables jesuítas y los valientes franciscanos cruzaron sus dominios sin dejar honda huella. Tampoco fué duradera la acción de los soldados reales, á pesar de su legendaria bravura. Durante el siglo XVIII el Cabildo español de Santiago creó fortificaciones en la línea que á la sazón llamábase la frontera, posponiendo á veces los triviales asuntos cotidianos con el objeto de tratar en toda una asamblea, como la del 14 de Mayo de 1771, « de lo tocante al pro de esta república y su vecindario », para resistir « al bárbaro enemigo ». Un siglo más tarde intentóse por primera vez salvar desde uno y otro lado de la inviolada selva la valla natural de los ríos que limitaban el país tenebroso. Es sabido cómo resultó un fracaso semejante aventura. El vidente del éxito que conquistó la Pampa con la absoluta certidumbre de sus resultados, no soñó jamás con la conquista de la selva, donde era difícil vencer al indio en sus intrincadas y nómades aduares. La fronda misma les protegía, y quienes intentaron dominarle con sables y cañones, sólo consiguieron apuntar en sus mapas el signo de fundaciones más ó menos efímeras. La posesión de aquella zona transaladina va realizándose por un método pacífico é indus-

trial, y la ciudad ha de vencer, por ese lógico sistema, los últimos renacimientos de la hidra selvática. Primero los fortines, los estaciones ferroviarias después y los campamentos forestales más tarde, tales fueron las avanzadas que la civilización hizo en sentido inverso, siguiendo siempre, según la fórmula de Sarmiento, de las ciudades á las campañas. Este movimiento expansivo fué acompañado de un éxodo de antiguas poblaciones santiagueñas siendo esa conquista de las selvas orientales, obra exclusiva del habitante regional. Hombres de Salavina, Matará, Atamizki, Ojo de Agua, vinieron á poblar la nueva zona. Desde Icaño hasta Añatuya, desde Suncho Corral hasta el Tostado, las breñas y las abras se han poblado con estos ponieres de la civilización, salidos de la misma raza de indios y españoles que glorificó de epopeyas todos los rincones del nuevo mundo. Hoy se va en ferrocarril hasta el centro de los bosques antes desiertos, y son genuínamente castellanos los apellidos que uno encuentra en los ranchos solitarios ó las aldeas nacientes : Villagrán, Basualdo, Ortiz, Ibarra, Garay, Aguirre, Góngora, Manrique, son palabras que evocan al ignorado abuelo conquistador, mientras el tipo físico recuerda aún al pueblo de las primeras encomiendas, allá en el siglo XVI, mezcla del alma quichua con el alma española, como en las páginas de este libro — visión de siglos que llegaba á mi mente, con el tumulto de la historia, aquella noche de viaje, rodeados por los propios bosques

de la proeza, bajo la grata melancolía de la luna...

Podíamos pernoctar en la estación, pero, ello no obstante, y lo avanzado de la hora, decidimos aventurarnos en aquella selva... Ninguna banda de cuatreros nos asaltó en la espesura, ni salvajes con lanza nos obligaron á ir á sus toldos, ni dimos caza á un tigre cebado que no nos atacó... Todo el terror de la fábula estaba ausente allí, por ventura; y como no iba en pos de tan fieros azares, celebro no poder regalar al lector con folletinescos episodios.

El camino quebrábase primero, orillando unos cercos, para internarse después libremente en los redaños del bosque. No traza líneas geométricas, siendo ruta formada por el azar de los traqueos y el continuo pisar de los caminantes. Busca la curva de las menores dificultades, donde la vegetación ralea ó donde los troncos no obstruyen el paso. Eso presta á las huellas una sinuosidad propicia á toda suerte de sugestiones. Entre sus recodos y umbrías, el ánimo es una perenne alarma ó una constante prevención. Es allí donde el espíritu regional aprende á prevenirse y á defenderse... Y en aquella sazón, agregábase á todo el ser noche de luna, lo que si bien desembarazaba de sombras el camino, poblaba de misterios y visiones los montes que lo flanquean.

Sugestionado por la selva negra, sentí renovarse reminiscencias infantiles de la mitología local. El pájaro

nocturno que cantaba allá lejos en la fronda, se me antojaba un Kacuy, aquella perversa hermana cuya antigua maldad expía transformada en un ave plañidera. Cualquier rumor del viento, imaginábalo el paso de la Mul'ánima alada, cuadrúpedo fabuloso en el cual se convierten las mujeres que delinquen en amores prohibidos. El remoto ulular de alguna bestia insomne se me ocurría el himplido del Runauturuncu, hombre que se metamorfosea en felino y devasta con su furor las campañas. Otro grito evocaba el recuerdo del Toro-diablo que asolara en pasados tiempos las comarcas del Saladillo. El susurro de las hojas me sugería un corro de brujas, confabuladas ahí mismo, bajo los árboles, en siniestra fada. Veía después á Zupay, el diablo, y á la Salamanca, subterráneo de las marañas donde se llega á la posesión de las ciencias ocultas. Y por contraste recordaba á los seres benignos, como la Umita, que protege á los buenos caminantes y ahuyenta con su grito á los tigres, ó la Telesita, histérica trágicamente desaparecida á quien la muerte convirtió en deidad protectora del bosque ;... y todas las leyendas que aquel pueblo imaginativo ha forjado en torno de seres del monte cuyo destino desconoce tanto como nosotros.

Era media noche cuando llegamos á una estancia sobre el Salado, con trazas de continuar el viaje al siguiente día. La luna, cerca de su ocaso, alargaba som-

bras incomensurables en la rodera. Al aproximarnos á la casa, una traílla de perros se avalanzó ladrando á los desconocidos. Los amos se encargaron de apaciguarlos; y como allí nos esperaban, recogímonos á dormir.

Breves horas más tarde, el aire se pobló de matinal bullicio, y fué imposible continuar el sueño. Despertaba la estancia: mugía con ternura la hacienda que bajaba de los postreros á la represa; cacareaban los gallos su destemplada música; modulaban las ovejas en el chiquero sus trémulos balidos. Paz eglógica se difundía por el ámbito; una zagala joven y bisoña ordeñaba las vacas en el corral. Azuleaba en el cielo la mañana; el oriente se decoraba de pálidos colores, y revelaba el campo su paisaje bajo el orto del día.

Emprendimos nueva jornada aprovechando la fresca. El carril, traqueado de carretas, estaba bueno; y los pastos húmedos, como aljorafados de rocío. En la plena gloria del sol, iba mi capacidad observadora puesta sobre el paisaje circunstante. Á poco andar, avistamos la barranca del río. Lo vadeamos en punto donde las márgenes, ordinariamente encajonadas, se han inclinado por el continuo pasar de los viajeros. Una calma profunda se notaba en la atmósfera. El cauce llevaba un delgado hilo de agua. Sobre la zanja, honda, como cortada á tajo en la tierra, se inclinaban tacos frondosos y gigantescos púnnas hasta cerrar como una

bóveda su fronda. El silencio era infinito ; el agua misma corría sin rumores. Acaso por ello y por la acústica del lugar, se oyó vibrante y clara la música de un zorzal que cantó en la espesura.

Al salir de aquel hoyo, sobre la barranca opuesta, mi vista contempló una pradera verde, sembrada acá y allá de pequeños, agrupados árboles.

— ¡ Esto es Culosaca ! — dijo mi guía. La hondonada por donde vamos á cruzar es la histórica laguna ; y más á la izquierda, quedan las huellas, apenas perceptibles, del fuerte de Ibarra...

Maravillado recorría, hasta donde mis ojos podían ver, el vasto panorama desierto. Reaparecían en mi mente las historias de semejantes lugares. Este era el mismo sitio, familiar entonces á los salvajes y las pumas, aislado de toda civilización por las breñas, á donde el caudillo provincial, ha más de medio siglo, confinaba sus adversarios... Suerte de Rosas neurótico y brutal, — á quien faltóle hasta la belleza física para realzar su despotismo, — al día siguiente de la Independencia montó al gobierno de su pueblo, á la guisa de potro montonero del cual sólo la muerte pudo apearlo treinta años después... Del fortín legendario, ya nada queda sobre la tierra ; apenas si un rastro leve marca la línea del antiguo foso. El tiempo ha querido borrar allí piadosamente el recuerdo de esa « tiranía feudal » condenada por Mitre, por López, y por la flagelación más acerba todavía del intolerante Sarmiento.

Salvada la pradera, empezamos á encontrar uno que otro jinete ó peatón de viaje.

Pasó en su burro un rapazuelo en camisa que traía del río dos tinajas colmadas de agua, en su árgana de simboles.

Pasó un hachador con su hijo chico en ancas del alazán que montaban.

Pasó un muchacho arreando dos bueyes de yugo, y se internó tras ellos por una senda del bosque.

Pasaron tres mujeres, cabalgando en mulas, los albardones de chuse preñados de algarroba recién cortada en el monte.

Pasaron otros después...

Alguno evocaba reminiscencias de figuras árabes, con su gran estatura, la barba espesa, las miradas negras y sensuales, tanto que recordaban á los moros, nuestros abuelos en España. Entretantos morenos hay rubios también, aunque rubio de bronce, hasta la barba taheña por el fuego del sol. Lo único que no se les quema son los ojos, pues suele haberlos azules. Y esas pupilas ajenas, en tal cual fisonomía morena rompen, á veces, la uniformidad de rasgos donde se denuncia el atavismo quichua, con el rostro desbarbado, cráneo estrecho y pómulos nudosos.

Muy á largas distancias, había casas á la vera.

Aquí se destacaba un rancho, cuyo techo de torta descansa en doce horcones de quebracho, entre los cuales quinchan de lodo y rama las paredes. Copas de secu-

lares algarrobos prestábanles su sombra ; una mujer y un viejo charqueaban zapallos para el invierno ; en el techo del bohío amarilleaban doradas vainas de algarroba, amontonadas al aire libre para la mala estación ; dos niños, descalzos y en camisa, camisa y cara sucias, jugaban martirizando á un débil pajarito ; el jefe de familia, ausente allá, partió sin duda á los desmontes de Añatuya, ó á la zafra tucumana, si es que no estaba por ahí no más, carpiendo su chacra en el cerco vecino, que el Salado providencial fecundiza con su riego periódico...

Más lejos, otra choza aparecía á la ceja del monte de chañares dispuesta como una isla en la llanura. De trecho en trecho, los pastizales de matiz clorótico se historiaban con la pintada piel de yeguarizos y vacunos paciendo en libertad. Cerca del rancho, el aprisco de blancas ovejitas y de cabras nerviosas, triscaba guiado por un pequeño pastor, á quien acompañaba su perro, sabio y paciente cual un anciano. Á pausas, llegaba el son metálico de la esquila avisadora atada al cuello de la madrina. Y si fuese ya la hora del crepúsculo, entre las melancolías de la tarde, su toque lento parecía difundir una unción también melancólica sobre la inocencia bíblica del cuadro.

Paulatinamente, el bosque fué espesándose otra vez. En el tórax de la fosca, formaban su esqueleto los

quebrachos gigantes, fuertes como el hierro. Llenaban sus claros las variedades de tacos ó algarrobos de suculenta vaina. Pululaban en medio los mil ejemplares de una vegetación profusa que encruza en partes infranqueables redes. Aquí mostraba un tronco la recia herida abierta en su costado por el hacha del melero, pues las buenas abejas enjambran en los huecos su miel, para alimento y goce de los hombres. Allí una horqueta sostiene el nido de un hornero, toda una primorosa arquitectura, ó la erizada epifita, — graciosa como adorno de arquitrabe, — aromando el ambiente con su fragante orquídea. Más allá traviesas arañas negras tejían mallas de seda fina y blanca, prendidas entre ambos lados del camino... Y en tanto seguíamos serpenteando por la ruta, ésta se amplió en un abra enorme, alfombrada de grana, limitada por el valladar de la selva que se erguía de súbito, como si hubiera sido tallada artificialmente la fronda. Al converger en el otro extremo sus curvas laterales, la senda volvió á estrecharse ; y á breve andar, apareció un segundo descampado análogo al primero, y después otro, unidos los tres por el pasadizo que formaba la ruta. De aquel bosque salimos á una pampa desierta, dilatada hacia horizontes de breña, plana, sin accidentes, á no ser algún árbol que sólo conseguía alejarnos las perspectivas... Era la hora del crepúsculo, y la inefable quietud celeste fué invadiendo por instantes la desolación de esa llanura...

II

INDIOS AMIGOS

Encontrándome cierto día en una estancia de la zona hoy dominada donde fueran antaño los reales de la raza vencida, un caminante nos avisó al pasar que varios indios venían por la senda, en dirección á la casa.

El sol canicular de aquella tierra caía de plano sobre la ruta blanca y polvorosa; la resolana atormentaba esa atmósfera de incubadora y el viento quemaba como el vaho de un horno. La concurrencia era numerosa; y salimos á espiar: como nada se viese, tornamos á nuestros asientos en busca de sombra.

Uno del círculo decía:

— Varios indios andaban merodeando por aquí.

Y otro agregaba:

— Han de ser los del cacique José Manuel.

Y un tercero, tranquilizándonos, comentó:

— Son mansos ; los vieran : unos pobres diablos.

Dos caballos montados se aparecieron de antuvión En el uno venían dos hombres y un niño ; en el otro, un niño y un viejo. Luego llegaron otros á pie. Eran los indios que aguardábamos. Los jinetes cabalgaban en pelo, y manejaban al bruto con un ronzal puesto á guisa de rienda. Los peatones, después de conversar un rato con sus compañeros, separáronse hacia el negocio, anexo á la propia casa de la finca. Los demás continuaron hasta un estero próximo, donde pasaron la siesta nadando y cazando. Encamináronse lentamente bajo los rayos de un sol de fuego que su piel no sentía, y fueron hasta perderse allá, en la perspectiva del camino, tras el declive de la barranca. Eran esos parajes muy visitados por ellos en los antaños de su fuerza, é iban á refocilarse chapoteando en la linfa de la laguna, cuyo fondo recubre un tapiz de zarzas, cuyas aguas rodean una isla misteriosa. Monte impenetrable cerca la isla : gajos nudosos, espinosas pencas, y flexibles trepadoras y troncos adustos, entretejen la urdimbre de su lóbrega breña. Allí la espesura, á manera de rústico seto, atrinchera un abra donde los indios solían refugiarse después de sus pecoreos.

Cuando esos tramontaron la pequeña duna del estero, mi atención se volvió á los que estaban ya en el almacén. Permanecían mudos, pues no sabían sino su lengua. Se

transparentaba el asombro en sus semblantes. Abiertas las bocas, húmedos los labios, atónitos los ojos, recorrían con la vista los trastos del negocio. Había palas, hachas, baldes, riendas, jiferos, bolsas, tiradores, lazos, botas, medias, ollas, — y arrequives femeninos que atraían la preferencia de su curiosidad.

Vestían su pingajo de lienzo, bragado á modo de chiripá; unos tenían saco de brin azul, otros camisa, y alguno chaleco de casimir cuadriculado á la escocesa, que, desabotonados hacían resaltar el relieve y tinte broncíneo de sus pechos desnudos.

Como no se podía conversar con ellos, comentábamos su inconciencia dócil.

— Quien diría lo quo han sido éstos...

— Las estancias temblaban á su paso.

— ¡Claro! las casas siempre sobre las armas, porque, á lo mejor, caían semejantes bichos.

— Ellos lo mataron á mi abuelo, — dijo un cuarto sujeto. Iba con una tropa de carretas para el Rosario; acampó una noche, y se despertaron entre las llamas: el fuego los devoró.

— ¿Y que hicieron ellos? — pregunté.

— ¿Los indios? huyeron en la sombra.

— Pero no hay que achacarles todo á ellos, — observó uno de los que antes había hablado: un amigo me ha referido que en las aguas del Bermejo encontraron un trozo de árbol, bogando sobre las olas, con el cadáver de un indio bien ceñido, con tientos, largo á largo. No

siendo ésta costumbre de ellos, es de suponer que los blancos arrojaron vivo su cuerpo, al azar de la corriente.

— ¡ Qué salvajismo ! — bisbisamos todos.

— ¡ Oh ! y eso no es nada... ¡ Quién sabe si ese indio no se resistió !... Hay otros peores : Un sargento veterano, que fué de las expediciones, solía contar que una vez, al caer la tarde, llegaron á una toldería: venían sedientos y cansados. Los indios, al saber su aproximación, huyeron ; pero en la fuga dejaron abandonada una india vieja. Los del piquete le preguntaron por agua ; y ella les indicó un rumbo. Fueron algunos pero sin resultado : esta pícara los había engañado, para dar tiempo que los suyos se alejaran más, pues iban en dirección contraria... Entonces, la agarraron á la vieja entre todos y la mataron á palos...

Mientras dialogábamos, uno de los allí presentes, que tenía lápiz y cuaderno de croquis, había puesto sobre el mostrador su papel, y comenzado á bosquejar el rostro del más feo y característico entre los indios. Ordenado por señas el modelo, permanecía inmóvil transparentado en su quietud de estatua, la desazón de reo con que asistía á esta ceremonia singular. Concluído el trabajo, empezaron á examinar la figura y como encontrasen algún parecido entre el indígena y su boceto, pasábanse de mano en mano el retrato cuyas líneas y sombras deseaban tocar.

Estábamos en esto, cuando se presentaron los de la

laguna. Traían tres pescados y dos nutrias chicas, á las cuales llaman mikilos los naturales del país. Ofrecíéronlos en negocio, y barateando, barataron caza y pesca por comestibles.

— *Amocoite yapá dokoshi*, — decíame uno de estos indios buenos, y me indicaba con el dedo y se arrimaba afectuoso, como quien dice: « Somos amigos tuyos, cristiano. » Entretando, la mente simplícima de ellos continuaba desconocida para mí, como un tesoro oculto, como un libro que no supiéramos leer... Para rendirlos más aún, les dimos baratijas y galletas, que recibieron con júbilo infantil. Después, al darles un huevo cocido, el que lo recibiese comió la mitad y pasó la otra á su compañero inmediato, murmurando los dos: — *Na-ashic*, — frase de agradecimiento, sin duda.

No eran negros, como los indígenas del África, sino broncíneos, de cutis áspero y poroso, brillante de sudores, con ese matiz de las pieles humanas curtidas por varios siglos de sol. Las edades estaban fuera de nuestros medios de cálculo, pues suele haber entre ellos centenarios sin arrugas ni canas. El rostro de los más se enmarcaba entre la barba y el cabello lacios, crecidos sin limitación de afeite alguno. La barba muy escasa en las mejillas, como vegetación de salitrales, se reconcentraba todo en la pera de chivo que alargaba el rostro, y en la melena hirsuta que caía hasta

cubrir el pabellón de ambas orejas. Los cuerpos eran altos y robustos los pechos, con relieves de músculo y recios ángulos de fuerza.

Pero me había cansado ya de examinarlos exteriormente. Yo ignoraba su idioma; ellos el mío. Imaginé entonces improvisar un vocabulario para romper la valla espiritual que nos separaba. Dos horas debió prolongarse la escena por demás pintoresca, en la que hacía esfuerzos insólitos por trasegar ideas de mi alma en el alma de aquellos herméticos salvajes. Gesticulaba, me plasmaba en todas formas, hacía gestos de pantomima para imitar objetos ó concepciones cuyo nombre averiguase; y luego de haber dado voces onomatópicas si fuese necesario, conseguía el nombre que procuraba obtener.

Les señalé una oveja que pacía al acaso en la vecina llanura, balé como ella, y los indios respondieron en coro: *agretá*. Pidieron entonces el vocablo español y al oirlo, repitieron: — ¡Oveja, ah, ah! — también en coro, como los escolares del aula primaria, y con signos de asentimiento. Así me enseñaron el nombre del perro, *piok*: del león, *sanguek*; del caballo, *ashipigak*; del avestruz, *amanic*; del fusil, *babobonkanti*; de la mujer, *aaló*... Paso tras paso, conseguí reunir un vocabulario numeroso; pero si encontrar el nombre de las cosas tangibles era fácil por su figura ó ruido imitativo, fué ímprobo mi trabajo cuando se trató de los verbos y las ideas abstractas. ¡Qué complicado pro-

ceso de psicología no debí realizar, por ejemplo, para obtener el nombre de Dios!... Ellos me habían dicho que el cielo se llama *piguim*; y la sombra del cielo, ó la noche, *pé*; y el sol, — que á la sazón resplandecía como una antorcha en el cenit, — *daasá*; y el sol pálido de la noche, la luna, *chiaigó*; y las lunas chicas ó sea las estrellas, *ilebetec*; y la tierra donde vivimos y morimos, *alahuá*... Valido de estas palabras que ellos mismos fueron pronunciando, les expresé el concepto de lo infinito, juntando á ellas mismas ademanes desmesurados, como si quisiese abarcar el universo, hasta sugerirles la idea del Creador, del que ha hecho todo, del que está invisible más allá de los astros y los indios, mirando el cielo azul, respondieron:

— *Gotau*!...

— *Gotau*!...

Pero cuál no debió ser mi decepción cuando le sentí agregar á uno de ellos: — « El Padre, el Hijo, el Santo » — en estropeado castellano que denunciaba de sobra el paso de una misión católica por entre la breña de aquellos montes y de aquellas almas.

Al averiguar el nombre de su nación contestaron: *amocoites*, sin duda corrupción de *mocovita*, ó *mocoví*, cosa muy explicable dadas las vicisitudes é influencias extrañas que esta raza ha sufrido. Agregaban ser buenos con el cristiano, á diferencia de los tobas bravíos, que llevan lanzas envenenadas...

Estos indios son vagabundos. El trueque, el botín, el pecoreo de haciendas sobre todo, tales son, ó han sido, su régimen habitual. Su sistema agrícola, es un albur del medio y de la Providencia, y esto ocurre también en la otra banda saladina, donde imperó la sociedad española. La indolencia de los habitantes hizo del Salado el padre de la región, de suerte que ya el P. Lozano en su *Historia de la Conquista* lo comparaba con el Nilo. Él rige la vida cotidiana en los ranchos que lo flanquean. El logro de los sembrados, la alegría de las gentes, la existencia de los hatos, provienen de él. La falta de sus aguas es como un flagelo divino, pues viene con sus sequías, la mortandad de los ganados, la esterilidad de sus chacras, y la migración forzosa de sus moradores, angustiados de inopias é incertidumbres. Pero cuando las avenidas colman el tortuoso, profundo lecho, — las olas salen de madre, bañan sus riberas y forman á lo largo de su curso, esteros y buhedales y lagunas. Los primeros dan su nombre á una provincia; los segundos son más bien nocivos; los últimos guardan sus masas líquidas hasta la próxima estación. Pero cuando las aguas se retiran en todo el resto del inundado campo, ellas han servido de riego, y sobre el fértil labrantío, arrojan sus moradores, según la vieja costumbre egipcia, la simiente de maíz ó de zapallo que será su cortijo doméstico, cercado todo de ramas.

No es otra la costumbre de los indígenas, allá, en lo

más intrincado de su selva humedecida por cañadas y arroyos. Vagabundos, ignoran la posesión individual de la tierra; y cuando siembran dejan á la pródiga naturaleza hacer la germinación y el cultivo, pues ellos volverán solamente á recoger los frutos en la estación propicia.

Tienen, sin embargo, la propiedad de los inmuebles. La caza, la pesca, el cambio, el pecoreo, originan derechos exclusivos ; pero si les dan una yegua ó ellos la atrapan en el malón, la bestia es para todos. Los hombres la descoran, y la dejan con cierto gesto de superioridad, diciendo : — « Trabajo para la chusma... » La chusma son las indias, y los viejos y niños además ; en suma todo lo que molesta en los éxodos ó la guerra. Ella se encarga de la achura en la res, y de su cocina, — faenas viles acaso.

En medio de estos hábitos, los varones quieren á sus compañeras, aun cuando haya en su amor una simplicidad bárbara de génesis. Forman, dentro de su tribu, pequeños grupos autónomos, seguramente generados por un común tronco famílico, origen del cacicato ; pero hay entre los diversos grupos, una especie de federación, compatible con tal medio geográfico y tan rudimentaria sociedad. La familia es monogámica, y mantiene, aun en las peregrinaciones, su unidad colectiva ; y la choza con que el indio levanta abrigo y sombra para su esposa y sus hijos, parece creada por un vago concepto del hogar. La sumisión de la mujer al hombre es abso-

luta : si soltera, pertenece al padre, y se trata con él su matrimonio, como la compraventa de un semoviente cualquiera ; si casada, al marido, cuya unión es temporal ó perpetua, pues no se ligan por otro vínculo que la libre voluntad. El esposo, mediante la estipulación de un precio justo en ropas ó alimentos, puede ceder la consorte á un amigo. Disuelta la pareja carga la madre con los hijos, siendo casi nulos sus cuidados.

Tales hábitos van desapareciendo. De la misma suerte que nuestra civilización del litoral ha sido transformada por elementos europeos ; y modificado á su vez las sociedades hispanoindígenas del interior, así estas últimas van absorbiendo en su seno los últimos restos de salvajismo primitivo para convertirlos en fuerzas civiles. El progreso, extendiéndose sin cesar en la nación de las ciudades á la periferia de las campañas desiertas, ha salvado ya, en Santiago y Santa Fe, las márgenes del Salado que antes las limitaban, en aquélla por el oriente y por el norte en ésta. Un formidable empuje industrial ha entrado en la legendaria selva chaqueña, y los salvajes que antes la habitaran, han huído con sus lares á refugiarse en breñas más recónditas, ó se han sometido al régimen de la nueva vida, y no es raro encontrarlos ahora, empuñando el hacha civilizadora, en los obrajes de la región.

Como alguien me avisara dónde había acampado el grueso de la horda nómade á la cual estos indios amigos pertenecían, nos encaminamos á verla. Fué una escursión gozosa. Á medida que adelantábamos, la tarde iba cayendo melancólica sobre horizonte de árboles. El alma, suspensa y muda sobre el paisaje, soñaba. La brisa de la tarde, impregnada del aroma de las hierbas, purificaba la atmósfera. La fronda se extendía á nuestra derecha; y á la izquierda, en la faja de llanura costeña por donde marchábamos, resplandecía, de trecho en trecho, la bulliciosa linfa de algún bañado. El río pasaba, tortuoso y lento, más allá. Al llegar á la banda de la presa, el teru-teru avizor daba su voz de alarma entre los juncos; y de la opuesta margen, alzaban el rumoroso vuelo, los patos silbadores y los cáptaros, blancos y bellos como los cisnes. Más adelante, el otro bañado estaba desierto, y el resplandor purpúreo del ocaso, reflejándose en las aguas dormidas, — aquí y allá matizadas por grandes hojas acuáticas, — semejaba un crepúsculo de Serra... Pero al llegar, más adelante, á los toldos, los encontramos abandonados. Era ya casi de noche. Los bohíos, redondos unos como hornos, otros angulares como carpas, y todos de pasto y ramas, estaban solitarios. De entre el umbrío bosque de chañares, á cuya sombra fuesen plantados, esperábase ver salir un indio con su lanza..., pero la tribu nómade había seguido su jornada quien sabe con qué rumbos en la selva. Á la escasa luz del anochecer, descubríase un

fogón apagado, lonjas de cuero sin curtir, y una osamenta fresca de la cual emanaba olor á carne cruda... Eran los restos de una orgía realizada la víspera, celebrando la res yegüeriza con que el dueño de aquella estancia les obsequiara. Había sido una de sus fiestas desenfrenadas, donde liban el *latagá*, especie de hidromiel fuertemente excitante; donde bailan, en tanto fuman la raíz silvestre del *coro*, ó cantan gritos vocalizados y monótonos, al son de su *divigá*, rústico instrumento de cuerda que ellos mismos fabrican. *Nosotagripi*, llaman á la danza. Cuando la música empieza, un indio, el bastonero, arrea las damas á sombrerazos: nadie plancha; todos beben; algunos jóvenes se encelan por conquistar el corazón de la amada esquiva; suele haber rivalidades violentas; y puede imaginar el lector cómo termina la zarabanda indígena, entre el monte que la circunda, y el cielo que la protege con su manto de sombras y de estrellas.

Tal es su sistema de vida. Dispersa ya la raza, continúan siendo nómades. Los más hábiles ó mansos, van de estación en campamento y de campamento en estancia, no en son de guerra ó jira de pecoreo, como en pasados días, sino tristes, misérrimos, pedigüeños, errantes... Bajo su murrio aspecto, ese grupo de bohemios de la selva, no encuadraba muy bien, por cierto, en el preconcepto de grandiosos contornos con que el

hombre de las ciudades lo concibiera. Eran la transición equívoca del indígena hacia un tipo de civilización tan menguado como su antigua salvajez. Reconcentrados ahora en el corazón del Chaco, las tribus nómades ó simples grupos de ellas, volvían á pisar, en la margen occidental del Salado, la vieja tierra de sus depredaciones. ¡ Pero cuánto habían cambiado las épocas! Estos se acercaron sumisos, tímidos, callados. Y hace dos ó tres décadas apenas, pasaban por allí mismo, lanzando al viento de la noche sus alaridos de combate, incendiando los pastizales con las hogueras épicas que resplandecían en las chuzas, acoceando fragorosamente la tierra con el casco de sus yeguas desenfrenadas... El gesto dominador de la barbarie, el ademán gallardo de los botines, habíanlos trocado por la voz débil del siervo; y por un semivestir de harapos, la desnudez plena y robusta de las edades primitivas.

III

FASCINADOR DE SALVAJES

La estancia había quedado sin indios. Sentados, á la mañana siguiente, bajo el corredor de la casa, espiaba yo al camino, como á la espera de otro suceso singular. De pronto, hacia el noroeste de la ruta, apareció una nube de polvo. Paulatinamente, dos jinetes se destacaron en la polvareda borrosa.

— Es Pérez, es Pérez, exclaman á mi lado.

— Sí, viene con un indio, — dice otra voz.

La mano puesta sobre la frente, á guisa de visera, seguimos avizorando, mientras se acercaban los dos al paso lento de sus cabalgaduras. Fuimos á recibirlos hasta la tranquera, que cierra la manga del camino. Eran ellos, al fin !... Apenas apeado vió Eugenio Pérez cual era el desconocido entre todos, y dirigiéndose á mí, prorrumpió con su familiaridad risueña y originalísima:

— « Por Vd. me he costeado veinte leguas, señor Salimos anoche. ¡ Caramba ! amigo : ya creía que no lo iba á alcanzar. Ayer, al volver del Tostado, recién pude ver su carta ; fuí porque me hizo llamar el Comandante. Por miedo de hacer un viaje inútil, no le he traído los indios para hacerlos bailar en su honor. Pero ¡ no importa ! Viene éste, mi edecán ; vale por todos juntos, recién llegado del Chaco »... Y su verbosidad se derramaba sin otras pausas que las necesarias para reir con su amplia risa donde se refleja, mejor que en sus palabras, la ingenuidad y la malicia de que está lleno su corazón.

— ¿ Han venido por Guardia Escolta? — le dije.

— No, señor.

— ¿ Luego, han pasado por lo de Montes ?

— Tampoco: directamente de Averías.

— ¿ Y por cuál camino ?

— ¡ Uf ! yo me conozco el campo como la palma de la mano...

Se le notaba un poco fanfarrón ; pero no exageraba. Corriendo por esos bosques ha vivido, desde la ribera del Dulce hasta los redaños de Otumpa ; él sabe las rutas ó las aguadas, y todos los recursos de que en tales andanzas puede un viajero disponer. Han buscado su baquía ingenieros que van á delimitar territorios y ha sido el guía oficial del ejército en el cuartel del Tostado. Me presentaba de antuvión el alma entera, y la impresión actual no difería de la que me forjara al

oir las anécdotas que han hecho de él, en su medio, un tipo casi legendario.

Llegó montado en un caballo obscuro, brioso y hermoso ; winshister en mano, la culata apoyada marcialmente en el arzón, aunque vestido á la civil, todo de negro. Su orgullo era visible, no sólo por el desplante con que venía á sorprenderme, sino por los varias monedas de oro y plata, con las cuales brida y apero se enriquecían entre el reluciente jaez de su montura. De pie, recordaba á un Fray Mocho que no hubiese salido de su Montiel. Dijérase su trasunto físico, siendo éste más alto y simétrico. Es patrimonio de ambos la boca de grandes y carnosos labios, el ánimo socarrón, la anécdota picante y breve, floreciendo, como primor del ingenio criollo, en los intersticios del diálogo. Guarda para cada episodio un cuento, rara vez aseado, casi siempre oportuno ; Decamerón sin páginas que no osaríamos editar aquí. Narra algo cuando quiere pedir, y cuando desea insinuarse ó criticar, narra también. Parece un hombre feliz ; comunica alegría ; ríe constantemente, con la franqueza de un niño y la malicia de un hombre de mundo. No sabe leer ni escribir, pero siente la voluptuosidad de la fama y el goce de la publicidad á través de su esposa, quien recorta lo que alguna vez se escribe acerca de su héroe. Cuando me dió á conocer esto, le invité á posar, para que un aficionado lo fotografiase. Aceptó con risueño regocijo ; pero al indicarle que se pusiera de pie, me llevó

donde estaba su caballo, pidiéndome que lo retrataran montado, coquetería muy explicable, pues quería lucir sus armas y los chapeados de su silla, siendo esta chafalonía brillante en el caballo, una suerte de rastacuerismo gaucho, muy difundido en nuestras campañas.

Pérez tiene en la actualidad más de cuarenta años. Se conserva ágil y fuerte, pero la obesidad empieza ya á insinuarse, desbordando sobre el tirador lujoso de « fernandinas ». Nació sobre la costa del río Dulce, cuando aún los indios mocovíes asolaban el país circunyacente. Un mapa de M. de Monssy, trazado á la sazón de su nacimiento, habla, en las acotaciones, de cuán desconocido era entonces el Chaco austral y de senderos naturales que á través de la selva daban paso á las frecuentes invasiones de tribus merodeadoras. Han quedado en las tradiciones familiares de la comarca, historias de malones asaz brutales, cuyo rastro solía ser la muerte y el incendio. En una de sus correrías, rodeó la mesnada indígena el rancho donde Pérez, joven adolescente, vivía con su madre. Los peligros de semejante existencia desarrollaban el valor en los corazones, — « el culto del coraje, » como dice Juan Agustín García. No faltaban pistolas ó fusiles á las casas y estaciones en peligro. Pérez tenía sus armas, y al ver á los salvajes, corrió para apercibirse á la defensa. Los indios temen las armas de fuego, y no es extraño que ante su actitud se detuvieran. Por otra parte, movíales más el hambre, que no la crueldad,

según he creído siempre ; y cuando no medraban en el asalto, se contentaban con un cautivo dócil que les sirviese de guía en sus bárbaros pecoreos. Ofrecieron entonces á la madre del muchacho, no matarlos, si dejaba que al hijo se lo llevasen con ellos. El pacto se hizo á precio de la vida, y de esta manera romancesca y trágica, Eugenio Pérez comenzó la carrera que le ha dado la fama y no sé si con la fama el provecho. Él mismo me ha referido lo siguiente :

— Á los pocos meses de caer preso en la indiada, la tribu fué batida por fuerzas de la nación. Me hirieron en el combate ; tendido en el suelo, vi atropellarse á un soldado, é iba á dispararme su remington, creyéndome indio tal vez, cuando me incorporé gritándole : — ¡ Eh ! no tire : yo también soy cristiano !

Así le reconquistaron y su vida entre los salvajes le resultó proficua, pues al ascendiente cobrado entre ellos, agregaba el conocimiento de sus costumbres. Puesto al servicio de la civilización, luchó contra la barbarie. Cierta vez, en la refriega, se trabó en combate singular con un mocoví. Asido fuertemente á su adversario, cayeron ambos en tierra, formando un estrecho nudo. Otro indio vino y le infirió un lanzazo en el tórax. Victorioso en el lance, consiguió sacar al enemigo un ojo, que lleva en el tirador, como trofeo y amenaza. El renombre de su pasado cautiverio, la gloria de sus hazañas, y sus dotes naturales, le han dado prestigio, así entre salvajes como entre paisanos.

Alma profundamente mediterránea, por sus aptitudes de observación y sugestión subrepticia, unidas al don pampeano de la boca insinuante y parladora, ha nacido con las calidades necesarias para triunfar. El medio ambiente impone sus limitaciones ; cautivo analfabeto, ha resultado el fascinador de los indios. Hoy ejerce una especie de protectorado sobre las tribus ; es su canciller, su caudillo, su pacificador, y el nombre del gaucho afortunado es conocido de todos los caciques. ¿Por cuáles medios ha llegado á este fin ? Él mismo lo ignora. Se esconde en ello, sin duda, un lento, sordo, complicado trabajo de simulación. Es arquetipo de la raza hispanoamericana de las selvas, temiblemente perfeccionada por aptitudes adquiridas. Embelecador insigne y ardidoso, es no sólo capaz de realizar triviales sugestiones, sino de sorprender en el torbellino de la realidad conceptos fundamentales de filosofía y de gobierno. Se ha explicado el caudillismo sudamericano, por la preponderancia de los elementos indígenas en la formación de nuestras sociedades. Fúndase la teoría en las prácticas y los conceptos personalistas de la tribu. Y Pérez ha observado también el hecho desnudo, aunque sin derivarle sociologías vedadas en absoluto para él. En cambio saca de ello ventajas en la vida cotidiana. Él sabe que los indios, por extensión de sus propias ideas, no conciben el gobierno cristiano y civil, como entidad abstracta sino como individuo tangible, y que las palabras *Gobierno Nacional* con las cuales entre

ellos se le designa, se refieren *á un cacique*. Por eso cuando se despidió de los indios que viven á sus órdenes en Averías, lo hizo diciéndoles : — Voy á saludar á un señor que ha venido de Buenos Aires ; es el sobrino del Gobierno Nacional, muy amigo mío. » — No comprenderemos jamás la suma de prestigio que tan sagaz hallazgo agrega á su personalidad, por lo íntimamente unidos que en la conciencia de la tribu se hallan la noción de la autoridad y la del hombre que la desempeña. Es, en una palabra, el tipo del *gaucho vivo*, que Sarmiento olvidara en las siluetas preliminares del « Facundo ». Su genio consiste en la mayor habilidad aliada al menor escrúpulo. Llevadle á las ciudades, y tendréis al genio que ha ejercido tanta influencia en los destinos sudamericanos, bajo el poncho falaz de los caudillos y el frac de algunos presidentes constitucionales.

IV

LEYENDAS DEL HIERRO

... Lanza en mano, á la zaga de Pérez, venía Gabriel, su indio escudero, llegado desde lo interior del Chaco para ofrecer la sumisión de unas tribus á cambio de alimentos... Y ya veréis que si al hacer la silueta del fascinador, á este otro le posponía, era para realzarle después, desde que la figura del indio es por sí misma tan importante, que reclamaba tela propia.

Cuando se apearon ambos jinetes, fuimos á sentarnos á la sombra de la galería : Pérez con nosotros, y tras de Pérez, Gabriel, que seguía sus pasos con la docilidad silenciosa de un animal doméstico. Instalados en el corredor de la estancia, el embajador chaqueño se sentó á mi lado, tan inseparablemente asido á su lanza, que parecía un apéndice de ella.

Era característica su indumentaria : la desunde del

cuerpo primitivo ocultábase apenas en el exiguo chiripá de lienzo y en la blusa roñosa, — desprendida al desgaire sobre el robusto pecho. Los movimientos eran escasos, perezosos, vagos; y el rostro ausente de todo gesto espiritual. De acodada nariz y grandes ojos, la cara tomaba cierto carácter de mestizo: pero la patilla escasa, lo mismo que la barba hirsuta, acentuaban su salvajez, y sobre todo la melena hispida, bien desgreñada en aladar indócil bajo las alas del sombrero. De toda su indumentaria, este sombrero interesó mi atención, máxime cuando Pérez me hubo avisado que se lo fabricaban ellos mismos. Fabrícanlo de una palma silvestre, y aseguran la urdimbre de las hebras con hilos de cuero fino; refuerzan las alas con un trapo cualquiera, y siendo ellas angostas, resulta prenda de mayor adorno que utilidad. Propúsele entonces un trueque de su pajizo por otro más confortable; aceptó el indio sin vacilar; encasquetóse el nuevo sombrero, de elegante factura metropolitana, y yo mandé colgar el suyo al aire libre para ahuyentar los parásitos.

Pérez estaba ya como si se hubiese criado conmigo, de tan decidor y familiar; en charla interminable me narraba sus proezas y volvía á lamentarse de no haber traído su mesnada.

— ¿Pero le obedecen tanto, Pérez?

— Y cómo no, señor... Ahora tengo 250 en Averías, contando chusma y gente de guerra. Han puesto sus toldos en un bosque cercano de casa. Los más conser-

van sus costumbres, otros trabajan por una miseria en los obrajes.

— ¿ Y quién los mantiene ?

— El gobierno nacional, por medio de la proveduría del Tostado, me da yeguas. Prefieren esta carne á la de vaca, y no cuesta nada.

— Sumisión barata.

— ¡ Claro ! Pero dicen que desde el primero de Enero les van á suprimir la ración... Vea Vd. las economías que hacen !

— Así es ; pero la gente del gobierno ni noticias tendrá de esto...

— ¡ Oh ! debían saber. La manera de tenerlos sujetos á semejantes bárbaros es darles alimentos... Ya ve : éste viene á decir que otras tribus vendrán, si les aseguran la comida y la protección.

— Luego no son tan malos...

— ¡ Qué han de ser ! Sucios, infelices, ociosos, es lo único que son. Pero ni eso : apenas trabajan y le toman gusto á *los patacones*, siguen.

El indio Gabriel oía sin comprendernos, quieto como un escolar sumiso, como un obediente esclavo. Era la imagen de su raza, ofreciendo ella misma la obediencia por víveres, ajena á la voluptuosidad de las matanzas, á las sensualidades del botín, á las lujurias del incendio, no siendo en esas horas paroxísticas de la barbarie colectiva, cuando la sangre embriaga todavía al hombre rubio de los naciones europeas. ¿ Hay cosa más épica-

mente bella que el instinto de la libertad indómita, el pleno goce de la naturaleza primitiva, y la defensa airada de sus hambres y de sus dioses, que esos indígenas han sostenido á través de cuatro siglos?... La civilización ha triunfado al fin ; y estos son los postreros resabios de la aguerrida resistencia. La selva ya no puede defenderles. He formado el convencimiento de que estos indios, agrupados en tribu, no son capaces de otras violencias que las crueldades propias de su vivir errante y aventurero. Conseguida su estabilidad, la barbarie habrá concluído en la breña. Hoy les domina un espíritu de sometimiento. Los tobas han sido perversos y bravos ; pero hablo aquí de cuantos habitan ó hacen incursiones en las regiones civilizadas del país. El interés tan sólo, ó la ignorancia, pueden empeñarse en continuar forjando las antiguas leyendas del hierro, y ver á las hordas indígenas en actitud de obstinada lucha y erizadas de lanzas hostiles, para justificar al sable que privado del campo hereditario donde su filo abrió como un arado el surco donde florece el laurel heroico, busca glorias ficticias en esta guerra contra indefensas tribus, cuando no en aventuras de motín. No quiero desconocer en absoluto la ventaja de las acciones marciales ; afirmo solo su inoportunidad. Leyendo el diario de las expediciones militares á través de la selva, se ve cuánto el ejército ha realizado ; pero su mérito no reside en las zonas que sus destacamentos recorrieron, ni en los pasajeros fortines erigidos por

ellos, sino en las leyendas de terror, por estos vanos invasores y el estampido de sus armas, difundidas en las indiadas de entonces y trasmitidas á las generaciones actuales, cuyos deshechos grupos viese pasar, con un gesto doliente de derrota, por los tristes senderos de la breña...

El azar me había puesto en presencia de Pérez y Gabriel, unidos fraternalmente, pero síntesis personales de dos razas, de dos tradiciones, hijas genuínas de la selva, diversas, si no antagónicas entre sí. Su recíproca lidia centenaria, prueba ese antagonismo, pero notábase en uno y otro la influencia inevitable de la espesura común, hasta ser en ambas característica la comprención esotérica de la vida.

Me han dicho que los indios para curar á sus enfermos, rondan al paciente, musitando monótonas plegarias, y que las viudas, para expresar su pena por los esposos desaparecidos, plañen con llanto religioso á la noche, durante varias lunaciones. Pero nada me reveló el sentimiento religioso de Gabriel, como el episodio, del todo inesperado, que ocurrió en Victoria. Había piano en la estancia y le llevamos á una pieza para que bailase á su compás. Su asombro en el extraño aposento fué indescriptible; y más aún, ante la fabulosa y negra *divigá*, como llaman al instrumento de sus músicas. De pronto, entre las vueltas de su danza, se

encontró frente al gran espejo de un ropero. Quedó estupefacto. Veíase con sombrero distinto del que reflejaron alguna vez, junto con sus cara greñosa, las quietas linfas del bosque. Excitado por los libados alcoholes, miraba su imagen algo distante y vaga. Por primera ocasión, contemplaba su persona entera, animada frente á sí mismo. El asombro supersticioso, la turbación incierta, el miedo inexpresable, aparecieron en su mirada. Sólo atinó á signarse ó hacer genuflexiones de devoción, y lloró después tiernamente, avisándonos haber visto su alma, como si se creyese asomado á alguna luminosa ventana de la eternidad.

Otro rasgo de espíritu debido al ambiente, es la oblicuidad astuta. Si Pérez la tenía, no la carecía Gabriel. Yo estaba seducido por la resistente alabarda del indio, hecha de un árbol al cual llaman *guayaibí*, ó palo de la lanza. Terminaba el mango liso y largo en un hierro agudo, filo de machete incrustado en la madera y asegurado con tientos, ó lazos de cuero que lo envuelven con fuerte anillo. Se la moja antes de entrar en combate, pues humedecida se contrae, procedimiento que fué de uso también en las montoneras armadas con la chuza de nuestras guerras civiles. Dije á Pérez que le propusiese al indio vender su lanza. — *Le-hen*, respondió el indio, frase negativa según mi lenguaraz. Gabriel hubiese preferido un trueque por ropas; pero no teniéndolas á mano le ofrecía Pérez un patacón, hábil en los regateos del trato. Tornó á negarse el indio, ale-

gando que su lanza era muy útil, aunque no la quería para atacar, sino para cazar, pescar, matar tigres, y defenderse si le acometían.

— Dice este señor que te da dos potacones, propuso Pérez acentuando el precio.

— *Le-hen*, repitió el salvaje; pero esta vez iluminada la faz por la vislumbre de mejor negocio.

— Dice este señor que te da tres patacones, insistió Pérez después de un rato.

— *Le-hen*, volvió á contestar el aborígen, pero su risa era tan amplia ya, que indicaban magüer su maliciosa negativa, cuán dispuesto á venderla se encontraba. No insistimos, pues nos estaba explotando con esa habilidad de mercachifle turco que revelaba poseer. Él mismo reanudó las ofertas con frases vagas. Después de nuevas escaramuzas, consintió en una transacción ventajosa...

Y aquí está ya, junto á mi mesa de trabajo, testimonio de pasadas aventuras, testigo de vigilias actuales. Á veces, un genio travieso monologa á mi oído: — Más moderno que el homónimo conquistador, tú eres un misionero de la ciudad que fué á las selvas á desarmar la Barbarie. — La chuza cobra entonces á mis ojos significado de símbolo, y sigue hablándome de las caducas leyendas del hierro. Apoyada en un rincón, sobre la biblioteca donde volúmenes imponentes muestran su lomo, la ociosa cautiva se reclina á soñar: pa-

rece que sonríe, si va á incidir un rayo de mi lámpara sobre la arista de su filo ; mas si se vuelve muda sobre su propia sombra, dijérase que me reprocha por la nostalgia de sus guerras...

V

LAS FIESTAS

Todas las manifestaciones estéticas en el país de la selva, prueban un sentido rudimentario de la pintura y la belleza plástica. Privilegiada por Dios mismo para la comprención de la poesía y la música, el alma regional parece cuidarse poco de los relieves y el calor. Esta modalidad suya, priva á sus fiestas de atributos decorativos. Sin duda careció de aptitudes para crearlos, pues no conozco de allá, ni siquiera ídolos ó utensillos polícromos como esos que legara la civilización calchaquí. Tal cosa no ha sido originada por insuficiencia de recursos, pues la mujer del campo, criada á los pechos de la propia tierra, sabe, gracias al aprovechamiento empírico de la flora silvestre, que la balda tiñe de amarillo, el añil de azul, la granadilla de punzó, la tusca de negro, el piquillín de morado, la chilca de verde, el molle

de gris, el ceibo de rosa... Pero tanta sabiduría sólo le sirve para colorar la hilada vedija de los hatos, con que hace en sus telares, desde los burdos chuses hasta el orlado baetón.

Puede afirmarse que las costumbres de la selva carecen propiamente de color local. Es pobre y rústica la casa donde las fiestas se realizan. La concurrencia por su parte, no lleva en sus vestidos ningún elemento de belleza exterior. Carece en absoluto de esa nota pintoresca con que faldas y corpiños de colores, alegran la campiña de otros países.

En los ranchos no se halla otro matiz intenso que el de las cobijas, teñidos casi siempre de rojo y rayadas ó trianguladas á líneas verdes, amarillas y azules, — tintorería y urdimbre de manufactura doméstica. Después... la alcoba desmantelada: ni un solo adorno, ni una silvestre flor; todo en tinte de tierra, cual si la choza y la vida se identificaran con esos leñosos bosques, donde falta el paisaje de las montañas y hasta el risueño verdegay de las selvas húmedas.

Los hombres son indolentes en ese clima de horno, y pobres á la vez. La ropa queda en los cuerpos hasta pringarse de sudores é impregnarse de sobaquina. Por otra parte, el genuíno habitante del país, siendo hachador, zagal, ó peón de estancia, nada puede lucir en sus arreos. El triste paria calzará su pie nudoso en industriales alpargatas, ó en la precaria ajota, abarca rústica que no se atreve á ser una sandalia. Los cuerpos

irán bragados en chiripáes menudos, y vestidos de camisa, si no todo él trajeado por la ropita de brin que le vendió algún turco, ó adquirió en la proveduría del obraje á cuenta de tareas tarjadas.

Desterradas las antiguas costumbres, hoy todos tienden á la uniformidad del terno burgués: pantalón, chaleco y saco. En pasadas épocas, los ricos de la campaña, gastaban calzoncillos blancos de ancho pernil en criba, y sobre ellos cerrábase entre piernas el clásico chiripá. Era como éste, negra la chaqueta, en ocasiones bordada, y corta para que se viese la cintura, rodeada varias veces por la faja de vicuña ó de seda que se amoñaba garbosamente al flanco. Se apoyaba en la faja el cinturón, pero adelante caía flojo, con prolijo descuido, como luciendo su profuso arreo de monedas fernandinas de aquellos tiempos del Rey.

Las mujeres, donairosas para la danza y dulces para el amor, descuidan también su persona. En las fiestas vestirán bata lisa y pollera de colores hostiles, ó charramente floreadas; enaguas almidonadas hasta lo cartón; botines, si no fuese muy pobre ó tuviese algún amigo que la corteje... Alguna bincha por único arrequive... y cuando mucho, coqueteará con sus trenzas largas.

Este descuido por las exterioridades, mediocridad de su genio plástico, se observa en todas las manifesta-

ciones de su vida. Proviene esto, quizá, de que la selva carece de paisajes amplios y coloridos : ni el miraje esplendente de la montaña, ni la mágica policromia del mar. Los ocasos y las auroras quedan generalmente ocultas más allá de las frondas, sin refracciones ni reflejos que multipliquen arreboles y prolonguen crepúsculos. La tarde y la mañana están hechas para la selva de trinos y penumbras, de placideces y rumores. Aquellos bosques mismos, de árboles formidables, de troncos rugosos y centenarias raigambres, pero de follaje escaso, tierra seca y ámbito sombrío, son propicios á la meditación ó al sentimiento y no á los goces sensuales que dan las selvas del trópico. Es cierto que el monte mismo se abre en descampados y llanuras ; pero esa pampa resulta á veces un salitral de jumes achaparrados y nudosas pencas, y el abra es un paréntesis que acentúa el influjo de la breña inmediata. Á esto se agrega el sol ardiente que algodona los músculos en orientales pereza y aduerme el espíritu en visiones de ensueño. Así se forma ese pueblo de metafísicos, poetas y músicos, con algo de árabe y algo de hindú. Sobrios y fuertes, aquellos campesinos comen y beben con escasez. Su frugalidad es sólo comparable á la de esos chinos de las geografías, con su plato de arroz, ó á la de esos espartanos de las historias, con su par de aceitunas. Con hombres así se explica uno la gran gesta de nuestras guerras, su resistencia ante la vida y su estoicismo ante la muerte. Piel que no curten soles,

ni mojan tempestades; brazo que no atajan frondas; músculo que no doblegan sueños. Concluído el evo de los combates, vino la edad civil de las industrias, y la frugalidad del viejo montanero reapareció en el peón de los obrajes. Yo lo he visto vivir en el monte, pasar los días hacheando de sol á sol, y las noches durmiendo á la temperie; y tener su chocil hecho de ramas, no para su cuerpo, sino para guardar la hollita donde cocciona á diario la mazamorra de su escaso yantar. Conoce palmo á palmo el bosque circundante á su rancho. Designa sus rincones más apartados por sucesos baladíes que en ellos ocurrieron y que no olvida jamás. Cada uno de los árboles es su viejo amigo, y los recuerda por sus señas particulares. Harto desarrollado tienen el sentido del rumbo y de la observación, y no pocos son rastreadores. Saben el olor de los pastos, la virtud tintórica de las flores, la maléfica de las hierbas, y la terapéutica de vegetales zumos en cocción. Observador en reserva, curioso con disimulo, no es el gaucho compadre locuaz y pendenciero de las pampas y las comacas ribereñas que ha tenido nuestro país. Lenta es su volición pero segura; experta su atención; previsora su experiencia. Un tanto indolente y fatalista, supersticioso aunque sin nada de fetiquismo, lleno de fervor pagano por la música, la poesía y la danza, es, por añadidura, silencioso, imaginativo y sagaz. Ese hijo genuíno de la selva refleja su ambiente y su tradición. Ideas, mitos, hábitos cotidianos de los

primeros tiempos coloniales sobreviven en ella. Sorprende, de pronto, un vocablo, un giro, que recordamos hader leído en los clásicos de la época, siglos xvi y xvii. Sus conciencias profundas, en íntima comunión con la naturaleza, tienen la simplicidad de las fuerzas elementales. Se experimenta á su contacto, el lento trabajo de los siglos, la paciente labor de las horas; compréndese la misteriosa unidad de la especie y se goza al influjo de esa vibración mística y poética. Y no es que la raza sea retrógrada ó conservadora. El idioma, la selva y su condición mediterránea la estacionaron; nuevos destinos económicos la transformarán. Empero, bajo la capa de modernas costumbres, ha de correr, por muchos años todavía, la savia de ese espíritu regional, como el armazón de ramos de la breña permanece inmutable y vivo cuando el otoño lo despoja de su follaje caduco para mañana recubrirlo de fresco verdegay. Y es que existe una influencia secular de las selvas sobre el pueblo que hoy las habita: en ellas un hombre y un árbol se reconocen hermanos: ambos parecen hundir sus raíces aborígenes en la tierra común.

Muchos han estudiado la geografía física de nuestro país. Sabemos que las crestas de los Andes limítanlo por el oeste; baña sus costas orientales el mar, donde se vuelcan ríos que vienen desde lo interior de la América derramándose unos en otros, hasta resumirse todos

en el caudaloso Plata, ancho como un estuario. En ese triángulo formado por el agua y la piedra, fraternizan, como en ninguna patria del orbe : el hombre de las pampas litorales, donde antes rugía la horda y canta hoy el labriego, el morador de la llanura mediterránea, que oyó el tropel de las montaneras; el nativo de las montañas, alcázar de crepúsculos y nieves, y el hijo de la selva misteriosa donde el Salado y el Dulce bajan murmurando bendiciones de Dios sobre aquella apacible Mesopotamia... No se ha escrito, sin embargo, lo que llamara yo la geografía espiritual de la República. Libro de historia, de ciencia, — de lírica también, — nos enseñaría cómo son las almas que nacen de esa pampa, de esa llanura, de esa montaña y de esa selva; cómo sus genios rústicos comprometieron nuestra nacionalidad en la errátil violencia de sus guerras civiles; cómo ellos mismos, en una definitiva conciliación, redujeron á cenizas la utopía unitaria y fundaron sobre los catorce puntos fijos de las ciudades coloniales nuestro gobierno federal.

Los artistas, precursores siempre, instituyeron las diversas idiosincrasias de esos genios distintos : Sarmiento, el Homero de la Barbarie, desentrañó en la vida del Tigre de los Llanos el numen rebelde de las campañas pastoras; Echeverría, aunque de una manera balbuciente, supo el triste romance de los payadores pampeanos y la indómita libertad de los centauros indígenas; González, el cantor de la cumbre riojana,

expresó el ensueño que en la mente difunde la vaguedad de esas nieblas, el eco de esas quebradas y el esplendor de esos crepúsculos...

... Las Selvas esperaban todavía su intérprete, — el poeta que al recorrer umbrías y senderos, hubiera comprendido el prodigioso espíritu de la breña en el hondo silencio de sus abras y la muelle existencia de sus ranchos, el pavor de sus mitos y el encanto de sus leyendas, en el himplar de sus pumas y el ayear de sus pájaros nocturnos, y la música de sus árboles cuando por ellos pasan, como arcos invisibles, el anhélito de la brisa y el resuello potente de los huracanes...

Pero nadie que estudie el alma de aquel pueblo la habrá conocido del todo hasta no verla cómo se regocija en sus fiestas. Allí manifiesta todas sus excelencias y defectos, bajo las formas de un mismo espectáculo sencillo y conmovedor. Allí están reunidos sus amores, sus alegrías, su cancionero, su arte y sus mitos, en tanto que, desde el fondo silencioso de sus tristezas habituales, un ansia suprema de libertar la vida arroja esa muchedumbre de almas en los desenfrenos de la bacanal.

Tal acontece la Nochebuena.

En el hogar de los patrones ha de nacer Jesús. Tienen estos, por herencia de los abuelos, una imagen del diviño párvulo. La gente de la estancia alborótase desde

las vísperas. Ellos saben que, por tradición doméstica, éste es el festival más grande del año. El vecindario del fundo viene al pesebre: unos traen su guitarra, otros su prenda, cuales sus armas. Y á las doce de la noche, con el primer instante del fausto día, el bosque cercano se estremece á los ecos del tiroteo, pues á falta de campanas, dice aleluyas la pólvora de los cohetes y fusiles. Coros de niñitos que fingen ángeles alados y vestidos de blanco, cantan, entre gallardetes y luces, los villancicos tradicionales :

Niñito bonito,
Boquita'i coral,
Ojitos de estrella
Que alumbra la mar.

. . . . . .

Qué linda es la rosa
Qu'está en el rosal;
Más lindo es el Niño
Qu'está en el altar,

. . . . . .

Adiós mi niñito,
Adiós ya me voy,
Dios quiera que m'eches
Una bendición.

El son de los cantos sube en la sombra como una plegaria de la Selva. Los astros arden como cirios, allá arriba, entre las lobregueces de la noche. Los hombres,

algunos ebrios ya, dan gritos afuera; adentro las mujeres se acercan hasta la simulada gruta para besar al Mesías, á cuyos pies dejan algún ex-voto. Se oye ternos en boca de compadres que se abrazan eructando ginebra. Y cuando el coro finaliza, la fiesta degenera en fandango, pues al primer son de la orquesta, se abre el corro y al medio salta la primer pareja, ondeando ya sus pañuelos para la zamba.

Y tal ocurre con la Trinchera.

Es la fiesta de carnaval. Sobre el descampado erigen un seto rústico y circular de palos entrecruzados, dejando en medio la cancha para la fiesta. Allí se acorrala toda la gente. Hay parejas que danzan, viejos que chupan, jinetes que se acometen á pechadas, jóvenes que se enjalbegan de almidón. En su improvisado garabito al aire libre, alguna vieja cicatera vende cohetes, huevos con agua y almidón, — cada pequeña jícara por cinco. En los corros de la salvaje romería, se oye música de tamboriles, y cantos :

— Arribita, no sé donde,
Juega una paja en el viento,
Como juegan los amores
Dentro de tu pensamiento.

. . . . . .

— Yo no sé qué le dije
Que ella lloraba;

Costumbre de mujeres
Llorar por nada...

. . . . . .

— Esta noche, buena noche,
Noche de parar la oreja :
Arrimarse á la ventana
Y ver si ronca la vieja.

Ó bien la vidalita del cantor anuncia á nuevos gauchos que vienen por el callejón, combándose en las monturas : un bote de aguardiente en la mano, una china en ancas. Suenan estruendos y gritos : el potro corvetea, y tremolan al viento sus gireladas crines.

Y tal sucede con los Angelitos.

Los « angelitos » son los niños que mueren, y cuyas almas, puras, vuelan á la gloria. Acaecimiento tan fausto produce una angustia mezclada de gozo en el hogar. Las alas del angelito para emprender su vuelo, necesitan de bailes y alabanzas. Si no, — ¡pobrecito! — quizás bogará en pena bajo los árboles, y acaso algunas noches, aterido de frío y atormentado de abandono, se viniese á gemir junto á la quincha del rancho familiar. Para evitar este peligro impío, y ulteriores desgracias, toman el pequeño cadáver, lo envuelven en lienzos, lo aderezan de flores, y puesto el féretro sobre una mesa, alumbrada de velas, danzan y beben en reli-

gioso serano. Al amanecer, el baile se suspende, y los músicos dicen su letanía :

Con una luz en la mano
Desde lejos he venido,
A velar este Angelito
Que el Señor lo ha recogido.

. . . . . .

La Madre de este Angelito
Cuán dichosa no será,
Pues en el cielo tendrá
El alma de este Angelito.

. . . . . .

Angelito de mi vida,
Llevas un ramo en las manos :
En el cielo y en la gloria,
Rogarás por tus hermanos.

El canto se repite monótono, ululante, aguardentoso. Cuando llegue á la Corte de los Serafines, donde le aguarda su sitio, « rogará por padre y madre », « rogará por sus padrinos », « rogará por sus parientes ». Luego el trovador habla en nombre del muerto y promete ser el numen tutelar de la choza, como un consuelo para los que quedan en el mundo. Madres y abuelos se acercan encomendándole recados para los angelitos suyos que hubieran muerto ya. Después lo llevan á enterrar; y con la primer vislumbre del alba, su alba anímula vágula, blándula, suave y dulce como un claro de luna, se eleva entre el perfume de los campos y el gorjeo de los pajarillos.

Lo que hay de común en todas estas fiestas es el baile y la preponderancia del espíritu sobre la forma. Esta raza que asimiló tan admirablemente la esencia de la civilización colonial, hasta crear una mitología y un caudillismo propios, peculiarísimos, inconfundibles, — no se prendó de las exterioridades decorativas. Baste saber que durante el siglo XVIII, cuando en Santiago, metrópoli del país de la Selva, funcionaba el cabildo que gobernara la región, se realizaban en la villa, cuadros escénicos y festivales públicos, á la usanza española. En aquella ciudad mediterránea, celebróse con pompa la Jura del Rey Fernando VI. y en 1771, se repitió con más boato la ceremonia, al ascender al trono de las Españas, el monarca don Carlos III. La corporación destinó una semana para las fiestas, al cabo de la cual, autoridades y súbditos volverían á los lutos por el soberano antecesor. Celebráronse cuatro días de *corridas de toros ;* dos de comedias ; — « á pesar de ser tierra tan corta de sujetos adecuados para el asunto, » — dice el acta capitular; dos días de saraos, « consistentes en mojigangas que representaron los gremios, de por sí cada uno » ; luminarias durante las siete noches de la semana ; y por fin el domingo, asistencia de cabildantes, cabos militares y demás funcionarios, y todo el público, vestidos de gala, al *Te Deum* solemne que se realizó en la Matriz, con el sermón de las honras. Estas representaciones antiguas, y otras de carácter religioso, como los autos sacramentales, han sobrevivido en di-

versas regiones de la América, pero en Santiago no. Rubén Darío ha descrito alguna de esas fiestas, tal como sobreviven en su lejana tierra nicaragüense, pero en nuestro pueblo no ha quedado ni siquiera el recuerdo. En las aldeas, donde el catolicismo degeneró menos que en las campañas, han perdurado algunas festividades en torno de imágenes milagrosas ó santuarios coloniales. Se hace aún visita de un santo á la capilla del otro, ó peregrinaciones comarcanas, donde el icono marcha con su grey, entre banderolas y guirnaldas, acompañado de cohetes y alguna música. Pero en la vida campesina, estas costumbres han tomado carácter peculiar, fundiendo remotas supersticiones indígenas con ideas católicas, y amalgamándolas aún con mitos de formación reciente. En todas prepondera un marcado carácter pagano, y no sería difícil señalar concluyentes analogías entre los bailes del bosque y los antiguos cultos dionisíacos que originaran la tragedia. No son otras cosa esos bailes con libaciones y coros, realizados para deidades báquicas como la Telesita, ó seres como los niños muertos cuya alma se beatifica en ritos de placer. Y hasta he llegado, desdeñando lo trivial de las coplas, lo rústico de los cantos y lo zafio de los personajes, á sorprender en ellos la energía latente y divina del simple ritmo primordial, que en el comienzo de las eras, convirtiera el andar en danza, la palabra en música y el gesto plástico en la máscara escénica.

VI

EL TROVADOR

Cuando el patrón llega á su estancia, ó persona respetable, si no querida también, visita alguna aldea de la región, suelen venir á presentarles su lírico saludo los trovadores del bosque. Á la manera del cantor medioeval, que modulara de castillo en castillo serenatas de amor, ellos también son rapsodas errantes que recorren comarcas rindiendo culto á las tres cosas bellas de este mundo: la poesía, la mujer y la música. Y el viajero, al visitar el país de la selva, puede observar el ingenuo sentimiento de arte que realza allí los usos más ordinarios de la vida.

Habiendo llegado á una villa comarcana, vinieron á saludarme con música, según las costumbres tradicio-

nales, pues aunque es pueblo de fundación moderna, tiene al Salado por arrabal y por extramuros á la breña.

Apenas desempolvados, nos sentábamos á comer, cuando llamaron á la puerta:

— ¿Quién es? — preguntó el dueño de casa.

— Con su permisio, don Antenor... Y al punto rompió un terceto de rondalla. Eran dos roncas vihuelas, más un carrasposo y trémulo violín. Oíase palabras dispersas y voces de temple.

— Es la voz del negro Rudes, viejo rojista y tremendo cantor, — agregó mi amigo; — y mientras ampliaba explicaciones, se escuchó una orden: — *áura*! — allá en la sombra hueca del zaguán. Y el son de un aria nativa, se levantó la letra del trovador:

. . . . . .
Saludar á su persona
Fué mi mayor interés,
Logrando por esta vez
Lo que se me aproporciona.
. . . . . .

El mismo romance, mil veces repetido á diversos viajeros, y el interés de una propina mísera, no amenguaban, por cierto, la belleza espontánea de su bienvenida, ni el tono penetrante de sus músicas. Ninguno de la comparsa me conocía; acaso nunca volverían á verme; y sin embargo, se acercaban á cumplir la fórmula antigua con celo sacerdotal.

Terminada la trova, hicimos entrar al grupo. Lo encabezaba, en efecto, Rudes, de pura cepa criolla, simpático y ladino, cuadrados los hombros, la barba, la cabeza ; — y leal el corazón... Acompáñabale de bracete al violinista, sirviéndole de lazarillo, pues éste era ciego, lo cual tornaba más densa la opacidad de su desbarbado semblante, con la cholla al rape y los cachetes gordos. Completaban la orquesta dos guitarreros, jóvenes de la tuna... Al jalec de chácharas y cantos, concluyó la comida y finalizó el doble gorjeo con vidalitas de adiós.

Era el eterno grupo de los cantores del bosque, animando con su presencia todas las ocasiones solemnes de la vida rural. El poeta anónimo del pueblo, figura descollante del grupo, siente al unísono de la muchedumbre : por eso vibra de preferencia en sus labios, el treno religioso ó el yaraví sentimental. Ignoran las aventuras paladinescas de Roldanes, Bernardos y Cides, narrados á la guisa del romancero español. Ni siquiera le apasionan nuestras odiseas corajudas de Moreiras, Calandrias y Vegas, legendarios en el litoral. Hasta las mismas espinelas heroicas de que abundó la Revolución, no han sobrevivido en el bosque... Cuenta su laúd la cuerda de las pasiones tristes, de las melancolías inefables, de los obscuros presentimientos ; y si la musa de la política le inspira también, no llega al lirismo sino en presencia de la fatalidad.

La historia federal de la región, durante el siglo XIX, comprende tres personalismos progresivos, — Ibarra Taboada, Rojas, — sincrónicos de su evolución económica: el caos originario primero; en seguida la edad pastora y militar; al fin, los comienzos del período agrícola y civil. Allí las multitudes se adhirieron con fe á sus caudillos; preponderaron éstos con su apoyo; y el linaje de su poder varió con ellos: mesnada, montonera, y más tarde falange electoral. Dada la idiosincracia de aquel pueblo, se politiqueaba con los cantos en la espesura, con las zambas en las fiestas, en las aldeas con las trovas. En las guerras interprovinciales con Tucumán y la Rioja, del caudillaje y la organización, la musa popular celebraba las hazañas de sus héroes y glorificaba el nombre de sus batallas:

Tacanitas y Laureles,
Honor de patriotas fieles,
Teatro de gloria y valor;
Triunfo de los santiagueños:
¡Viva mi Gobernador!

Fallecido ya don Manuel Taboada, y cerrado el ciclo de sus gobiernos por la intervención del presidente Avellaneda, — propagaron entre sus adictos que el jefe muerto había resucitado y que aguardaba en Catamarca la reconquista del poder por su hueste... A la desaparición del otro caudillo, ya el embeleco rústico no

hubiera prosperado, pero, en cambio, la inspiración popular rimó en elegías sus dolores.

He conocido al bardo que las compuso.

Canoso, ahilado, ciego, fino su rostro que la pera aguza, cauteloso el ademán y experto el oído para alumbrar la noche de sus ojos, — tal es don Sebastián Figueroa, á quien le llaman el *Tío Ciego*, con apodo que abona solariega notoriedad.

— Ahora que cante algo para la visita, — dijéronle cierto día, encontrándonos en la estancia de sus sobrinos de verdad, mientras alguien pasábale su guitarra. Poeta y músico, no esperó ruegos; templó desde la prima de los suspiros á la bordona de los sollozos, y preludiando recapacitó, en tanto sus dedos ágiles caminaban cuerdas y trastes como una araña en su red. Todos callamos, embargado el silencio por nuestra ansiedad :

Mis amados santiagueños,
Compatriotas argentinos,
Hemos perdido el diseño.
Se ha perdido el ser divino ;
Todos los pueblos vecinos
Hagan con su llanto un lago,
Que al Espejo, Sol y Luna,
Lo hemos perdido en Santiago.

Se interrumpió para recordar, aunque siguió rasgueando. Sobrecogía el conceptismo severo y tosco de la concepción : « Diseño, espejo, sol y luna »; — él sabría

cuando lo dijo así, buscando para el símil de su ditirambo las cosas que dan la forna, el aliño, la vida, el esplendor, y que, sin duda, cobraban raras magnificencias en la imaginación del poeta ciego. Las pupilas del viejo, sin luz como las de ciertos mármoles célebres, manifestaban en sombras la emoción; y al par su anhélito jadeaba :

Ya se ha muerto Absalón Rojas :
Nosotros qué hemos de hacer?
Lloraremos todos juntos,
Doblando á la muerte d'él.
Él se ha marchado á la tumba,
Nosotros á la orfandad,
Nos ha robado el tesoro
La muerte tan sin piedad.
Como el kacuy vagaremos
Por el monte silencioso,
Llorando de noche y día
Sin encontrar un reposo.
Ya no nos llamen rojistas,
Pues qu'ese hombre se acabó :
Llamenos la hoja marchita
Que d'esa planta cayó.

Nuevo intervalo aquí; y tras metálico punteo, repitió la octava inicial. La dolorosa cadencia de los actosílabos evocaba imposibles reminiscencias de Manrique, hasta por el número estricto de las estrofas y el ritmo dulcificado por la música... Los recuerdos personales, la tarde que ensombrecía los campos, el aroma silvestre de un huerto vecino, el cantor añuscado por la pena y la

idea de que esa misma elegía fué repetida muchas veces por los trovadores del país, como tributo á la memoria de su caudillo muerto, — todo se reunía en una sola emoción, hasta culminar en esa estrofa ayeante donde el autor del rústico epicedio, fuése á buscar en el kacuy de sus bosques el símbolo de las angustias inconsolables!

He ahí cómo el trovador de la selva, no es el « gaucho cantor » descrito por Sarmiento. En su ambiente es aquél lo mismo que éste en la llanura pastora; pero muy poco ofrecen de común. Ambos son el melodioso verbo de la sencilla sociedad á la cual pertenecen, pero el gaucho cantor es más épico, tanto como el segundo le aventaja en la vena lírica. Es el teatro de aquél la pulpería, y si no falta á su vihuela de presuntuoso payador la nota subjetiva, su vibración se pierde en la compadre albórbola de los grescos ó en el romance que solemniza las hazañas del gaucho malo. En cambio, el trovador de estas espesuras, es silencioso, intenso, como la raza que le tiene por numen. Preocúpanle, sobre todo, el amor, el dolor y la muerte, — ideas grandes como la noche. Pueblo de artistas, ve sus representantes más genuínos en estos cultivadores de la poesía y el canto. El dolor sugiere á su musa las máximas, generalmente rimadas, de una filosofía sabia de resignación y de angustia, y en medio de esa amargura, sonríe muchas

veces su espíritu socarrón, como el reflejo de una estrella en el fondo de un tenebroso lago. El amor es en ellos, la melancolía de Werther, — aunque sin su cruel desenlace ni dramáticas actitudes exteriores; pero casi nunca la petulancia de don Juan .. Rara es la estrofa popular donde no se habla del *sonckoy*, el corazón, — de la angustia, de la tristeza, de la muerte. Su genio metafísico y sentimental, es el mismo que depurado y excelso, lloraba penas en la musa de Heine, ó de Leopardi, ó de Musset, ó de Bécker, de Poe, de Verlaine, de todos los poetas atormentados por una comprensión intensa del misterio y de la realidad.

Para qué quiero la vida
Si cada día la lloro
Y otro dichoso merece
Gozar la prenda que adoro.

Tal es el numen elegíaco de las yaraviés. Esas poesías nacen de analfabetos sin instrucción alguna y valen como expresión del alma colectiva ó de profundas pasiones individuales. Las hay también en quichua, y ellas demuestran que la fuente de donde mana este raudal oculto de inspiraciones, está en lo remoto de las tradiciones indígenas y en lo íntimo del alma mediterránea:

Ymapajcha-mi niaranki:
Campalla-mi capuskaiki...
Sujta-sujta munacuspa,
Sonckoita nanachianki.

« Para qué tú me dijiste, — que ibas á ser solo mía », — exclama en los dos primeros versos el amante desengañado, y en los últimos le reprocha su inconstancia : « Si queriendo á unos y otros, — lastimas mi corazón »... El trovador canta sus decires con la misma ingenuidad con que se arrullan las tórtolas del monte ; y fuera mejor no traducirlas si se tratase de un idioma menos desconocido : el mérito de tales estrofas reside en la sencilla espontaneidad, como en la flor de los campos y el manantial de la montaña.

Tucui tuta punkuikipi,
Soy la guardia de tu Sueño,
Ckamcka mishkejta puñuspa
En brazos de ajeno dueño.

« Toda la noche á tus puertas, — soy la guardia de tu sueño, — mientras dulcamente duermes, — en brazos de ajeno dueño » — dicen estas coplas bilingües de castellano y quichua, de tal modo ha sido real y duradera la impregnación de ambos vocabularios en la mentalidad regional.

Sin embargo, ya de la antigua lengua de los quichuas sólo quedan piltrafas de idioma, un híbrido dialecto regional que pocos hablan. Se ha entremezclado su léxico de voces castellanas, adulterándose entrambos recíprocamente. Abundan las palabras españolas con desinencia quichua : como los genitivos : *sillapi*, « de

la silla » ; *sombrapi*, « de la sombra. » Se han formado también, de raíces quichuas y derivaciones españolas, verbos nuevos tan expresivos como *upallear* (pegar en silencio) y *pallancar* (pegar sin amago) — matices de la idea de traicionar, tan sin expresión en nuestra habla, que no he tenido reparo en lanzarlos en este libro á la circulación literaria, juntamente con otros vocablos.

Cualquiera que sea el estado actual y el destino de la lengua quichua, lo que nos interesa es el espíritu de la raza que la habló. Cuando se reconstruya nuestra vida colonial, — reducida hay á simples crónicas de adelantados y virreyes, — se ha de comprender lo que esa raza significa en las tradiciones de América. Tuvieron los Incas su literatura, á cargo de los *haravec* y los *amautas*, poetas y filósofos. Cierto que el *Ollantay*, drama histórico del tiempo de Tupac-Yupanki, es obra de origen muy discutible: tales lo quieren de concepción americana; cuáles se lo atribuyen al Padre Valdés. El largo pleito en que tantos escritores del viejo y nuevo mundo han intervenido, permanece aún sin solución. Acaso sea en realidad insoluble. Los argumentos que se han aducido de una parte, podrían, sin mayor habilidad dialéctica, servir á la contraria. Lo cierto es que se halla escrito en quichua clásico, lleno de fuerza y de pureza. En mi sentir, este poema vale como documento de la riqueza expresiva de su idioma. Las palabras no existen por sí mismas: son el signo visible del pensamiento: luego, la raza que poseyó esa

lengua fué capaz de concebir desde el áspero arrebato guerrero, hasta los más tiernos matices del diapasón sentimental.

Y es en el *Ollantay* donde se encuentra ese mismo numen elegíaco que anima el alma del trovador mediterráneo. He sacado del drama, — casi desconocido entre nosotros, — el yaraví que una doncella canta para distraer á *Cusi-Coyllur*, la princesa hija del Inca, enamorada del héroe. Es un pasaje henchido de lirismo, pues la canción refiere en emblema la historia del propio corazón que la escucha. Son nada más que seis estrofas: en las tres primeras, dos palomas que se aman y no se han separado jamás, lo hacen un día, y la que regresa encuentra á la otra, « muerta bajo el hielo, en un seco y pelado tronco ». Y allí, junto al cadáver de la amada la sobreviviente llora:

— Maymi, urpi, chay ñawiyky,
Chaykaskuiqui munay munay,
Chay sonckuiqui ñucñucunay,
Chay achankaray simyki?

Chincaricuspan urpirin
Kaka kakapi muspaspa,
Wequirwan kapar cachaspa
Quiskaman ñatac puririn.

Himantinta tapukuspa,
Yanallay maypitac kanki!
Nispan mitkan ranki-ranki
Nispan wañum ullpuycuspa!

Todo verso es intraducible, y el hacerlo, sólo se justifica, cuando, como en este caso, se desea dar á conocer la belleza expresada en un idioma para nosotros inaccesible. Ignoro casi por completo la lenguo de los quichuas; pero, confrontándola con las versiones que de *Ollantay* han hecho : Mossi al castellano, Pacheco Zegarra al francés y Markhan al inglés, he podido conseguir una traducción que considero exacta hasta donde es posible en estos casos, pues cada lengua tiene sus leyes propias de fonética :

— ¿A dónde están, oh tórtola, tus ojos ;
Dónde tu pecho que el amor henchía ;
Dónde tu corazón ; dónde esa boca
Que sonrió mi alegría ?

Y vaga errante la paloma viuda,
Delirando de amor de roca en roca,
Y como un eco de venturas muertas,
Su triste arrullo invoca :

— Tórtola mía, ¿dónde estás ?... Y como
adie responde al llanto que la inquiere,
La desolada inclina su cabeza,
... Y lentamente muere...

De esas pretéritas fuentes, el río de la sangre trajo su caudal de visiones, y el diario espectáculo de la selva plasmó á su imagen al pueblo soñador de las campañas. Los árboles le impiden ver la inmensidad ; los caminos son tortuosos ; árboles y bestias encierran

algún enigma para él; el bosque está ó se lo supone poblado de peligros... La persistencia de tales sensaciones, crea un modo de ser espiritual; y el alma del pueblo se ha identificado con su selva. Todo parece flotar en ella sobre agrisados tonos de penumbra; la palabra misma es queda, como el susurro de las hojas; sordas y grandes son sus pasiones; fecunda su imaginación; resignados sus sentimientos y melancólica su música. La renovación de las estaciones que no existe para la roca de la montaña ó para las olas del mar, expresa en los follajes, mejor que en parte alguna de la tierra, la fugaz apariencia de la vida y la obscura germinación de la muerte... Por eso entre la algazara de los bailes, al Trovador, numen y verbo de la breña, suele decir, rimando esa tristeza en sus cantares:

Con el cigarro de hoja
Comparo el mundo,
Que en él todo se vuelve
Ceniza y humo.

El volumen en que se recoja todo ese tesoro de nuestra poesía popular será una obra patriótica y literaria que no ha sido emprendida todavía. Yo he procurado sembrar un medio centenar de esas coplas entre las páginas de este libro, y finca uno de sus méritos en la absoluta autenticidad de todas ellas, recogidas las más de boca misma de los trovadores, vibrante la tristeza de la raza

y la de esos viejos yaravíes de que habla Garcilaso y que el *Ollantay* ha conservado.

La poesía y la música se hallan unidas en las costumbres de la selva, cual lo estuvieron en la Grecia clásica. Siendo estas las manifestaciones estéticas más genuínas del país, los trovadores, generalmente, cultivan los dos. La melodía acompaña y sostiene la copla, y ambas se integran en la danza por un ritmo común. He aquí por qué, al contemplar las festividades del bosque, he creído asistir á la unidad originaria de todas las artes, hacia la cual tendió, en un supremo anhelo de belleza, la potencia del sueño wagneriano. El espectáculo suele ser grotesco sin duda, por el desenfreno propio de toda manifestación dionisíaca; — mas no lo fueron menos, las similares fiestas helénicas, admiradas hoy por nosotros á través de una subjetiva idealidad.

Ninguna de esas fiestas se realiza sin la presencia del trovador, especie de sacerdote de la alegría y de la muerte. Es su escenario la selva toda, recorrida por él en vida vagabunda. Hoy le llevan á velorios, mañana á una trinchera de carnestolendas, después á pesebres, más tarde á holgorios de boda, en seguida á bailes de la Telesita; — reuniones que no son en su camino reposorios de frívola sensualidad. Él es el órgano expresivo de todos los sentimientos populares. Él agasaja al

viajero, al caudillo, al magistrado, ó simplemente al patrón. El anima las reuniones carnavalescas ó nupciales; él plañe en torno al féretro de los difuntos monótonas alabanzas y junto al cadáver de los párvulos musita la letanía de los ángeles, — pues allí donde no llega la acción sacramental de la Iglesia, no sólo realiza la misión profana de la alegría báquica, sino las ceremonias de un verdadero culto religioso.

Sacha-Sachata purimi,
Llorando mi mala suerte;
Urpi cunallampa causa
Hasta que venga la muerte...

Ninguna particularidad indumentaria singulariza la silueta del cantor; pero el instrumento del cual se acompaña, completa su figura. Cultiva dos amores: su china y su vihuela. Protege á ésta última de la humedad y el sol; y desde que tiene caderas y talle como una mujer, ésta sabe, al igual de la otra, las caricias de su mano y el jirel de sus cintas... Y la vihuela corresponde tanto á sus amores que la trova dice:

Las cuerdas de mi guitarra
Gimen conmigo á la par
Y me ayudan á llorar
El dolor que me lastima:
Si parece que la prima
Hubiese aprendido á hablar.

VII

LA DANZA

— ¿Faltará mucho para llegar?

— No; ya habremos andado una legua; ha de ser por aquí...

Acababan de responder á mi pregunta, cuando vino á nosotros, en el aire liviano, como sonoro sístole del corazón de la noche, el hondo y monótono son de un bombo... Desde el aldeorro dejado atrás, mi guía y yo cabalgábamos, cruzando el bosque ribereño, á ver un baile en medio de las selvas. Era completa noche. A nuestra izquierda pasaba recta la vía de un ferrocarril; á mano derecha serpenteaba el río, — uno y otro invisibles en la espesura. Entre los árboles se deslizaba el camino, blanqueado curva á curva por la luna. De pronto, sendero adelante, se oyó rumor humano, como si alguien viniese con opuesto rumbo. Pintoresco

grupo se nos aparecía después, al doblar el primer recodo. Marchaban á vanguardia dos peatones como de espoliques, pues seguían detrás, — ahilados todos, caballeros á escote en un mismo burro, — hombre y mujer con hijo en brazos. El conjunto, entrevisto á la claridad nocturna en la ruta agreste, evocaba sencillos cuadros bíblicos. Al advertirnos bien montados, saludaron respetuosamente. Y yo les dije :

— Buenas noches, mis amigos : ¿ no saben dónde es el baile ?

— Sí, señor; de allá venimos...

— ¿ Es retirado de acá ?

— ¿ Retirado ?... No, señor...

— A ver : cállense, — interrumpió el del asno : — ¿ Oyen el bombo ?... Bueno; ahí es; cerquita, no más ;... sigan junto á los rieles.

— ¿ Habrá mucha gente ?

— ¡ Pero mucha, señor !

Nos separamos, renovando cada cual su jornada. Me sorprendió el humor comunicativo en seres de ordinario tan recatados. Observó entonces mi compañero, que sin duda, habiendo estado en la reunión, volvían medio de gorja. Continuamos en silencio, hasta arribar á nuestro destino, donde la inmóvil arboleda cercaba con su muro de sombra un descampado. Se alzaba en éste el miserable rancho de quincha, bajo de cuyo alero el rústico violín crujía, entre las manos de los músicos, acompañado de la guitarra llorona y el bombo potente

que desde lejos oyéramos. Junto á la ruidosa orquesta, la concurrencia fatigaba sus manos en cadenciosos palmoteos, después que el trovador allí presente, hubiese intercalado entre dos mimos coreográficos la copla oportuna cuya postrera modulación se perdía entre las algaradas de la muchedumbre. Fuimos hasta un vinal coposo para dejar nuestros caballos, y mientras amarraba la rienda, sentí que varias voces cantaban en coro :

Por una rubia zarca,
Un día de pena;
Y todos los días
Por una morena.

Carcajadas unísonas, acogieron esa trova galante dirigida tal vez á alguna morocha que acababa de danzar. El aire, preñado de bullicio, vibró hasta desmayarse en la breña silente que nos circundaba. Sobre nuestras cabezas, el firmamento, fulgurante de astros, alumbraba el paisaje costeño. Aparte de todos, algunas viejas tomaban mate, agrupadas en torno de fogatas que servían de hachones á la vez. Lo más de la multitud, formaba corro en frente del bohío, sentada aquí en cuclillas y chuses, allí en tablas y aperos. Esto formaba marco al antepatio, — la cancha á la temperie donde se apretaban las parejas. Las cabalgaduras estaban á la vera, atadas á cualquier improvisado palenque por bridas y ronzales. Y atrás de la choza, bajo la común

techumbre de cielo, en el campo solitario y obscuro, deslizábase la silueta de dos amantes que iban de martelo, á esconder en las sombras un abrazo furtivo...

Como nos avisasen que se hallaba en la reunión el subcomisario del distrito á quien mi cicerone conocía, pedimos verle, y vino. Era un paisano corpulento como los quebrachos sus hermanos, rostro de ojos profundos y pera lacia. Espíritu sencillo, facilitaba cualesquiera averiguación, y respondía á toda pregunta jugando con su rebenque de cabo en tripa.

— ¿Y bailan seguido?

— Casi todos los sábados; cuando no en una parte en otra; motivo no falta.

— Vd. parece aficionado, Comisario, pues se queda hasta estas horas.

— Qué esperanza, señor. Cuando era más muchacho, no digo menos; ahora es obligación, no gusto... Puede haber peleas... — Y cambiando súbitamente de tono y de tema, agregó: — Oiga eso que cantan.

Se había hecho silencio en la turba. Como estábamos aparte del corro, no veíamos el cuadro, más bien vulgar. Pero la poesía y la música, fundidas en la letra, llegaban un tanto idealizadas hasta nosotros.

Una voz masculina recitaba:

Bincha negra en el pelo
Te habías atado;
Antes que yo me muera
Te has enlutado.

Y respondió una voz femenina :

— De terciopelo negro
Tengo cortinas
Para enlutar mi lecho
Si tú me olvidas.

Y corearon los músicos :

— Vida de dos amantes,
Vida penosa;
Aunque trabajosita,
Pero gustosa.

Salvas de aplausos, clamores de animación, frases de elogio, todo en uno, brotó de aquellos labios, celebrando cada cual de las rimas.

Cambiadas estas joyas del arte popular, — á las cuales llaman « relaciones », — suelen ser unas veces declaración de amor ó pulla de despecho, recitados en tal figura, cuando movimiento y música cesan. En otras piezas, como la chacarera y el gato, el cantor, á son de cuerdas y percusiones acompañaba las mudanzas con su trova, filosófica, socarrona, ó simplemente banal, á manera de comentario lírico. Procura el trovador en las grandes ocasiones del año, estrenar algún verso inédito, aun cuando por lo común sus es-

trofas, tantas veces escuchadas, no consiguen dominar la atención en aquella batahola campesina. Generalmente vale su canto, más que por la intención, por el sonido, enriqueciendo con voces nuevas la masa del instrumental. En otros momentos huelga del todo su letra, cuando no la reclama tal cual pieza moderna de parejas abrazadas y tiempo de polka. Entonces él se reduce á acompañar la melodía, cajoneando con los dedos en el sonoro vientre de la guitarra...

Mientras concluían las relaciones, el comisario, gentilmente, mandó traer para ofrecérnoslas dos sillas sin respaldo y con asiento de cuero, diván lujoso entre tantos de caronillas y cajones. Pidió á la gente despejase un claro para ver el patio donde bailaban. La orquesta siguió vibrando sus bárbaras sonatas : eran triunfos, aires, chacareras, gatos, cielitos, zambas, escondidos, chilenas, arungas, tiranas y marotes. Variaban los nombres, pero lo plástico las diferenciaba poco entre sí : genuflexiones y pernadas al suave ondear de los pañuelos, ó al rítmico chasquear de las castañetas.

Al pronto, después de breve intervalo, la orquesta volvió á prorrumpir en músicas. Tocaban chacarera; nadie salía. Entonces un paisano viejo, acurrucado junto á nosotros, guapo zapateador en sus mocedades, excitado por la ginebra y por reminiscencias de aquellos antaños, gritó á la turba joven :

— *Danzaichis, huainas !*

— Más bien usté, seño Bachi, — le respondieron.

— Guay ! Saben que está bueno.. Ya soy bichoco.

— Eso es, que baile, que baile ! — repetían.

— No ! no ! no ! — replicaba rascándose perezosamente la cabeza.

— Sí, don Bautista, — díjole el Comisario, moviéndole á ponerse de pie, — acuérdese de sus tiempos; sáquela á esta muchacha pintona, — agregó indicando á la esposa del viejo, septuagenaria como él.

— *Bah ! Por alhajita : Na quimilip sisan cuenta mana pipas pitis mutquin...*

— Velay ! y vos por doncellito, — exclamó la señora.

— ¿ Sabe lo que le ha contestado ? — me preguntó el comisario. La desprecia á su mujer : « Bah ! por bonita, — dice, — ya es flor de quimil que nadie corta para oler, » porque la flor de esa planta es sin aroma y nadie la quiere.

A las insinuaciones influyentes del funcionario y las exigencias de todos, salieron ambos ancianos. Eran dos arrugadas momias. El gaucho había aprendido castellano en la edad adulta, y en sus instantes de emoción, el alma se le escapaba en quichua lapidario. Él iba en pernetas sobre sus ojotas, con barbijo el sombrero. Ella, insigne fumadora, arrojó, tras la última succión, el pucho de su cigarro de chala. Bai-

laron como les permitieron sus achaques, y en los requiebros, á la pobre se le descubría la piel negra y los senos exprimidos por el abierto escote del tipoy. Graznaron indecentes relaciones... Y el viejo dijo, con el derecho que le daba su ancianidad :

La mujer que á mí me quiera,
Me ha de dar sin gran trabajo,
Lo que echa la taba encima
Cuando la suerte está abajo.

Aclamaron todos esa declaración en esguince; y cuando fueron fatigados á sentarse, el cantor comentó la viaraza, con esta irónica trova :

Cuando un árbol ya está viejo
Cuando está pintando canas,
Quiere subir por el tronco
Y bajarse por los ramas.

— Ja! ja! ja! ja! — carcajearon todos. La gente no hacía sino reir, palmotear y beber. Sólo de tarde en tarde, florecía alguna chunga feliz, como la frase de don Bautista, ó alguna estrofa ingeniosa como los versos del trovador. Entre la alborotada turba circulaban porrones de ginebra, jícaras con caña, y frascos de otros desollantes brebajes. Sin más copa que los propios labios, chupaba un trago cada uno, y pasaba la bota á su vecino, de suerte que al cabo de varios ósculos ya no quedaba sino el aire en ella.

Antes, en tiempos ya abolidos, prefirieran la aloja, fermento de algarroba que se tomaba en guampas, — vasos de asta de buey, — pero el sabroso néctar tradicional, digno de un dios germano, ha sido sustituído por aquellas pócimas de enherbolados alambiques.

— ¿Y quién paga las bebidas? — pregunté.

— Según, — me informó el comisario, — si el baile es de Angelito, los padrinos; si es de casamiento, los novios; si es de la Telesita, los promesantes... y así.

Éste era de los últimos.

Agregó mi interlocutor que también se realizaban tales reuniones los días de año nuevo, navidad, pascua, reyes, carnaval. El baile era siempre el mismo; sólo variaba el pretexto y muy poco la decoración. Dado el motivo religioso de los bailes que se realizaban en torno de los seres muertos á la primera edad de la vida, ó para agradecer bienes recibidos del cielo, — era en ellos donde podía verse cómo el baile de nuestras selvas había conservado su primitivo carácter religioso, sin excluir el profano. Y la muchedumbre congregada en ellos, ebria de alcohol y de gozo, como en ese del rancho saladino, realizaba, inconsciente, la misma obra que por feliz evolución hiciera de los griegos los creadores del arte.

Entretanto, el canto había vuelto á llamar mi aten-

ción, pues entre figura y figura, intercalaban nuevas coplas;

Una voz masculina recitaba:

Quiero que me des el sí,
Quiero que me des el no,
Quiero que me desengañes
Si vas á ser mía ó no.

Y respondió una voz femenima:

Antenoche tuve un sueño,
Que dos negros me mataban:
Habían sido tus dos ojos
Que de cerca me miraban.

Y corearon los músicos:

El amor de las mujeres,
Es como el de las gallinas:
Cuando falta el gallo grande
Cualquier pollo las domina.

Siguió á esta pieza una zamba, y habían dejado cancha libre para que se luciera una pareja de novios. Ella gastaba pollera rosa, pañoleta de seda con que su novio la obsequiara, y una flor en la bincha, — única garambaina de su trenzado cabello. Él vestía bombacha de pernil plegado, aprisionada á la altura de los jarretes por la bota; y nada más de pintoresco, á no ser el chambergo requintado sobre la cara cejijunta y lampiña. Eran hábiles y ágiles. Realzábanse el uno al otro sus primores. Orgulloso de su prometida, levantaba el

muchacho lamas de polvo al repicar la tierra con la plantilla y el tacón, mientras la retrechera se deslizaba suavemente, con vaivén voluptuoso y acompasado. Sobre una línea de círculo simulaban perseguirse, él amartelado al dengue de la cadera y al donaire del talle núbil; ella torciéndose á mirarlo empusí, ó recogiendo como al desgaire la falda, para mostrar bajo el crespo ruedo, la punterita de sus flamantes botines. Ambas mudanzas se repitieron tres veces hasta el final, en que el muchacho cayó de rodillas á los pies de la joven, haciendo flamear como un lábaro su pañuelo.

La gente les arrojó en gruesas cohetes de la India : restallaron con repetido estruendo, chisporroteando bajo los pies de la pareja y entre el júbilo de la turba, que parece hallar en estos fragores, tanto como en el licor, estímulos de alegría. Al ruido, espantáronse los caballos, cortando riendas; y volvió á reinar de nuevo la baraúnda.

La concurrencia empezó después á aviarse para la dispersión, pues iba llegando el día. La voz, ya cansada y aguardentosa de los músicos, cantaba aún :

Ya viene el sol naciendo,
Dicen las flores;
Ya viene el que nos pinta
Con sus colores.

Alcé entonces los ojos al cielo como para buscar en el espacio infinito la región celeste de donde bajaba el numen inspirador de estos antiguos cultos, renovados sin pámpanos ni pífanos en un rincón agreste del bosque americano. Pero las estrellas estaban lívidas; la noche se desvanecía en el azul turquí del alba; hacia el oriente, por entre los ralos follajes, en lila, y verde pálido se arrebolaba el horizonte. Sonaba en la espesura la esquila de algún hato madruguero, dando entonaciones geórgicas al paisaje. Se esparcía en el ámbito una vislumbre angélica. Y en occidente, la luna, opaca ya, rodaba hacia otras noches, ultra la cima de los montes negros.

VIII

YARAVÍES

Jóvenes ambos, empezaron á amarse cuando las enharinadas y libaciones del último carnaval. Él era un cantor insigne del bosque, aventurero de parrandas, guapo y afortunado en el juego para más valer. Prendóse de solo verla, pues era un tipo de belleza extraña: Morochita, de líneas admirables, ajustaba sus parietales la cabellera abierta al medio y recogida en trenzas á la espalda. Cubríala un rebozo de merino, que ella dejó caer con donaire hacia atrás. No realzaba su faz primor alguno de tocado; y sin embargo, cómo relucían sus blancos, apretados dientes, al plegarse los labios en candorosa sonrisa, insinuando un hoyuelo en la mejilla! Ahondábanse sus ojos á la sombra de la pestaña crespa; y armonizaban con la nariz pequeña el óvalo y las cejas arqueadas. Para alguna musa como ésta, debió el

poeta anónimo de la selva concebir la estrofa que recuerdo haber oído en una fiesta regional :

Quién me diera esos ojos,
Y esas pestañas,
Y esa boquita roja
Con que me engañas.

Se amaban clandestinamente, haciendo refunfuñar á la madre de la muchacha que lo aborrecía al otro por presumido y haragán. Acostumbraban verse cuando iba la chinita á traer el agua para la casa, desde un estero próximo, pues el río pasaba lejos. Los ojos de ella se idealizaban de mirares dulces, y bajo el peto de la bata lisa temblaba henchido el seno, cual un hermoso fruto de juventud. Concertaban las citas á la ribera del pequeño lago, bajo el frescor de las púnuas. La inmensidad angustiosa de sus corazones, se comunicaba mejor en el silencio ; y cuando hablaban, eran lacónicos los diálogos, gracias al poder expresivo de su idioma :

— Ñuritay!

— Me quieres ?

— Sí, viditay, sí...

Después sólo se oía la alegre vida de la campaña. Hacia la opuesta margen un cáptaro elegante bogaba llevando su aristocrática blancura sobre la seda de las olas, que el chumuco travieso pronto ajaría zabullándose en ellas. En los ramajes cercanos garlaba la chá-

chara femenina de las catitas, y sonaba el melancólico silbo de los boyeros, el tic-tic de la aguda tijerilla, ó el bien-te-veo del indiscreto quetupí.

— Sabes lo que dice mi mama ?

— Qué dice ?

— Que vos me has engualichao...

Reían un instante, y como ella continuase llenando poco á poco su vasija de barro con el ahuecado poronguito, el chorro, al caer, parecía repetir adentro la escala cromática de su risa. Tornaban luego á callar; alguna idea ingrata pasaba adoleciéndoles, pero el mal se desvanecía en sus ojos, como si la luz de las almas les adurmiera en dulce aoclesia, una mano de la joven entre las del queri lo, tiernamente estrechada por su amoroso nudo... Parábase de pronto la muchacha ; cerraba la tinajuela con su pequeño manojo de araupakina, la hierba que aclara el agua; apercibíase á marchar; prodigábanse abrazos ; y recogido el cántaro, partía...

— No nos debiéramas querer, exclamó en cierta ocasión.

— ¿ Por qué, *sonckito* mío ?

— Porque mi tata se enoja.

En efecto, descubierto el sospechado engaño de las citas, acabáronse los martelos; y no volvió el muchacho á encontrarla á la orilla de la laguna. Vinieron días de pesadumbre para los dos. Las lágrimas hubieran humillado el orgullo del varón, y no teniendo el consuelo del llanto, dejaba que ilusiones y penas se le fueran en

yaravíes, como otros tantos suspiros. Le acompañaba la guitarra, y á solas con ella, le contaba sus cuitas :

Cuando nací en este mundo,
No supe qu'era el amor ;
Ahora que lo conozco,
Se acrecienta mi dolor.

*

Vida mía, cielo mío,
No puedo vivir sin verte ;
Cuando estás cerca suspiro,
Lloro cuando estás ausente.

*

Dicen que los afligidos
Se consuelan con llorar ;
Pero éste afligido llora
Sin poderse consolar.

*

Yo soy como el árbol seco
Que carece de verdura,
Pues en mi amor yo carezco,
Viditay, de tu hermosura.

Ella, por su parte, palideció de nostalgias, ensombreciendo su antigua carita de siemprenovia. Amohinada la pobre, rondaba su propio rancho, sin gustar

ni los frutos de la selva, que antes chupaba con fruición. Tenía solamente dos amigos; un casal de jilgueros anidado en el árbol del patio... Pero una tarde, al fin, cabalgando los ausentes en el camino de la estación, se encontraron por casualidad: ella venía de emplear en el boliche, con su hermanito en ancas. La invitó á que se apeara, pero ella se negó. A no ser el importuno testigo, accediera quizá, pues la fronda tentaba con su dosel umbrío, y ofrecía la alfombra del trebolar un tálamo...

— Si no fuese viejo, y tu padre, ya me las pagaría!...

Ella bajó la vista con pena, él díjole además que había resuelto marcharse á otra parte, desde que ya no podían verse. Tal vez la suerte lo ayudaría. Y convinieron una visita á obscuras para aquella noche, según la antigua costumbre, que ya inspiraba á un haravec de los Incas el tetrasílabo galante:

Caylla llapi
Puñunqui
Chaupituta
Samusac.

« Al cántico — dormirás — á media noche — vendré... »
Y vino... Por el camino del naciente, un quebrancho blanco señalaba á los conocedores del lugar la proximidad de la choza. Allí se detuvo; desmontó, y con el caballo de las riendas, internóse en los matorrales para

dejarlo allá. Siguió su marcha á pie, por la vera del cerco, pues faltaba una cuadra apenas. Bajo la luna llena amarilleaban allende el seto las panojas de la chacra, y de este lado se entretejía la randa de las enredaderas silvestres, donde alternaban docas y pasionarias.

Escondiéndose tras de la ramada, llegó el temerario hasta el antepatio de la choza. Dormían todos á la intemperie, mitigando los rigores del verano y aprovechando aquella tibia atmósfera sin rocío: los padres en su catre de tiento; tres chicos en una cuja; la enamorada en su lecho, su hermano mayor en cama de chuses, — más algunos perros y gallinas en doméstica promiscuidad. La claridad del firmamento iluminaba el cuadro: algarrobos por fondo y sábanas estivales blanqueando como nieve bajo la luna.

Gateando cauteloso á flor de tierra, se deslizaba el tenorio reflexionando entre paso y paso previsiones graves: si lo esperaría su prenda; si dormirían todos; si no tendría que irse con una costilla menos, hasta que — ¡gracias á Dios! — llegó á su meta:

— ¿Á qué has venido?

— Á decirte *adiós*...

— « Bueno, callate », — y la mujer tendió su mano hasta la del recién llegado. Pero cuadró á su desventura que en ese mismo instante un perro visionario se pusiese á ladrar; el hermano de la joven se incorporó á los ululatos, pero no descubriendo nada se limitó á darle

voces á la sordina, oxeando al can para apaciguarlo.

Los viejos roncaban sonoramente, pero lo peligroso de aquella otra intempestiva vigilia petrificó de susto á los enamorados. Contenida la respiración por el miedo, se quedaron inmóviles y mudos, contemplando la luna que seguía elevándose más allá de la arboleda, en infinitos que la diafanidad del cielo profundizaba. Era como de día, y esta luminosidad de los mundos, concurría á magnificar sus aprensiones. Como creyera al otro dormido nuevamente, sonó un beso...

... Después cuchicheos...

... Después silencio...

— Bueno, hijita, ya me voy.

Sacó entonces el muchacho, casi sin moverse, un pañolito de guarda roja, y envueltas en él dos hojas de papel cuadriculado y un anillito de oro contrahecho anudado en una esquina. Era el recuerdo que la dejaba. Como sabía escribir, había copiado coplas del amor triste, abundantes en el cancionero popular de la región. Nacida de la inspiración anónima de la raza á que él mismo pertenecía, encontrábalas ahora la más bella expresión de sus propios dolores. Eran unas las que solía cantar en sus horas de saudade, otras nuevas, y todas recogidas en los bailes que frecuentaba:

Ni la triste tortolilla,
Ni el pájaro más canoro,
Ni la fuente cristalina,
Lloran como yo te lloro.

*

La otra tarde estando triste
Pité sin saber qué hacer,
Y me vino á la memoria,
La sombra de una mujer.

*

Si tu pecho fuera cárcel
Y el corazón calabozo,
Y yo fuera el prisionero,
Qué prisionero dichoso.

*

A qué el cielo me daría
Tanto amor para quererte,
Si ahora para olvidarte
Será preciso la muerte.

La muchacha guardó papel, anillo y pañolito suso la almohada. Estrechados fuertemente, continuaron mudos. Innúmeros luceros constelaban el raso de la noche; y la vía-láctea, como un plateado río, cruzaba la inmensidad de las comarcas celestes. Subía de las selvas un letal silencio. Ella rompió á sollozar; era como si el paisaje hubiera infiltrado toda su melancolía en aquellas dos almas próximas á separarse.

— Adiós...

— Adiós...

Se iba, desde su chocil de las riberas del Dulce, hasta los campamentos de Añatuya, y acaso no volvería jamás. La sencilla historia de amor que él realizaba, era como una síntesis de todos los amores del bosque. Cierto que la violencia del instinto, — exasperada por la diaria procreación de los ganados, los reducía muchas veces á un simple episodio de los caminos, donde el casual encuentro y la pealada oportuna constituían toda la peripecia dramática. Pero si la propensión de los corazones hubiera sufrido con esperanzas rotas y melancólicas añoranzas, brotaba, profunda como un lamento, sencilla como una lágrima, la triste nota del yaraví...

Dicen que las heladas
Secan los yuyos,
Como secan los almas
Amores tuyos.

Al alejarse, contemplaban los dos la noche común donde flotaban para todo un pueblo inefables sugestiones de misterio y poesía. Del nubífero meridión surgían densos vapores que algodonaban su montaña sobre los negros bosques del sur. Los esplendores del plenilunio forjaban inverosímiles perspectivas en el ámbito, y desniveles irreales en la lejanía de los montes. Como flotantes jirones de sedas viejas se arrugaban celajes orla de ópalo en las inmediaciones de la luna, que aparentaba entre ellos bogares de góndola. Pero, á trechos, en desgarramiento brusco de grandes nubes,

apresuraba su marcha, semejando, en incomensurables archipiélagos, un derrumbe de témpanos. La breña espesaba la lobreguez de su sombra bajo el turquí del firmamento y el oro de los astros. Y un bólido que rasgara los azures con su efímera estela, cayendo sin luz en la remota espesura, parecía renacer en el tucu-tucu fosforescente que se levantaba á lo lejos, como una alada estrella de la fronda.

IX

DE PASO

Hasta el palenque del antepatio, el dueño del rancho trajo su huesuda silueta, coronada por el amplio chambergo que sombreaba, como la semiluz de la hora, su rostro de bigote escaso, pera buída y afilada nariz.

— ¿Qué tal *purinki*, don Antonio?

— Bien hijo; ¿y la gente por acá?

Después de este saludo, nos apeamos por invitación de su dueño. Mandaron encender agua para el mate y ensartar junto á las brasas una media res cabría, gorda y jugosa con que nos obsequiaron. Conociéndole á mi compañero, hacendado de la región, prodigábale aquel sus atenciones; pero estoy seguro que, en caso necesario, hubiéranme acogido con igual hospitalidad.

Este sentimiento es un noble resabio de otros siglos. Podrá ser misérrima, esta ó esotra choza vistas á lo

largo de nuestro camino ; pero, de seguro, en ella no os negarán bocados de su mesa, ni rincón á la sombra de su techo para protegeros del sol ó la lluvia. Es el hogar de antaño sin pizca de prevención ni de malicia, abierto siempre al hambre y las fatigas del peregrino. Y si está fuera el señor, ó « el niño », como llaman al hijo del patrón, llegue confiado en busca de amoroso hospedaje, á cualquiera de los ranchos que pueblan el fundo. Hay en esto sobrevivencias del sistema con el cual gobernaron los conquistadores. Entregaban la tierra en merced real á verdaderos señores, como eran los encomenderos ó « vecinos feudatarios »: y la vida venía á convertirse en bárbaro trasunto del régimen feudal. Todos sus abusos se exageraban por el medio agreste, no siendo capaces de contenerlos ni la piedad del fraile misionero, ni el temor ilusorio á su Rey demasiado lejano. La sumisión de que se beneficiaban abarcaba : desde una medianería lícita en el cortijo, hasta la otra, imperiosa, en el más tibio lecho de la casa. Esto no fué, por lo demás, costumbre circunscrita á aquella provincia, sino uso y ley establecidos en toda la América, lo mismo en la reducción del valle, que en el pueblo de la montaña.

Á la vera de la casa crecía un bosque joven, cuyo abrigo buscaron para construir el hermoso rancho. Huyssman ha apuntado sugerentes semejanzas entre

las líneas de una fábrica gótica y el interior de las selvas, con sus ramajes ojivales. Algo de imaginación inspira siempre las más graves hipótesis filosóficas. Esto fué, quizás, lo que me permitió reconocer analogías entre la casa donde nos hallábamos y el bosque inmediato. Era una pieza grande, á tres vientos, rodeada de vastas galerías. Profusos horcones, como innumerable y fina columnata de troncos, sostenían el espeso techo de torta, verdecido de hierbas espontáneas.

Al reparo del bosquecito habíase recogido la majada, que allí tenía su chiquero. Junto á la tranquera, cabras y ovejas apiñábanse, batiendo con los propios pies su lodo pestilente de orines y boñigas, — en tanto el chivo más viejo, asomaba paternalmente su cara barbuda de persona mayor...

No habiendo río, ni arroyo, ni laguna cerca de la casa, alimentaban jagüey junto al pozo donde una rústica trébede sostiene la chillona roldana. Quedaba en rente una perspectiva de pradera, — campo rico de pasto como las pampas litorales, — donde se embellecía de soledad el crepúsculo, mientras el largo rayo pálido de la primer estrella, brillaba solitario, con su fulgor de rica joya sobre la túnica imperial de la tarde...

Fuimos á sentarnos en rueda bajo la galería. Apareció la esposa, llena de robustez materna; luego los hijos, — menos el primogénito, ausente por la cons-

cripción militar; después una pareja de cuñados; — todos tipos de gran estampa y parsimonioso ademán.

Los hijos chicos sumaban cuatro : de los dos menores, que eran mellizos, estaba prendido uno al seno de la madre, mientras hamacaba ella misma al otro, encajonado en su cuna. Los restantes se apartaron á arrodillarse en torno á una silla con asiento de cuero, donde apoyaban sus coditos como en una mesa...

Tucu-tucu
Maipi tacko tian ?

Torturaban al pobre animalito, vuelto de espaldas sobre la suela del asiento, donde pugnaba por enderezarse otra vez : era una luciérnaga de las que suelen pulular en las noches, durante los estíos del bosque. Movía las patitas en el aire; el vano esfuerzo lo hacía girar sobre su propio lomo, tentando fuerzas en las alas y haciendo crujir el cuello.

Tucu-tucu
Maipi tacko tian ?

Preguntábanle nuevamente, y al fin el pobre insecto pegaba un salto brusco, apoyándose en la nuca, hasta pararse, con la cabeza á un rumbo, y pura la fosforescencia azul-eléctrica de sus ojos.

— Dice que para allú hay algarroba, — exclamaba ingenuamente el niño, señalando con el índice el

punto cardinal á donde hubiera apuntado la cabecita.

— ¡ Oh ! tuco embustero; — refunfuñaba el otro muchacho, pues sabía que en tal dirección no había sino tristes jumiales, sobre cuyas islas negras en mar de salitre, apenas si erigían sus candelabros nudosos las pencas de los ucles y cardones. Pero si el bicho marcaba bien, ó en otra tentativa rectificaba su primer error, gozaban ellos de que al responder á la antigua requesta quichua, no defraudara la fe que se le tenía como señuelo de algarrobales en fruto.

En esto, el penúltimo de los muchachos, descalzo y en camisita, corrió al regazo de la madre, gritando :

— *Un' alaña ! un' alaña !* — Y como viesen aparecer bajo la silla una espeluznante araña negra de grandes patas peludas, el padre, corrió á aplastarla bajo el tacón de su bota. Inmediatamente reuniéronse ambos chiquillos junto al deshecho codáver; y estirando cuellos y labios para acercarse lo menos posible, escupieron sobre aquellos despojos : unos para que no los besase por la noche ; otro para que no se enojase Tata-Dios.

Observaban las familias del bosque una superstición para cada animal de las breñas : — era sacrilegio matar al dominiquito, ó destruirle su nido, porque es un pajarito del Señor; la lechuza anunciaba desgracias próximas; la víbora auguraba fatalidades ó venturas, según cruzase de un lado ú otro nuestra senda; y si arrullaba la tórtola en el árbol á cuya sombra hubiese una cria-

tura, ésta debía morir, á pesar del ángel bueno que acompaña invisible la dulce vida de los niños.

A medida que la noche bajaba, fué tornándose más roja la fogata que teníamos en medio. Hablábamos poco; y llegó á poner término al interesante serano, un huracán que sopló del norte, pues como en la punta del viento vienen pestes y males, nos apresuramos á guarecernos en la casa.

Solos allí, rodeados por el desierto y por la sombra, habíamos evocado el alma de los antepasados, sin más testigo que ese espíritu móvil de la llama divinizada por las civilizaciones primitivas. Habíamos dicho máximas del eclesiastés popular; habíamos nombrado, según la astrología campesina, las constelaciones que tachonaban el cielo; habíamos recitado estrofas y tarareado los aires de las músicas nativas; habíamos recorrido las plantas y animales de la selva, desde el quebracho, — quebrador de las hachas, — hasta los yuyos más blandos, desde el atrevido puma hasta el travieso don Juan, vida llena de edificantes ejemplos... Nos habíamos recogido ya, y comenzaba á rumiar los diálogos recientes, cuando sentí ahí cerca, bajo los árboles, un interesante coloquio, del dueño de casa y su cuñado, despiertos aún.

Dialogaban los gauchos bajo el alar de la choza. Casi junto á ellos negreaba el bosque. Todavía quemaban

algunas brasas y chamizos entre el rescoldo de mate. Cerrada la noche y anegado de tinieblas el mundo, sobre la borrosa línea de las selvas, resplandecía un astro que observaban los dos :

— ¿ Ves allí eso como farol entre los árboles ?
— Sí veo.
— ¿ Sabes lo que es ?
— Una estrella será...
— ¿ Estreila ?... ¿ tan colorada ?
— Yh ?
— Parece otra cosa...
— ¿ Qué parece ?
— El *nina-quiru*...
— ¡ Guay ! como si lo hubieras visto alguna vez.
— Vos lo habrás visto ¿ no ?
— No. Pero mi tata sabía contarme.
— ¿ Qué contaba ?...
— Que era un pájaro venido del cielo.
— ¿ Y por qué le decían « dientes de fuego, » ?
— Por la luz sería...
— Dicen que traía un diamante de luz colorada ?
— ¿ Dónde ?
— En lo ojos, en el pecho, dónde sería, po !
— Piedra mágica de juro, no ?
— Así contaban...
— Y el que le sacara el diamante...
— Iba á ser el hombre más rico del mundo.
— Así ha de haber sido... porque el patrón de mi

tata ofrecía no sé cuantas onzas de oro al que fuera sujeto de agarrarlo.

— Pero de ánde habían de poder...

— Y anduvo el pájaro por varias estancias.

— Así decían.

— ¡Pero ha de ser cuánto que sucedió!

— ¡Ya lo creo!

— P'al tiempo del Rey eso lo que sería...

— Si volviera, no, Panta?

— ¿Y pará que?

— Para que te hagas platudo.

— ¡Cosh!

— Claro, pues, hombre.

— Velay: no lo pillaron ellos; no lo habíamos de pillar nosotros.

— Entonces para verlo siquiera.

— No digo menos.

— Dicen que era grande...

— Cómo no!... Y cuando más en la sombra estaba, daba más luz.

— ¿Qué se haría ese pájaro, no?

— Moriría...

— O se volvería al cielo, de juro.

— ¿Como esa estrella sería?

— Máas, hombre:... Árbol donde llegaba á pararse, se alumbraba como cuando está saliendo el Sol.

Conversaban perezosamente, con grandes pausas suspensivas entre párrafo y párrafo, y con prosodia que

tendía al apócope y la supresión de los acentos, — de suerte que ese diálogo adormecía como un blando arrorró.

Al día siguiente nos levantamos con el alba para seguir viaje. Quiso mi compañero al partir, fotografiar el rancho hospitalario. Puso el alba su primer toque rosa en una nube, luego la claridad bañó el paisaje. Y cuando nos disponíamos á marchar, una voz desde el palenque, dijo:

— Ha de hacer alcanzar un retrato por aquí, señor.

— Cómo no, señora: Se lo mandaré desde Buenos Aires.

— Que así sea; pues otra ocasión pasó por aquí un porteño... dijo que iba á mandar... y ¡hasta ahora!

TERCERA PARTE

LA FABULA

Por un camino de la selva, marchaba paso á paso, cortando campo el zorro. Le llamaban don Juan, y era tan proverbial su nombre como su fama para las gentes del país. Y á fe que la merecía, pues el hombre del bosque, en su lucha por dominar la natureleza, llegó á primar con jerarquía de monarca sobre la fauna silvestre. El manso buey, uncido al yugo del arado, inclinó la cabeza sobre las aladradas del cortijo. Las ovejas entregaron su lana á los telares, y dóciles como ellas, las vacas y los cabras, colmaron con la leche de sus ubres las baldes de la ordeña. Su viejo amigo el perro vino á compañarle en las soledades de la choza. Los potros baguales habituaron su lomo á los cosquilleos de su albardela; y muchas aves de Dios anidaron en los árboles que sombreaban su rancho, alegrando los amaneceres con la sencilla música de sus trinos... Verdad que otros, como en la tarde aciaga del Genésis

le desconocieron al pasar; pero él supo vencer : al sanguinario tigre con su arrojo, al puma ingenuo con su trampa, al ágil avestruz con sus voleadoras cinegéticas... Todos los animales sintieron su imperio : los grandes, los fuertes, los chúcaros, los hermosos, los útiles; — el único que no se rindió ni á él ni á los otros animales del bosque, fué el zorro travieso, invencible de picardía, incomparable de habilidad. No había en la selva ni ave, ni pez, ni cuadrúpedo, ni reptil, que tuviera su instinto colusorio para salvar de los aprietos, su mano experta para agarrar el pelo de las ocasiones, su habilidad para insinuarse, para medrar, para aliarse, para desaparecer; — de suerte que su existencia toda, narrada en muchas fábulas de la región, es un tratado viviente de maquiavelismo político, sintético poema de la astucia en desigual combate con la fuerza.

... Caminaba lentamente don Juan, urdiendo trazas ante el porvenir que se le presentaba siniestro, pues la fortuna, buena siempre con él, trocábase en desdichas á la sazón de este relato. Tiempo hacía que habitaba con una pareja de tigres opsígamos, sin prole en su vejez, á quienes se presentara como sobrino en virtud de no sé qué abolengos complicados que descubrió su fantasía. La maternidad vacante de la Tigre, había llorado de ternura al estrechar sobre su vientre senecto á este hijo inesperado; el Tigre le amó también, conmovida su noble fiereza por

la vida de joven aventurero. Le dispensaron ambos predilecciones de unigénito y á la sombra de ese cariño, gustó durante meses la cosecha del embeleco que concibiese en una hora feliz. Pero ahora, las cosas tomaban otro aspecto. Alguien había dejado entrever al Tigre la superchería de su árbol genealógico, y no le trataban ya con la misma obsequiosidad. Esta crisis doméstica le sobrevenía cuando ya le habían cansado los minuciosos requilorios de la tía y el genio regañón de su consorte. Aquella casa habíale resultado, en ocasión determinada de su existencia, puerto amigo, tras de procelosas aventuras; pero sólo aquellos que llevan en el alma la neurósis romántica, agravada de cierto recalcitrante picardismo, comprenderán las esplines del zorro en casa de este matrimonio rico y honesto. El alimento no le faltaba ahora, pero escaeaba la libertad. Experimentaba además cierta nostalgia de correrías, pues en la vida sendentaria y burguesa que le obligaban á llevar, aquellos episodios de antaño, con su hambre y sus peligros y todo, atraían la incurable vocación de su genio. Y en ese estado de ánimo, le tomaba en la actualidad el cambio de sus protectores. Tal vez fueran aprensiones de pariente pobre; pero se le ocurría que lo miraban en menos, que deseaban humillarlo, y que hubieren preferido verlo muerto, pues el viejo llevábalo de escudero á sus más temerarias depredaciones. Hasta le restringió su derecho á las achuras de la res que conseguían matar. Un día, sarcasmo y avaricia llegaron

á su colmo, pues de una tambera gorda que desollaron, solamente le concedió la vejiga. El zorro se la ató á la cola del felino, inflada y llena de moscardones; al ruido, el Tigre disparó. Y como nada hiere más el amor propio de los valientes afamados ó los presuntuosos bravucones, que esas fugas ridículas y esos miedos por una causa baladí, — el tío juró vengarse del pseudonepote. Las relaciones quedaron cortadas; Juan comprendió que la vida en aquel hogar se le tornaba imposible; y para cuando se le presentase la ocasión de cumplir su designio, resolvió romper las cadenas de tan ominosa esclavitud.

Aquella tarde que don Juan, de ordinario tan socarrón y travieso, iba triste por el camino, era que había consumado ya su propósito. Pensó que si fugaba, dejando al Tigre con vida, se decretaba á sí mismo la muerte; y si, por el contrario, le hacía desaparecer, esa actitud de Marco Bruto le conquistaría adhesiones, pues libertaba al bosque de su pesado despotismo. Y así ocurrió, por fin.

Habían asesinado una vaca, allá, en lo más recóndito de la selva. Como el Tigre se marchase hasta el estero próximo á beber y lavarse las garras enrojecidas de sangre, Juan quedó á la custodia de la res ya descorada, aguardando el regreso de su patrón. Entretanto, el taimado comenzó su venganza:

— ¿Qué haces Juan?

— Unas correas, tío.

— Correas... y ¿para qué ?

— Para salvar nuestras vidas.

En efecto, el zorro lonjeaba con su cuchillo la piel del animal, cuando el Tigre le dirigió esa pregunta al regresar del agua. Intrigado por las respuestas, averiguó más aún :

— Apareció un Ángel bajo ese algarrobo, mi tío... Eran los ojos zarcos de cielo, rubios los cabellos como pelo de choclo; todo el cuerpo vestido de blanco, y atrás dos alas grandes, y blancas también...

— Bueno : acabá presto, letrado !

— Ya voy, mi tío, — dijo el zorro humildemente, y continuó el relato : — Ha venido el Ángel y ha dicho que soplaría un viento espantoso, el más fuerte huracán que haya habido hasta ahora en el monte; será un castigo de Dios ; perecerán los que hayan cometido crímenes alguna vez; sólo podrán salvarse los que se amarren á los quebrachos, únicos árboles que quedarán en pie... Esto ha dicho el Ángel, y ha desaparacido volando...

Juan aparentó contraerse de nuevo á su trabajo, como quien tiene urgencia de aprovechar últimos instantes, — pero cuidándose de observar el efecto que sus palabras producían, miraba al Tigre de soslayo.

— ¡ Dios santo, Juan ! ¿ Y serás tan ingrato que no hagas algo por la salvación de tu tío ?

— No está en mis manos... Si pudiera...

— ¿ Por qué no me atarías á mí también ?

— Porque no alcanzarán las correas.

— ¡Oh! eso se remedia, sobrino...

— Vea, tío, aquellas nubes pardas...

— ¿Qué tienen?

— ¡Yo creo que ya viene la tormenta!

Decía el zorro con tan hábil simulación de desesperanzas y conduelos, que el Tigre, con los pequeños tan feroz, temblaba ante el anunciado azote providencial. Entonces le propuso el Tigre que le atase con esas cuerdas, y él le salvaría en sus brazos. Le hablaba á su sobrino con el afecto de los primeros días, y le palmeaba el hombro con la garra, como hacen los poderosos cuando necesitan de los débiles... Juan aceptó la idea con aire de pariente abnegado. El Tigre se empinó contra el árbol, parado en corvetas lo estrechó fuertemente con un brazo, dejando el otro libre para salvar al zorro. Éste comenzó á envolver su lazo haciendo un solo rollo de tronco y felino; y cuando lo hubo aprisionado inseparablemente, se apartó unas varas...

Sonreía...

Aquella mueca leve, era el único gesto de su triunfo. Saboreaba su victoria sin alharacas, en el silencio que cuadra á las grandes almas. Toda la estirpe se rebullía en esa risa, viendo cómo la astucia era más eficaz que la fuerza... Sacó algunas presas de la vaca, y aviándose con ellas para jamás volver, dirigió su mirada al Tigre que lo aguardaba sin comprender aún; y algunas frases irónicas fueron sus palabras de despedida:

— ¡Traidor! — rugió el desventurado.

— ¡No importa: las pagarás ahí!

— ¡Canalla! — vociferó el prisionero.

— ¡No importa: te secarás ahí!

— ¡Infame! — exclamó el Tigre por último, centelleando los ojos y el cuerpo elástico retorciéndose entre sus amarras... Anochecía ya; y el silencio de la tarde solemnizaba el ámbito del bosque, donde los himplidos de la fiera impotente resonaban de rato en rato; soberbio grito de dolor y de furia al cual respondía como un eco paulatinamente más lejano, la irónica voz del zorro:

— *Cuáa!... Cuáa!... Cuáa!...*

Fué después de este suceso, que vimos á don Juan, cabizbajo y murrio, por aquél camino del monte. Habían pasado ya varios días desde que rompió lo que él llamaba sus esclavitud, pero la existencia no se le presentaba tan halagüeña. Por lo visto ocurría á los animales, lo mismo que á los hombres, el imaginar la felicidad en la conquista de cuanto carecemos, y encontrar en su posesión la amargura de las cosas inútiles, el hastío de los siempre mediocres placeres de la realidad. Vagabundo, había soñado con la holganza, la quietud y la abundancia de un hogar opulento; y al encontrarse allí, gozando de tan ansiadas regalías, volvió á suspirar por su vida libre de sachabohemio... De esta suerte, parece que el vulgarizado símil de Tántalo, adoptado

como el emblema de la desesperación y del dolor, debiera ser el símbolo de la eterna dicha, desde que sólo existe la perenne voluptuosidad en el ansia angustiosa de todo bien inasequible...

Empero el zorro, siendo un esperto conocedor del mundo, buscaba el goce presente y deseaba el placer más alto con la menor dificultad, sin preocuparse de semejantes metafísicas. Había dejado, pues, que algunos amigos íntimos difundieran por la selva la noticia de su reciente victoria sobre el Tigre, pues bien sabía cuánto ascendiente dan sobre la muchedumbre estos éxitos, en la lucha por el predominio personal. La vida es así, la desaparición momentánea ó definitiva de los tipos fuertes, atrae inesperados adherentes al advenedizo vencedor, y produce cierta fruición maligna, inconfesada, en los segundones que sueñan con el probable mayorazgo.

Entretanto, no había mejorado su suerte. ¡ Tres días ya que no encontraba caza ni alimentos! Hasta las inocentes majorritas se le escapaban, como los otros pececillos, si á la margen del agua le descubrían en acecho. La escasez tocaba ya su colmo : ahí mismo acababa de escapársele una martineta que sorprendió dormida en el pajonal. Muchos de estos animales le habían acompañado en sus campañas, pero él sabía que el sacrificio de ninguna llegaría hasta alimentarle con su vida. Entonces Juan pensó que si la indigencia lo obligaba de nuevo á matrerear, era preferible comer

decentemente como funcionario, y no robar como bandido, — existencia azarosa esta última, dado que en ella el botín abundante de hoy es á veces la muerte de mañana.

El zorro conservaba una tercerola que encontró en cierta ocasión, en el bivio de un camino. Con ella se armó, y convenientemente arreado de fornitura y kepí manufacturado de fibras silvestres, corrió á apostarse en el portillo de un cerco, — lugar muy transitado por los seres del país. Impuso diezmos de peaje, impunizado por la acracia que reinaba en el bosque, desde la desaparición del Tigre. Quienes pasaran por allí con víveres, dejaban su tributo. Prohibíase, además, pasar por otro sitio, so pena de la vida. Nada es más fácil que la conquista de la autoridad por la audacia, al amparo del egoismo que se retrae, del interés que nos acompaña, de la debilidad que nos tolera. De este modo, el zorro consiguió dominar á la legión de los pobres de espíritu : la bolsuda comadreja, el blando sapo, la anulicande iguana, el pestilente zorrino, la subterránea viscacha, el epicúreo cerdo, la pacífica tortuga, el escuerzo apoplético y el tímido ckoy. Sobre esa vasta pasividad, cimentó su poderío.

Por dificultades de control ó por habilidad de alcabalero, pensó eximir de su almojarifazgo á las venenosas víboras y los pájaros que vuelan por el cielo. Sin duda comprendía don Juan, que en la selva, — como en la ciudad, — nuestros enemigos más terribles son

siempre aquellos que se arrastran y que los seres con alas y música son siempre nuestros mejores aliados... Pero antes de promulgar su propósito, un ave se negó á pagar, proclamando la injusticia de semejante privilegio, pues el bosque había sido creado para todos. Al ruido de la gresca, llegó del baña lo próximo alada muchedumbre de gaviotas, flamencos, cigüeñas, gansos, cisnes, patos, y algunos transeuntes curiosos se acercaron también, entre ellos la chuña, el ibis y las aves canoras de que son populosas las intimidades de la breña. El zorro amenazó usar de su fusil ; luego prometió concesiones; mas era inútil ya : á iniciativa del más audaz entre la ruidosa banda, se retiraron para volver al breve rato, volando por inaccesibles alturas, al son de hostil vocinglería que, naturalmente, el zorro aparentaba no sentir...

Aquella rechifla vino á demostrarle cómo el soplo más leve derriba en su hora oportuna los edificios de la grandeza falaz. De todo ello no le preocupaba la pérdida del honor, mientras el resto se salvase ; pero una fatal noticia vino á agravar sus desazones : ¡ El Tigre no había muerto ! Sano y en libertad sobrevivía.

Una cotorra de taravilla suelta le refirió la novedad : Como era tarde y no regresaban al cubil ; la Tigre temió una desgracia y salió en busca de ambos por el bosque ; á la noche, desesperada, comenzó á dar rugidos de do-

lor; el prisionero, al oirla, le respondió con nuevos gritos que surgían del fondo de su soledad : libertado el Tigre por su consorte, le buscaban ahora al zorro, decididos á exterminarle de la manera más horrenda.

En toda la comarca no había sino un estero, donde acostumbraban beber todos los animales. Era casi imposible evitar allí un encuentro, de suerte que el zorro, previsor y prudente, inventó una treta : antes de descender la barranca, gritábale al estero : — « Agua : ¿ te dejas beber ? » Dada la nerviosidad repentista de su adversario, no lo creía capaz de resistir inmóvil, si su enemigo le esperaba en acecho.

— Agua : ¿ te dejas beber ?

Nadie respondía.

— Agua : ¿ te dejas beber ?

Volaron algunos patos.

— Bueno, agua : ¡ te voy á beber ! — afirmó enfáticamente, y descendió. Pero como un movimiento que no era del aire, agitara los juncos de la orilla, bordeó el bañado y fuése á beber en la otra banda. Ese día, según se supo, estuvo el Tigre allá.

Otra ocasión se renovó el episodio, pero esta vez el Tigre, impaciente, saltó de entre unas matas antes de que el otro llegase. Lo persiguió con saña; pero el zorro se metió en un viscacheral : por otras puertas del habitáculo subterráneo se escaparon á la sorpresa los inocentes roedores, y el zorro tuvo la audacia de escabu-

llirse entre ellos, gritando en la penumbra del anochecer : — « ¡ Atajen ese zorro bandido ! »

Por segunda vez ocurrió este percance ; pero, al zamparse el animalito en la cueva, el perseguidor consiguió agarrarlo de una pata trasera : y el muy astuto, gritó volviendo el cuerpo sobre sí mismo : « Tío, me rindo : ha agarrado un tronco : tome mi mano. » — Y el Tigre, ingenuo soltó, ciego de furia y ávido de venganza, resultando burlado una vez más.

La cautela del zorro le permitía siempre guardar distancias que le diesen ventajosa vanguardia en las fugas ; y después de cada episodio, se regocijaba difundiendo él mismo el noticion entre la gente menuda de la breña. El Tigre, por su parte, se enfurecía de los fracasos, aunque reconocía la eficacia del insigne embaidor. Aconteció entonces que lloviese abundantemente, colmando el bosque de pequeñas aguadas. Esto evitó la oportunidad de los encuentros. Mucho tiempo después, el zorro lo oyó rugir muy cerca en su guarida. Distraído, no tuvo más remedio que tenderse á la vera largo á largo, simulando, como suele, la inmovilidad yacente y lacia de un cadáver. La tregua había apaciguado al perseguidor. Se acercó sin rencores, hozando compasivamente el cuerpo del enemigo difunto, y con esa magnanimidad de los fuertes exclamó : « ¡ Pobre ! ha muerto ! » y continuó paso á paso su camino.

Cuando la fiera se apartó, el sobrino abrió un ojo, y le miró alejarse, hasta que, seguro de sí mismo, disparó

en sentido contrario, con el regocijo de una verdadera resurrección. Pensó entonces que para estas ocasiones apuradas le eran indispensables dos cosas : un caballo y una mujer... Él conoció en sus correrías una casa del bosque donde habitaban una zorra anciana y su hija. Para presentarse nuevamente allí, se bañó en la laguna, limpió su fonje cola de plumero, acicaló su rostro de afilado hocico, y jinete en un avestruz, embridado con riendas de chaguar, se presentó en el teatro de su nueva aventura. Con charabón semejante, único para las gambeteadas y rápido como una luz, estaba seguro de escapar al peligro, frustrando toda persecución. Ya tenía montura; ahora le faltaba mujer; pero simpático y locuaz como era, no tardó en enlabiar á la zorrita joven. Amadrigado allí, tuvo casa, amor, y alcahuetería segura para caso que el Tigre lo persiguiera...

Pasaron meses felices que pronto debían concluir. El felino, anoticiado de la resurrección del zorro, enterado de su nuevo paradero y más enfurecido aún por el engaño eterno de que era víctima, — llegó á la casa donde ahora vivía. Las mujeres estaban solas y todo fué llantos, apenas el Tigre asomó :

— « No se asusten : yo no ensucio mi garra en polleras »... Y las zorras le agradecieron.

— « Sólo deseo saber si Juan, mi sobrino, vive. » Y las zorras le informaron de todo.

— Bueno : si no está, será otro día.

El Tigre repitió á distintas horas sus visitas ; las dueñas de casa fueron acostumbrándose á su presencia ; y como extrañase el no encontrarlo jamás al zorro, se decidió á esperarlo cierta noche.

— Es inoficioso que lo aguarde.

— ¿ Por qué ?

— Por que desde que usted viene ya no llega en casa.

— No importa ; alguna me dará cama.

Las pobres estaban aterrorizadas con la presencia de huésped tan bravío. En eso, la zorrita que espiaba con desazón hacia el camino, vió asomar entre los matorrales la cabeza enhiesta del avestruz, entre cuyas alas, abiertas como dos muelles abanicos, se agazapaba la figurilla del jinete. La aflicción de las mujeres rayaba en lo trágico. Nada sabía Juan, y temían que bajase, entregándose víctima á una sangrienta carnicería.

— Cuando venga, yo me voy á hacer el muerto, para darle confianza, — dijo el Tigre, echándoselas de astuto... Las zorras imploraban piedad ; pero concluyó por decirles que si no lo complacían, se preparasen á morir.

Al breve rato llegó á la puerta el zorro.

— Bájate, Juan...

— No, m'hija, voy á seguir viaje.

Resultaba haber descubierto ya los rastros del Tigre.

— Bájate : ha llegado tu tío, dijo la una.

— Iba de paso y ha fallecido, dijo la otra.

El zorro comprendió en seguida la treta, pues era táctica suya la de hacerse el muerto ; y el Tigre sólo realizaba con eso una ridícula parodia. Desde el umbral, se veía el cuerpo cebrado del felino, entre un par de luces, tendido en tierra.

-- Creeré que está muerto con solo que le arrimen un tizón... propuso antes de apearse ; pero, al oirlo, el Tigre no aguardó la prueba y se incorporó gruñendo. Al verlo el zorro puso en polvorosa los pies de su cabalgadura... Y las pobres zorras, madre é hija, fueron degolladas por el Tigre, ciego de furia y de venganza.

Después de este suceso, el avestruz comprendió que sus servicios á Juan le ponían en riesgo de la vida. Vano fué que éste último le argumentase la eficacia de tales uniones entre dos seres de aptitudes diversas. En efecto, era no solo recurso muy común entre los hombres, sino que, en el país maravilloso de las antiguas fábulas, usáronlo también los animales. Ya en la *Batrakhomyomakhia* un ratón cabalgó sobre una rana, aventurándose en las aguas del charco, cuando « Psikharpax, el ladrón de migajas, subió rápidamente de un salto ligero, ciñendo con sus patas el cuello blando de Physignatos, rey de las ranas... » Y á la verdad que no debía rechazarlo el rústico suri del bosque, si no lo desdeñaron los héroes atribuídos á Homero... Pero como caballero y corcel ignoraban estas cosas, se redujeron á una disputa personal que concluyó en la fuga del avestruz, á pesar de las mañas capciosamente

puestas por el zorro en las alas, con que, abriéndolas, aquel suele equilibrarse en la fuga...

De súbito, volvía el zorro á encontrarse solo en medio de la selva... Triste por las adversidades el alma, ahilado por nuevos ayunos el cuerpo, fatigados por la jornada los pies, meditaba á la sombra de un árbol. Removía sin logro sus bártulos. Se le agotaba su arsenal de recursos en el explotado magín. ¿Qué hacer ahora ¿ Había practicado todos los medios de vida : salteador de caminos cuando sus comienzos; privado de príncipes, más tarde, cuando nepote del Tigre ; funcionario público, por autodesignación, cuando la asonada del portillo ; más tarde jaque de malos hábitos, cuando se amancebó con la zorra que de modo tan bárbaro concluyó á manos de su perseguidor... Sin duda los moralistas pensarán que tanto mejor lo hubiese pasado, teniendo un oficio, como las abejas, y siendo ordenado como las hormigas. Pero él seguramente desdeñaba toda esa muchedumbre de bichos pequeños, ó creía, por lo menos, que cada ser obedece en el mundo á la tiranía de su idiosincracia, á lo cual solemos llamarle nuestro destino. Además, lanzado ya en esas tortuosas veredas, á los albures de la suerte, aún le quedaba larga vía por recorrer. Cierto que no podría soñar ahora con el chiquero próximo, donde la última noche le desterraran á balazos... ¿ Á qué soñar tampoco en las gallinas del chacarero aquél,

si los galgos de su traílla le habían declarado implacable guerra?... Ya sabría surgir de sus adversidades, sin embargo, su astucia más fecunda en embelecos y mañas, que la de ese Buscón don Pablos, ó la de cualesquier Rinconete de la hampa...

Y cavilando trazas, vió aparecer sobre el sendero, revuelta nube de polvo... Oíase ruidos broncos en esa nube: — bé-e-e... mé-e-e... — modulaban los trémulos rumores, desde el grito penoso de los cabritos hasta el grave y sonoro de los carneros adultos... El zorro se apresuró á guarecerse en un árbol. — Bé-e-e... mé-e-e... El tropel acercábase, — « ¡ Si viniesen solos ! » — pensaba, suputando provechos ; y el aprisco que balitara á la distancia, pasaba ya junto á él. — « ¡ Qué soberbio convite ! » — reflexionaba todavía, viendo blanquear ayuso los vellones, cual un undante y espumoso río, encajonado en el sendero... « ¡ Si viniesen solos ! » murmuraba otra vez, — pues matemático del éxito, jamás fué temerario : tentaciones y apetitos son locos y niños á quienes nunca ha de abandonar el ayo de la prudencia. Entretanto, continuaba gozándose en las peripecias del desfile : se atropellaban los unos á los otros en el albo turbión de la majada ; el brusco topetazo de un chivo derribaba de pronto al recental endeble que corría hacia la madre; alguna cabra sarmentosa que se hubiese detenido á ramonear en la hierba fresca, trotaba sola á incorporarse en la grey... No se oía sones de flauta, ni silbidos de árria que denunciaran pastor...

Diez, veinte, cien, pasaron todos... Bé-e-e... mé-e-e — la vocinglería alejábase por el tortuoso y sombrío sendero.

Como no viera zagal, el zorro descolgóse cautelosamente de su atalaya, prometiéndose presa : pero topóse de antuvión con el mastín cabrero, á quien penas y debilidades retardaban. Era tan flaco el pobre, que se le contaban las costillas, ceñido el cuerpo todo en una delgadez de vientre exhausto ; y para colmo, el pueblo ocioso de las garrapatas y las pulgas, medraba en esa res tan exprimida por el infortunio de las hambres. El dueño de aquella hacienda, olvidó tal vez el viejo precepto profesional : « Alimentar bien á los perros que cuidan el cercado... » — ya contenido en un epigrama helénico.

Pero don Juan, flaco él también, optó por dirigirle afectuosamente la palabra, tratándole de « amigo » al saludarlo... El cabrero, al oirle, se apresuró á seguir.

— ¡ Oiga, compañero, no se vaya !

— No, perdone, estoy apurado...

— Atiéndame una palabrita.

— No; será otra vez.

— Pero...

— Disculpe, amigo, se me va la majada.

— ... podríamos ir juntos... Vea : es mejor hablar con franqueza : Vd. y yo estamos flacos — ¿ no es así ? — No nos vamos á pelear supongo ; — luego, no hay peligro.

Persuadido el mastín, emprendieron la marcha, ambos en pos del hato. El perro le miraba con desconfianza, á pesar de su tono cordial, y no dejaba de sorprenderle la conducta pacífica del zorro. Éste observándolo de soslayo, comprendió bien su situación; y, naturalmente, comenzó á proclamarle su lealtad... Elogió después las buenos carnes del ganado: el cabrero agradeció. Entonces vió que llegaba el momento de instilar en el alma del otro, el tóxico de su cizaña.

— ... Parece mentira que su amo, siendo tan rico, no le pague sus sacrificios como debe.

— Así es el mundo, filosofó el perro.

— Que no falte agua ni pasto para las ovejas y las cabras; pero el pobre que se desvela cuidándolas...

— ... Aunque se muera de hambre ¿no?

— ¡Aunque se muera de hambre, sí, señor!

— Y qué le vamos á hacer.

— ¡Oh, mucho! Si usted fuese más diablo, si supiese cómo hay que vivir, si no le diese por ser honrado y fiel, ni yo le perseguiría su gente, ni usted se lo pasaría día y noche en mi acecho, exponiendo muchas veces su vida, — sí, señor, — ¡su vida! — que, al fin, vale tanto como la de cualesquier oveja... ¿No le parece?

Callaron breve instante. Sus venenosas razones mordían en la voluntad del cabrero, y recalcando en ellas, le convenció que para lo sucesivo, debía cesar toda lucha entrambos. ¿Por qué habían de dentellarse en beneficio ajeno? ¿No corría, por ventura, en las

venas de los dos sangre de una misma familia ?... El Hombre : ¡ ese era el enemigo común !... Todo se remediaba con un cabrito gordo que le dejase llevar de tiempo en tiempo. Si el amo se quejaba alguna vez, él dijese que siempre habría de aporrearlo el zorro, desde que lo tenían tan hambriado. Pero ni el caso habría de llegar : simularían luchas y avanzarían hasta las mismas tranqueras de la casa y junto á las ramadas del chiquero.

Al separarse aquel día, estrecharon las manos en signo de alianza, mientras sin duda el zorro pensaba que la pobreza es la tierra más fertil para la simiente del mal, y que el mayor de los adversarios es el hambre de nuestros propios ministros...

Todo resultó como lo calculase la previsión de don Juan. El perro engordaba ; engordaba el zorro también ; gozaban ambos de ventura y de paz, pero un suceso inesperado vino á turbar las alegrías de éste último.

Una tarde, encaminándose á la dehesa donde apacentaba el perro su ganado, el Tigre le salió al encuentro. Fué grande la sorpresa, pues creía que después de tanto tiempo le hubiese perdonado. Corrió á meterse en una cueva ; pero fué su desgracia que ni lo agarró de la pata, ni había otros animales, ni recurso alguno, con que pudiese burlar á su perseguidor. El Tigre quedó á la puerta, dispuesto á esperar su salida ó hacerle perecer en semejante asedio. Como el prisio-

nero no saliese, resolvió llamar á un carancho que pasaba, encomendándole, so pena de la vida, la custodia del prisionero. La fiera se dirigió á su cubil en busca de picas y herramientas con que derribar el acceso á la cueva. El pájaro de presa, apostóse dispuesto á cumplir su consigna, pero más tardó el Tigre en apartarse que el zorro en asomar el insinuante hocico por el vano del calabozo.

— ¡ Hola ! ¿ cómo te va? cuánto me alegro que seas vos, y no otro el centinela.

— ¡ A ver si entras, Juan !

— ¿ Qué te ha dicho de mí ?

— Que me matará si te dejase escapar...

— ¿ Así que este es mi último día ?

— Ya lo ves : por bandido. Bueno : ¡ adentro !

— Espérate, hombre... ¡ Qué orgulloso !

— No : es que si te vas me matan.

— No soy tan canalla para comprometerte, ¿ sabes ?

— Sí ; pero puede llegar de un momento á otro...

— Oye, carancho : vos sabías cantar muy bien.

— ¿ Y qué hay con eso ?

— A un condenado no se le niega su última voluntad.

— Y qué quieres?

— Deseo oirte; acordarme de nuestros tiempos.

— Oh, ya estoy viejo; he perdido la voz.

— ¡ Y qué voz ! : era la perdición de las muchachas.

— Nada me acuerdo ya.

— Haz un esfuerzo; endulza mi tristeza.

— No me acuerdo...

— Un triste... una vidalita... algo para uno que va á morir. Y el carancho envanecido con el elogio, alzó la vista al cielo como para abstraerse y recordar. Y fué precisamente en ese instante de distracción que el zorro aprovechó para escabullirse, bajo las propias alas del pájaro, abiertas ya para el primer graznido con que iba á preludiar. Vino el Tigre, y fué vano que el carancho se excusase con la astucia del prisionero, pues aquél, — ya colmado de burlas, — por sonso y vanidoso le destrozó.

Al poco tiempo de aliarse el perro con el zorro, advirtió el patrón la causa de las pérdidas y derrotas de su cabrero, y ordenó que lo alimentaran mejor. Con tan opíparo régimen, éste fué recobrando el lustre y fuerza de sus antiguos vigores. De suerte que, después del último percance de Juan, el mastín consideró oportuno comunicar á su cómplice que el pacto de esa inmoral alianza había terminado. Acaso mortificaban á su ingénita bondad canina, compromisos que sólo hambriento pudo aceptar. O bien, como tantas veces ocurre, prefería romper esa relación, para no disgustar á un poderoso: el Tigre. Al oirlo, el zorro, gran sofista, cercóle con nuevas razones, y no dejó de chantarle que á sus tretas debía su presente fortuna. La

ingratitud era ley entre los hombres; pero los perros no debían descender á tales bajezas. Para emplear todas las armas de su dialéctica, intentó la coacción, insinuando que no faltarían medios de denunciar á sus amos la aparcería innoble de que era responsable. Y como un compromiso genera otros, eslabonando en la vida la cadena funesta de los actos imprevisibles, el perro se vió forzado á hacer concesiones : transaron en que le permitiría entrar todas los noches á la despensa de la estancia; y desde entonces Juan, — horro de inopias y de penas, — empezó á regalarse banquetes de Lúculo. Todas las mañanas, al abrir el almacén familiar, faltaban embutidos en la soga, frutas en la alacena, quesillos en el zarzo. Las sospechas de robo caían sobre el pobre gato doméstico, ajeno á semejante piratería. Su fama de salteador de aparadores, le traicionaba, descargando sobre su lomo la moira jurídica de los indicios vehementes; é ineficaces fueron las mayadas con que proclamaba su inocencia en las azotainas...

Aquella fué la época feliz de don Juan. El Tigre no le preocupaba, pues cuidábase de esconderse durante el día cerca de la casa. A sus manjares de carnívoro agregó las fruiciones de la leche, las dulzuras del arrope, las esquisiteces de la miel, las excelencias virtuosas del vino. Empero, nada es tan contrario á nuestra propia felicidad, como el goce desenfrenado de los favores que nos otorga el destino : — en la inconciencia pueril de su ventura, el zorro se embriagó

tan extremadamente cierta noche, que saltos y alaridos despertaron á los dueños de casa, quienes acudieron armados al aposento de donde aquello partía, para matar al promotor.

Los fabulistas del bosque ignoran cómo don Juan, dada su borrachera, pudo saltar por la ventana, escapándose al monte. Pero ellos saben, — eso sí, — entre los profusos episodios de esta vida accidentada y fecunda, que el zorro sucumbió á garras del Tigre, porque á pesar de ser la astucia, talento selvático y mediterránco por excelencia, no han querido proclamar su triunfo cuando aparecía agitándose, como un numen antiguo en contra del bien, pues no es cierto que hayan de ser definitivas las victorias del mal sobre la tierra.

CUARTA PARTE

I

ZUPAY

Todas las religiones antiguas divinizaron los dos conceptos polares de la moral. La ética positiva de los siglos posteriores los aceptó igualmente, sin que lo iconoclasta de la metafísica nietzscheana consiguiese destruirlos en su genial demencia. El sinto de la luz y de la sombra, infinito y fecundo en el panteismo hindú, cobra en el catolicismo la fuerza de una verdad militante : Satán adquiere formidable grandeza, y en cierto momento de la Edad Media, no sólo inspira las ceremonias de un culto, sino que centraliza todo el complicado trabajo de la teología.

España, brazo armado de esa fe visionaria, difunde, junto con la verdad evangélica, su leyenda del mal en el nuevo mundo. Indígenas, conquistadores y mestizos, ante la áspera seledad de las montañas, ó en la umbría

silente de las breñas, sienten acaso como en parte alguna, la presencia de esa visión portentosa. Las agrestes deidades aborígenes y las doctas creaciones teologales, se deforman recíprocamente, y nace la mitología hispano-americana, ahondada la vida sobrenatural, bajo el influjo doble de las almas crédulas y de las tierras vírgenes.

Entre los seres vagos de esa región desconocida, Zupay es, sin duda, la síntesis admirable del obscuro proceso y la encarnación mas potente del misterio selvático. Zupay es el Diablo; y como tal, no es el producto genuino del espíritu quichua, ni la tradición incontaminada del demonio español. Supersticiones y relatos del folklore popular preséntanle en el bosque santiagueño como el Rey de las Sombras. En su estado primordial es un genio latente y maligno; es el origen de todo lo adverso que aflige á los hombres, y el enemigo de Nuestro Señor. Puede estar en el agua, en el fuego, en la atmósfera; y sabe, al par, dirigir estos elementos para sembrar en la selva pestes, inundaciones, sequías y catástrofes, aun cuando tales flagelos, — según cierto gaucho teólogo, amigo mío, — suelen venir también de Dios...

Este ha sido el concepto mítico del mal, común á todas las naciones; y así lo concibieron los Incas. La civilización peruana pasó por dos épocas sucesivas

y diversas, antes de caer rendida á sus dominadores castellanos. El primer período fué de aislamiento caótico entre los pueblos que unidos constituyeron más tarde la poderosa monarquía del Sol. Existieron entonces en acracia sin ley, sumidos en la holganza y la idolatría ; realizaron sangrientos holocaustos humanos ; recibieron su culto la piedra esmeralda, el jaspe, las cavernas, el tigre, el perro, la serpiente, los ríos caudalosos, el mar que ulula allende la montaña y el Kúntur que traspone con su vuelo desniveladas cumbres.

Pero desde Manco-Capac, y la era admirablemente centralizadora y progresista de los primeros reyes, creencias y administración cambiaron por completo. Al comenzar la conquista de Pizarros y Almagros, adoraban los pueblos, no ya los dioses de aquel menguado fetiquismo, sino al Inti bienhechor que desvanece las sombras, liquida las nieves y fecunda los campos. Habíase completado también su enorme trilogía metafísica : el *Hanan-pacha* ó cielo ; el *Hurin-pacha*, nuestro mundo de generación y corrupción ; y por contraste con aquel supremo empíreo de los buenos : la *Zupaipa-huasin* ó « casa del Demonio », la tartaria, el Infierno, que está en el ígneo centro de la Tierra. Por suso de Inti, el dios visible, concibieron á *Pacha-camac*, principio irrevelado, generador del universo, y en su contra erigieron ese genio del mal, á quien llamaron Zupay, y al cual, según el fidedigno Garcilaso, jamás

nombraban sin escupir primero, en señal de abominación. Aún actualmente el decir: « hijo del diablo — Zupaipa huchasca! » — es uno de los mayores insultos entre las gentes de habla quichua en el país de la Selva.

Las tribus más apartadas sometiéronse á la hegemonía del Cuzco, ora por el imperio de las armas, como las chancas en las guerras de Mayta-Capac; ora espontáneamente, como el norte argentino durante el reinado del noble Hueracoche. Incorporada la nueva provincia, marchaba hacia ella un curaca de sangre solar, y con él, la religión y el idioma. Así podemos explicarnos cómo ha llegado hasta nosotros el nombre quichua del Diablo, y con él una parte de las tradiciones precolombianas. Los misioneros católicos que se arriesgaron en la selva primitiva encontraron, sin duda, tribus preparadas, gracias á las ideas incáicas, para los dogmas de su predicación. Amalgamados en la mente obscura de la raza tan singulares elementos, el viejo mito perduró, para mostrarnos cuatro siglos después, en episodios de evidente genealogía europea, los aún visibles rasgos de su filiación americana.

El mito de Zupay se relaciona tanto con los de la hechicera y la Salamanca, que constituyen inseparable unidad. Los poderes de la bruja provienen de un pacto con Zupay y la Salamanca no es sino la academia subterránea, oculta en el bosque, donde el neófito

aprende su ciencia, junto á las cátedras diabólicas... Se ha creído ver en esta última leyenda un eco supersticioso de la vetusta universidad castellana, pero semejante hipótesis no es aceptable : la tradición americana y la propia universidad, tomaron su nombre de la misma ciudad histórica. Sin referirme á las *Smagogas*, como llama Jean Weiss á las asambleas solemnes que celebraban los brujos de aquél tiempo, tendría en mi apoyo el testimonio explícito del P. Mateo de Ghiraldo, antiguo exorcista de la Inquisición : él afirma la existencia de escuelas clandestinas de magia, que tuvieron sus aulas en cavernas profundas de Sevilla, Toledo, Salamanca, — lugares impíos cuya entrada mandó tapiar la católica majestad de Isabel.

Esto confirma lo que señalaba en otra parte de este libro : la virtud conservadora de las selvas, la adhesión del espíritu indígena á la vida esotérica y la tenacidad de su memoria colectiva. El medio ambiente, las nuevas costumbres sociales, las sugestiones propias de la breña, desfiguraron á su vez los trazos externos de estas creaciones varias veces seculares, aunque salvando el núcleo original. Al diablo sustituyóle Zupay, un dios zahareño al fin. La maga fué la pobre moradora de los bohíos comarcanos ; la caverna docta del viejo mundo se convirtió en un silo agreste ; y al cobrar su nombre sentido antonomásico, las Salamancas se multiplicaron en las selvas y las montañas de América.

Según la mitología regional, Zupay, universal y ubicuo en su estado latente, es multiforme en sus manifestaciones. Prefiere en sus metamorfosis figuras humanas. Ha encarnado alguna vez en cuerpo de hermoso mancebo, apareciéndose en un rancho de la espesura para tentar á cierta mujer ingenua. Se ha mostrado otra ocasión como un gaucho rico y joven que visitó la selva en su caballo enjaezado de mágicos arreos. Otra sazón un paisano, cantor de la comarca, atravesando el bosque, rumbo á la fiesta, vióse de antuvión acompañado por alguien que le desafiaba á payar, guitarra en mano : — era también el Malo, como en la leyenda pampeana de Santos Vega. Los nativos hablan así mismo del Duende, pequeño Zupay, en quien se reconoce, como en los antedichos personajes su origen español. Es el travieso enano de la siesta, con su corta estatura, su rostro magro y barbirrucio, el ingenio maligno bullendo bajo el ancho sombrerote de copa en embudo. Recorre las tortuosos senderos de la fronda ; peregrina luengas jornadas yuso el ardiente can de esos mediodías ; y asoma á la vecindad de los ranchos en busca de niños, como si tambien allí, cual en tiempos de Giles de Laval, fuesen necesarios los cuerpos de párvulos, con cuyos tiernos huesecitos y sonrosadas carnes, preparábanse pócimas y ungüentos de hechicería.

Los hijos de la selva refieren otras revelaciones de Zupay. Cierto día los montes saladinos oyeron los baladros de un fabuloso toro, bestia chúcara de olímpica

frente sobre cuello crinado; — y era Zupay también. Otro día le vieron con su rostro de Sátiro y sus piernas de chivo, entre las penumbras del ramaje, tal como el propio diablo de las leyendas europeas :

Il a la peau d'un roi qui brule,
Le front cornu;
Le nez comme une virgule,
Le pied crochu;
Le fuseau dont filet Hercule,
Noir et tordu;
Et pour comble de ridicule,
La queue au cu.

He ahí de qué modo este dios numeroso parece mezclarse, como en los tiempos griegos, á la diaria existencia de esas campañas. Sus dominios se extienden á la espesura toda; y hasta un árbol de la flora local, señala con nombre inequívoco la presencia del mito. En la descriptiva nomenclatura de las plantas silvestres, figura la *malop' taco*, « algarroba del diablo... »

... Recuerdo de una tarde, que á la ribera del Salado, conversé con un pequeño pastor llamado Miguel, lindo muchacho casi impúber, á quien sus conocimientos profesionales y su inocente fe, convertían en un personaje de las Églogas. No soplaba la rústica zampoña ni el caramillo clásico; mas á la hora del crepúsculo, cuando apuraba su regreso á las casas, la acústica del

bosque natal musicalizaba sus lánguidos silbos, al arrear las ovejas que ramoneando en los aibes se retardaban por el soto. De tanto recorrer las espesuras, aves y hierbas se le tornaron familiares y sabía de todas la virtud y el origen.

Me hablaba de las algarrobas :

— La *yuraj-taco* es dulce...

— ¿ Hay otras más ?

— Sí : la *yana-taco* es negra.

— ¿ Se come ?

— La comen solamente los caballos.

— ¿ Y otras ?

— Sí : la *malop' taco*...

— ¿ Por qué le dicen « algarroba del malo » ?

— Porque la come solamente el Malo, Zupay.

— ¿ Es muy amarga ?

— Sí ; no la quieren ni las haciendas baguales.

— ¿ Y tú lo has visto al Diablo ?

— Yo no ; pero mi tío sí...

— ¿ Es un hombre Zupay ?

— No.

— Es un animal ?

— Tampoco. — Y me lo describió después como un ser de alma siniestra ; híbrido cuerpo de cabrío y humano, á quien por sus cuernos rojos también le llaman *huajran-puca ;* ser de piernas huidas, rajada pezuña, piel cubierta de vello, pecho fuerte, bípedo y vertical...

Empero, así como este diablo plástico, hay otro Zupay fluido, intangible, no menos funesto : el *Huayra-muñoj*, — « el viento que da vuelta. »

Sucede con frecuencia en el país, el choque de dos opuestas corrientes de aire : la energía de ambos se resuelve entonces en columna animada por doble movimiento de rotación y traslación. Su altura y rapidez varía con las agitaciones de la atmósfera, desde el soplo de la brisa, hasta el resuello del huracán. El remolino desarrollado sube desde el tamaño de un caracol que gira á la estatura de una tromba gigante. Nace y viene desde lo más recóndito de las breñas, forzando su tornillo en las resistencias del ramaje, y sale á un camino, donde la tierra, falta de vegetación por los traqueos y seca por el sol, vuela en espirales de polvo hasta al mismo vertice de ese cono.

— ¡ Cruz ! ¡ Cruz ! ¡ Cruz ! — murmuran en los ranchos el conjuro, para que tuerza de ruta. ¡ Guay de aquél á quien el *Huayra-muyoj* toque al pasar ! De pronto vuela en su aliento alguna pieza de ropa extendida á secar en los gajos : Zupay es quien la arrebata. Y si la temeridad inocente de algún niño arroja un cuerno vacuno al viento redondo, porque ha oído que revienta en él, la onda potente que se encajona, estalla... y los hombres se sobrecogen de terror ! El remolino sigue adelante. Hay en su giro, á veces, alegrías de vals ; otras da vueltas en el mismo sitio con la aparente quietud de un trompo ; ya se retuerce agudo cual un

marino caracol; ya se contorsiona en desenfrenada lujuria; ora vibra como silbante sirena; ora su furia es tanta que al detenerse sobre un arbusto, la débil leña cruje y se despedaza entre los brazos del dios.

De esta suerte, Zupay es no solo el monarca de aquellas espesuras, sino el centro de su mitología del mal. Él preside la Salamanca, misteriosa caverna del bosque donde los hombres llegan á la posesión de las ciencias satánicas; él inicia á la bruja, y otorga, sobre hipotecas del alma, extraordinarios poderes. Hay en todo esto resabio de antiguas supersticiones españolas, adaptadas al ambiente local. En aquellas poblaciones del país frondoso, apartadas de los centros urbanos y las carreteras reales — hasta donde llegaban hace ya varios siglos las misiones católicas — la parte activa y positiva de su culto cayó en olvido, por faltarles la acción cotidiana y sacramental de la Iglesia. En cambio, todo cuanto constituía el reverso del cristianismo — (el Infierno y el Diablo) — debió perdurar, y arraigó más hondamente en esa tierra de tenebrosas espesuras. Esto no sólo estaba libre de las formas del rito, sino que impresionó la mente indígena y floreció en ella como en limo propio, siendo el terror á lo sabrehumano, sentimiento que la selva sugiere á porfía, hasta fijarlo en rasgo del alma regional.

II

LOS DIFUNTOS

También la magia existe en nuestra selva. Las supersticiones españolas, mezcláronse allí, nuevamente, con los restos de las tradiciones aborígenes. Es notorio que la Europa de la Edad media sugirió á las imaginaciones católicas el mito de la bruja, vieja flaca, rostro de arpía y vida-á-medianoche, vaticinadora del futuro y numen de la fatalidad. El espíritu atormentado de la época completó la pareja con el brujo, agente de la misma siniestra sabiduría. Unos y otros reuniéronse más tarde en el Sabbat, yuso la protección del Demonio, en aquelarre donde lúgubre música de tibias y carcajadas báquicas, acompañaba la danza y el cabalgar de las escobas por el ámbito que divinizaba la luna...

Todas las civilizaciones primitivas alimentaron esta

creencia de los ritos mágicos. Consultaron los Incas sus astrólogos, al igual que los griegos su pitonisa délfica. Y si hemos de creer al P. Lozano, sacerdotisas de lo desconocido anunciaron á pueblos indígenas como los calchaquiés, juríes, y diaguitas, — las próximas invasiones castellanas, — profecías que se realizaron, cuando vieron llegar hasta sus tribus los caballos armados y piafantes de Don Diego de Roxas.

Calchaquíes, juríes y diaguitas... Ellos y los conquistadores son los abuelos del pueblo que hoy habita la antigua provincia del Tucumán, desde la costa del Salado, hasta más allá de las riberas del Dulce, con dirección á los Andes. Tal es el momento de la historia en el cual se reunen esas dos tradiciones y deriva este culto de lo desconocido como otros personajes y mitos sobrevivientes en la región.

Fué complicada la hechicería europea. Para llegar á este dominio de las fuerzas obscuras, debían someterse á algunas de, sino á todas, las once ceremonias que averiguó la Inquisición : pacto con Satanás ; renunciamiento á Cristo, á la Virgen y al Espíritu Santo; repudio de las reliquias sagradas ; juramento de proselitismo satánico ; pruebas de abjuración completa á Dios ; nuevo bautizo, con padrinos que inician en los ritos diabólicos ; entrega de una pieza de vestir, en prenda de sumisión ; registro del neófito en el Libro

Negro; ofrecimiento de periódicos sacrificios, tales como frecuentes homicidios maléficos, *daños*, é inmolación de un párvulo cada quince ó treinta días; ratificación personal de todos los juramentos en presencia del diablo, y marca puesta por éste sobre lugares secretos, en el cuerpo desnudo del iniciado, prefiriendo las partes sexuales en la mujer. Desde luego, fuera imposible, ogaño, hallar un habitante de la selva que hiciese tan pavorosas revelaciones, obtenidas en pretéritos tiempos y otros países, so pena de bestiales torturas. También es posible que se las ignore totalmente, aun cuando vino con misioneros y conquistadores, todo el aparatoso procedimiento de los tribunales eclesiásticos. Se ha encontrado en archivos tucumanos, juicio de brujería como el proceso incoado á la india Luisa González, á quien acusaron, en 1688, de haber maleficiado al capitán don Diego de Bazán, vecino feudatario de la villa, á la sazón cabeza de la frondosa provincia mediterránea. Datos suministrados por historiadores coloniales, permiten inducir que los españoles juzgaban acto de adoración al Demonio, toda creencia ó rito indígenas, así se refiriesen á deidades que, « en aquella gentilidad, » correspondían al propio principio del bien que en el catolicismo la Virgen ó la Santísima Trinidad. Supersticiosos ellos mismos en mediaciones satánicas, buscaban á quien atribuir el daño, apenas se encontraban en presencia de un mal inexplicable ó rebelde, como el cloronismo de la grande histeria, ó

el tumor que baldaba la pierna del encomendero Bazán. No habiendo entre ellos mismos alguno á quien acusar de brujo, la voz de todos inculpaba á tal cual infeliz, como esa Luisa González, antes sospechosa de haber enhechizado á otra india de Eldete, y ahora torturada brutalmente para arrancarle confesión.

Empero, esta severa construcción castellana desapareció, no solo por insuficiencia del medio social, sino por las transformaciones políticas que, á raíz de la Independencia, sustituyeron con el fácil comisario criollo, el adusto magistrado español. Allá, en lo apartado de las selvas, pueblos analfabetos y creyentes, viviendo libres en el misterio y en la fe, amalgamaron los elementos de su catolicismo sin rito con las idolatrías indígenas. La raza y el ambiente favorecían este linaje de concepciones. Ella había presentido, en lo recóndito del bosque, la sugestión obscura de un mundo superior : el rumor que vagaba en el follaje ó el espectro que se deslizaba entre los árboles, eran, acaso, voces y seres que vivían más allá de las sombras. Ella había comprendido las fuerzas omnipotentes que se agitan en el seno inviolado de las tinieblas ; y así lo ha manifestado, de un modo rústico, y tan sencillo que resultaba familiar, en sus mitos, en sus cuentos domésticos de un hombre que perdió su sombra, y hasta en sus frases cotidianas : — *Huillajnin huillara*, — dice todavía la gente de la región : — *El que suele avisarle le avisó*, — para expresar la aprensión supersti-

ciosa que pareció anunciarnos la desgracia inminente, como si ese presentimiento confuso, pronto ratificado por la fatalidad, hubiera sido el aviso de un espíritu más puro que reside en nosotros, y para quien, en la excelsitud de su condición casi divina, el tiempo y el espacio quizás no existen...

Varias fuerzas han luchado en torno de estas supersticiones. Originábase á veces la leyenda, en falsos comentarios ó ruines propósitos de venganza, pero otras emanaba de un hecho real. Iba una vez el cargo contra la vieja truana que habitaba su rancho, algo á trasmano de los caminos, explotando la credulidad general, otros contra la doncella retusa á los enlabios del comandante ó del cura, como un medio de rendir su castidad redomona. Individualizada la sospecha y convertida en sugestión colectiva, se dice que llegaron á encepar á la bruja ó preparar su hoguera crematoria, ó incinerarle en cruz la piel para que se le escapase su poder maléfico. También es justo anotar que, en ocasiones, la misma Iglesia, ó la incredulidad reformadora de algún comisario, llegó á poner un dique á las exigencias premiosas del vecindario rural. Tales persecuciones y la condición ominosa de la bruja, — pues su poder emana de un pacto con Zupay, — le han creado en un lugúbre personaje de leyenda, de quien se habla en la selva sin haberle visto jamás. En cambio, al

amparo de estas supersticiones, ha prosperado una suerte de hechicería benigna, que astutos embaidores toman con ánino de granjería : me refiero á la medicina y la adivinación.

El nigromante no es sino un hechicero que no aplica sus poderes al daño. Ha habido en la selva adivinos tan famosos como el Santo Gil, farsante afortunado á cuyo rancho peregrinaban llevando sus alifafes y tristezas feligreses del vasto alrededor. Empero, como en las grandes ciudades, — donde se lo explota con avisos en los periódicos de vasta circulación, — ha descendido mucho este viejo culto de los presagios, sobre todo si se recuerda las ceremonias del verso homérico, cuando los guerreros consultan las entrañas del toro inmolado á « las riberas de la mar infecunda »...

El físico silvestre, por su parte, no es sino la antítesis, el complemento del hechicero maligno, cuyos veneficios su beneficio evita ó repara. Cura con hierbas ó brebajes que obtiene de acuerdo con su terapéutica empírica. Pero cuando mórbidas crisis ó rebeldes caquexias muéstranse rehacias á la farmacopea del bosque, el médico recurre á su ciencia oculta, y avisa al paciente : — No hay más que lo han embrujado, amigo !... — Y ahuciándole de embelecos, estipula con los deudos la cura sobrenatural, mediante el pago en vaca ó chafalonía. Viene después muy bien apercibido, y entre la inocencia del enfermo y el azoramiento de la parentela, hace vomitar al infeliz, por la boca, — ó se la extrae de alguna buba,

sapos, culebras, formas del mal espíritu que le poseía.

... Y si el enfermo se muere, comienza la otra vida. El cuerpo vuelve á la tierra; el alma sigue su destino de purificación. La familia del rancho tiene su enterratorio ahí mismo, en la cercanía del bosque. En el retiro silencioso, bajo la sombra de los árboles, las cruces melancólicas marcan el sitio de las tumbas, abriendo sobre la tierra sus brazos, en actitud á un tiempo lúgubre y piadosa. Allí van los deudos á orar por esos manes de la choza, ó encender una bujía de sebo que el aire de de la noche, al par agita y despavesa. Talvez alguna anciana lleve aún su tributo de alimentos, como llevaban á los sarcófagos antiguos, los cultores de la muerte evocados por Fustel de Coulanges. Y si al difunto le sorprendió su fin en luengas tierras, ó era sólo en el mundo, manos pías le darán sepultura, casi siempre á la vera de los caminos. Es uno de los detalles más conmovedores de la Selva, la solitaria cruz de sus senderos, con una calabacita ceñida á sus brazos, á modo de alcancía, para que los viajeros dejen su limosna en pro de la salvación de aquella alma, anómina generalmente. Recuerdo siempre, con cierta melancólica dulzura, un bosque grande que se llamaba el Monte de la Cruz, — y el cual solía atravesarlo cuando niño, al ir, todos los años, de vacaciones á la estancia. Recibió su nombre de la tumba que guardaba los restos de un

desconocido : aquella cruz negra y solitaria, cubierta al pie de corpulento quebracho, era perenne y lóbrega evocación.

Si bello es el destino del alma inocente de los angelitos, es pavoroso el de las almas adultas. El hombre que cruza por este mundo ingrato y lleno de dolores, devuelve á Dios la suya manchada de viles pensamientos y atormentada de horrorosos crímenes. Unas, sobre todo la de los cadáveres insepultos, vagan vestidas de sudarios blancos, á lo largo de los caminos, en las tinieblas de la noche, y á esos bultos fluidos y leves, suelen acometer, sin duda, los perros domésticos cuando se atropellan torcando ilógicamente á lo invisible del vacío y la sombra ...Otras se escapan por los intersticios de sus tumbas en forma de gases fosforescentes y luminosos, en « la luz mala », de chispas multicolores y efímeras... Otras, en fin, si su finado hubiera sido un adúltero, un sacrílego, un hereje, un brujo, trasmigra en seres inferiores, y el alma del muerto querido huye tal vez en el cuerpo cerdoso del chancho montés, ó viene á nosotros en el perro desconocido que se nos aproxima... Otros vagan sin rumbo ni reposo, en la nómade fatalidad de su destino...

El convoy que venía del interior de la selva, habíase

detenido en la estación anterior por percance que le ocurrió á la máquina. Esperábamos ese tren para seguir adelante ; pero la inesperada peripecia nos obligó á pasar largas horas de la noche en la misérrima estación de tránsito, cuya soledad agravaba una gran tormenta que se desencadenó simultáneamente. Rodeaban la estación algunos ranchos ; pero ni esos existían cuando se inauguró la vía. Perdida en medio del desierto, fué su primero y único habitante, el jefe, encargado de todo el movimiento de tráfico y correspondencia. Era francés de origen, y la jiba que corcovaba en su lomo, no fué suficiente amuleto contra la desventura de su fin. Cierta noche asaltaron su pieza unos bandidos, con ánimo de saquear la caja que su error imaginaba repleta de oro, y para consumar su propósito, le asesinaron cobardemente al pobre solitario, cosiéndole á puñaladas que se contaron hasta diez y ocho. Los años trascurridos desde el trágico suceso, no habían borrado su recuerdo, pues al contrario, el horror del crimen por tiempos revivía en las supersticiones locales. Lo tempestuoso y lóbrego de la noche, parecía evocarlo en la mente de los otros que esperaban el tren. La noche era un continuo relampaguear siniestro. Los rayos abrían con su tajo de luz el vientre de las nubes, perdiéndose después, con sesgo de vira roja, tras el bloque tenebroso del monte. Resonaba en la bóveda oscura, el persistente estrépito de los truenos, con su traqueo de convoyes en marcha y su

vociferar de piélagos. Á ratos se encendía un nimbus, con explosión de algodón pólvora, luminosa y muda, pues el fragor del rayo no lo veíamos. El viento que no dejó de soplar, agitó durante la noche el depósito vacío, al otro lado de los rieles, — donde según la superstición popular moraba el alma de la víctima. Naturalmente que el huracán sinfonizaba en esos tubos de entrecerradas puertas y tales teclas de cinc. El ruido en verdad sobrecogía, pues brotaban del recinto voces lastimeras, palabras confusas y prolongados ayes :

— ¡Sus!... Dios lo recoja en su gloria, — dijo una vieja.

— El señor no sabrá... agregó un tercero.

— ¿Ese ruido?

— Sí : dicen que suele andar el ánima del finado francés!

Con todas estas vicisitudes que el hombre de las selvas imagina más allá de la muerte, no la temen sin embargo, sobre todo si hubiesen llevado una vida honesta y regular. Todos lloran generalmente en torno de los cadáveres adultos y plañen junto á ellos, en la noche de los velorios, cánticos lastimeros. Pero los buenos la reciben con estoicismo, sobre todo en la guerra : así se explica uno las grandes inmolaciones colectivas de nuestra historia. Hasta hace poco vivió en el Salado el Runa Félix, hombre de mundo, aventurero y locuaz,

que gozaba de justísimo ascendiente por su talega generosa, por su belleza varonil y por el garbo que perpetuaba en ella el indumento de los antiguos gauchos. Amaba el Runa á su caballo con amor del alma y cuidaba su montura tanto como sus prendas de vestir. Sintiendo llegar su último instante, septuagenario ya, se despidió con la serenidad de un patriarca á quien la muerte no azora, y al manifestar sus mandas, la principal de todas fué que la noche del velorio, ensillado su flete lo mejor que pudiesen, lo tuvieran junto al cadáver. Así se hizo, y fué de contemplar el espectáculo insólito : junto á ese cuerpo yerto que rigió su vida, tristemente alumbrado ahora por las velas, mirábale el caballo de tal suerte, que parecía aguardarle para emprender el viaje de donde no se vuelve jamás.

III

LA SALAMANCA

Ese día, el peón doméstico y yo, niño aún, cruzábamos á caballo una comarca triste en tierra santiagueña. Dos horas hay en la región propicias al misterio satánico : la siesta con la desolación de sus senderos, la noche con sus sombras.

La vez de mi relato, el sol llameaba en el cenit. Algodonosas nubes se apelmazaban hacia el norte ; el cielo proyectaba irradiaciones de cristal bruñido ; la ruta, seca de polvo, se enjalbegaba de luz. Medraban á la vera tan solo adustas pencas ó espinosos arbustos que nos arañaban al pasar. De trecho en trecho, algún ututu verde, ó tal ceniciento ckoy, se deslizaban rápidos y desaparecían en su cueva. Las inclemencias del estío caldeaban la atmósfera y atormentaban de sed á la tierra. El bochorno y la serenidad del ámbito sin brisa

comunicaban al paisaje quietudes de muerte. A lo lejos, negreaba la ceja de un monte...

Unicas vidas en aquella escena, marchábamos en silencio, rumbo á la próxima estación. De pronto, el suelo respondió con eco sordo á las pisadas de nuestras cabalgaduras. Fué como si los brutos hubieren comenzado á andar sobre la bóveda de una cripta :

— ¿ Qué es esto ? — pregunté, mirando al guía con turbación.

— No sé ; parece hueco, niño.

— ¿ Y si nos hundiéramos, Paulino ?

— Malhaya, no fuese una Salamanca ! dijo : — y cual si hubiésemos estado de acuerdo, arrancamos á mediarienda, procurando salir á otro camino más firme.

Y cómo no huir, si para el alma ingenua del niño, la crédula mente del paisano adulto evocaba con ese nombre un mundo fantástico y subterráneo que siendo indefinido en su propia irrealidad, tornábase por ello más terrible ? Y recordé la noche de otras vacaciones, cuando en el galpón de la estancia paterna, el capataz nos describiese, con el relieve de su lengua rústica, la leyenda del antro satánico...

Tras de la casa, levantábase un bosque centenario, al cual prestaba la soledad nocturna, magnitud semejante á la que, para nuestras imaginaciones infantiles, asumía la noción de sus lejanos pretéritos. En las

noches del invierno, la finca deshabitada y sin el bullicio de nuestra visita veraniega, sentíase llegar de esa espesura, las vibraciones de una música insólita. No fuera más dulce el canto de los arcángeles — nos referían — ni más claro el laúd de los serafines. Aquellos sones partían, no obstante, de cavernas ocultas en la tenebrosa maraña, silo que nadie confesara haber visitado, porque Zupay — Satán, — bien lo sabía el hombre del relato, — ciérnese victorioso en la cueva desconocida. Y ese canto, según atávicos mitos, provenía de una orquesta diabólica... No; no era el viento convirtiendo la fronda en órgano maravilloso; era los tonos de los instrumentos regionales, flotando sobre el típico guirigay de las bacanales nativas. Era la percusión cadenciosa de sus tamboriles pintados, el gemir de sus tetracordes violines, el acento de sus arpas tañidas por manos sobrenaturales. Esa onda sonora que manaba más allá de la vida... más allá de la noche... más allá de la selva, — traía, tal vez, al soplo de las syringas antiguas, el canto de las cornamusas pastoriles, el suspiro de las líricas violas, el clamor de los cobres guerreros, y vihuelas y albogues, y crótalos, y rabeles, montando todo en esa música jamás oída, que parecía comunicar á las tinieblas, á las astros, á los corazones y los árboles, su temblor sollozante...

Este eco sobrehumano surgía de la obscura Sala-

manca, — que no es, por cierto, la *Zupaipa huasin*, la casa del Demonio, demasiado lejana de la Selva; — ni algo á la suerte del Sabbat medioeval, donde hechiceros, íncubos y súcubos, entregábanse en ronda obscena, á los más bestiales desenfrenos del pecado. Es, por el contrario, una especie de asamblea docente realizada en cavernas terríficas, donde los hombres van á beber en la fuente impura de las sabidurías infernales. Allí las almas que han pactado con Zupay, hallan la clave de la vida, la ciencia de la carne, los secretos del mal. Allí aprenden las medicinas que sanan el cuerpo, los eróticos filtros que hacen llorar al corazón; allí descifran el Zodíaco de los destinos, la clave de los beneficios; enséñase allí la danza, cuyo gesto fuera ritmo sagrado para la Grecia dionisíaca; y la música, en fin, cuyos acordes llegaban á los dolores de la tierra sobre el vasto pavor de las selvas nocturnas.

Después de varios años, he procurado, en la propia región de aquellos bosques, renovar la fantástica visión de la infancia, pero la musa miliunanochesca no respondía ya. La ausencia y el tiempo largos me devolvían casi extraño para quienes pudieron referir al niño sus ingenuas historias. El pobre liberal de las aldeas las relataba con desdén, y sin esa tímida credulidad que constituye su mejor encanto. Los campesinos, por su parte, fingían ignorarlas, recatándose con afán.

— Pero hay muchas Salamancas ¿ no es cierto ?

— Así dicen — me respondía con evasión el paisano.

— Si hubiese alguna cerca...

— ¡ Oh ! no lo llevarían tampoco ; los que conocen no avisan ; y menos á un forastero. — Así se me escurría el gaucho, mientras dialogábamos junto á su choza, viendo la tarde caer en el monte cercano.

Otra vez, en coche, cruzaba por un camino real la selva, acompañado de una anciana lugareña. En el bosque desierto, y á aquellas altas horas de la noche, nuestras palabras resonaban con favorable acústica. Se oían las voces de dirección que el auriga daba al cuarteador á fin de acompasar la marcha de los cocheros. A ratos quedábamos silenciosos : llegábanos el trote de los cascos multiplicado por un eco sordo ; el chas-chas en el parafango, si chapaleabámos barriales ; el murmullo de las hojas, los cuchicheos de la brisa, el llanto de algún pájaro aciago errante por los ramajes. Llevé entonces el diálogo al terreno de los temas propicios, sugestionado por tales sensaciones. La vieja se mostró reservada. Bajo su frente de robustos arcos ciliares y entre los pómulos anchos, los ojitos se emboscaban, mirándome taimadamente de soslayo.

— No puedo creerle que ignore lo que es la Salamanca.

— ¿ Y usté cree en eso ? — me preguntó.

— Cómo no creerlo si todos dicen.

— Así será...

— ¡Claro! Es pecado no creer... Quién dijera que yo sepa estas cosas y usted no.

— Si yo también he oído dende chica; — pero no ha de ser cierto...

— ¿Hay muchas Salamancas?

— No sé; sabrán los que han ido.

— Yo he ido...

— ¡Bah! no es sujeto... ¿O habrá tenido relaciones con el Diablo?...

Eluden, por lo general, estas incursiones al misterio, ora sea porque los campesinos temen la mofa de los extraños, ora porque recelan parecer iniciados en los secretos de una sabiduría maldita. Confesar la ubicación de la Salamanca, ó las intimidades de la academia infernal, implica tanto como declararse hechicero.

Sin embargo, el azar concedió á un vecino de aquellas espesuras llegar á las puertas del antro vedado. Atravesando cierta vez el bosque salió á un abra cercada de breales, tan rasa y limpia en su descampado, que se la hubiese creído barrida por prolijas escobas. Habíase internado de su puesto, siguiendo en pos de una mula perdida, pues era rastreador. La huella de los pequeños pasos parecía ir por allá, sospechado primero en el machucamiento de los yuyos, percibida claramente ahora sobre el suelo sin hierbas. — ¡Pero le

desazonaba aquella abrita! — y osó, movido de curiosidad, olvidado de su tarea, asomarse hasta el centro del singular recinto oculto en los redaños del monte: — un agujero redondo se internaba en la tierra. El hombre se apeó de su caballo para acercarse á espiar dentro del antro cuya boca derribaron las lluvias, y un sótano lúgubre abismó como en siniestro vértigo sus ojos. Batido fango embadurnaba el dintel de la cueva: sobre él se retorcían gigantescas serpientes que se deslizaban al fondo de tan lóbrego silo, iluminado á ratos por resplandores de azufre, como un báratro de tormenta por relámpagos mudos...

Y cuanto él descubriese, no era sino una de las estancias sucesivas, donde á medida que se desciende al orco, las pruebas se hacen más cruentas para aquilatar la adhesión del neófito. Demasiado lo valen esos bienes que se le ofrecen al término: la nicromancia, el placer, las riquezas, el rayo de luz que el peregrino de los círculos nefandos hallaba al fin de sus dolores.

Allí penetra el blasfemo: encuentra primero á Cristo, indefenso y crucificado: á él debe escupirle; se aparece después la Virgen, á quien abofetea, ratificando de sacrilegios su pacto con Zupay. Dejó á las puertas sus vestiduras, y al avanzar, desnudo, á lo más recóndito de la diabólica sima, — donde se le ha de enseñar la danza, la medicina, la magia, la música, — ve salir á su encuentro legiones de ofidios y batracios: escuerzos hinchados le miran con ojos apopléticos; ampala-

guas enormes se le envuelven, sin constreñir, al torso; blandas culebras se le ensortijan á los dedos; víboras-luto y víboras-verde ciñen sus espirales á los miembros del pobre; y otros se le deslizan, espeluznándole con su viscosa y frígida baba.

Todo esto lo sabía desde la infancia aquel paisano: por ello ver el antro y montar de nuevo para la fuga, fué un solo movimiento de su terror. No había para qué dudarlo: ¡era una Salamanca! — Allí brotaban las músicas que se oían en todos los alrededores de la selva, dulcificadas por la distancia, multiplicadas por la acústica de las frondas, y purificadas tanto por la noche, que llegaba hasta el alma de la raza divinizada de misterios.

V

EL TORO-DIABLO

Hay en la región saladina una comarca donde el río abre por entre la selva un brazo de sus aguas, al cual llaman el Saladillo los naturales del país. El riego frecuente de los bañados fertiliza la tierra de sus márgenes, el bosque medra allí con más lujuria, y sobre el marco de los duros ramajes, húmedas lianas tejen la red silvestre que contribuye á virginizar aquel misterio. Y dicen las tradiciones del lugar, que sobre esas riberas y á la sombra de su propicio follaje, galopaba, ha medio siglo apenas, un toro, especie de cíbolo mexicano, en el cual la fantasía de mi pueblo viera una de las tantas revelaciones trágicas de Zupay. Tomó su nombre el mito del bosque donde apareciera, y sus gentes estremecidas, oyeran largo tiempo el eco de sus bufidos, sonando como un trueno de las invioladas espesuras.

Es necesario conocer cuán primitivas fueron las costumbres con que en las estancias comarcanas se desarrolló la industria pastoril. Sobre el fundo cuyos linderos, por vastos y por agrestes, eran generalmente desconocidos, se derramaban las haciendas para su espontánea procreación. El pequeño aprisco, lanar y cabrío, todo en uno, quedaba cerca del hogar, en el hediondo chiquero, con el pastor indolente, el perro cuidadoso, y el huajcho recental que en su ternura huérfana, era como un adoptivo de la casa para las hijas del patrón. Pero el hato vacuno se iba á los altos del bosque, donde se multiplicaba en libérrima salvajez, y de allí sólo bajaba á silbidos y látigo cuando las arriadas de la hierra, ó cuando Dios no les llovía agua para beber, forzándolos á confluir, perezosamente, hasta la doméstica laguna.

¿Vino de allá alguno de los becerros chúcaros, y se azoraron las gentes viéndole negro y enorme, con el hispido y nudoso semblante de un antilope gnu, armado por aguda ornamenta y rugiendo como un genio diabólico? Algo de esto debió suceder, y la innata propensión de la raza hacia los seres maravillosos, transformó después algún miedo episódico en la nueva leyenda del Toro-Zupay.

Si tales narraciones de la selva, como la Salamanca y el Cacuy, se pierden en seculares lejanías; ésta no

menos bella que las otras, es de reciente origen y de formación contemporánea.

Habiendo llegado cierto día el caudillo provincial, fué avisado de la metamorfosis pavorosa. Ignoro si él pudo creerla, siendo probable simulase no rechazarla, por una de esas intuiciones que en el estado embrionario de toda civilización, hace á los directores de muchedumbres, someterse á las idiosincrasias populares. Resolvió entonces mandar en pos de la bestia soldados y rastreador de su propia escolta. Era fácil seguirla, pues en lugar de la pezuña hendida de su especie, tenía el animal cascos equinos. Y agrega el relato que aquellos hombres volvieron espantados, sin consumar la aventura, porque huyeron al ver al fabuloso monstruo, bajo un lejano *torap' sombran*, dando tan resonantes berridos, que la selva toda se conmovía á su clamor.

Años después, otro suceso arrojó luz clara sobre el obscuro mito.

Resolvieron en un puesto de aquel predio, regalar con algunos frutos de su huerto á tales parientes que moraban al otro lado del bosque. Iría con el obsequio un muchacho de la casa, quien, según la tradición, falleció hace pocos años en esos mismos parajes.

Ensilló su caballo : de torzales la brida ; las caronillas por mandil ; de madera el recado, y sobre él, varios pellones de cueritos lanares, asegurados por un

largo tiento qun los ceñía á guisa de cinchón. No precisaba estribos el insigne rapaz, ni hubiese podido utilizarlos tampoco, pues echaran sobre el apero un hinche enorme preñado de cucúrbitas y panojas : — éstas eran el presente. Apercibido todo, montó sobre los albardones, requirió su chicote y partió...

Entretanto la madre, como avisada por lúgubres presentimientos, no había dejado de recomendarle : — Si estaría bien cinchada la montura... Si le bastarían esos mates, pues era la del alba y no podría volver hasta la oración;... y por fin, que tuviese mucho cuidado al cruzar el monte del Toro-Zupay ; — requilorios que el hijo contestaba con desgaire pueril.

En efecto, el sendero cortaba el Saladillo y atravesaba el bosque fabuloso. Iba el muchacho por la ruta, paso tras paso, gozoso de la umbría y al amor de la fresca... Verdaderamente el Toro-diablo podía aparecérsele en cualesquier encrucijada. Era fácil reconocerle por su color renegrido, su corpulencia singular, su baladro potente. Empero, ¿ qué podía él, débil y sin armas ? — Acaso le sugestionaban las historias de boca en boca repetidas por el lugar, acerca de la bestia; y como para distraerse á estas imaginaciones ingratas, silbaba una vidalita, cantaba un gato, recitaba una trova :

Todos me dicen casate ;
Yo no me quiero casar :
Solterito buenavida,
Dueño de su voluntar.

Más adelante un gajo de algarrobo se adelantaba hacia el caminante, ofreciéndole su vaina retorcida y dorada : cortábala el rapaz ; callaban copla y música ; continuaba rumiando ideas en silencio ; y torvos miedos le acometían otra vez.

Llegaba al recodo de un bivio donde la fronda se tornaba más lóbrega, cuando sintió un horrendo ululato. Aquel resuello conmovió las ramas como si fuese el huracán. El niño le había oído más fuerte que al trueno cuando rebota en las tinieblas con su estridor de bronce. Detenido por el freno, el caballo amusgaba, sin osar moverse. El jinete, atragantado de gritos, espiaba también en torno, cuando salió al camino, frente á frente, la figura del Toro satánico. En menos de un guiño, torneó para la fuga el muchacho, y espoleando, se lanzó á media rienda.

Tras al fugitivo, salió trotando el toro. Era de gigantesca estatura, erguido el cuello ; cola y nuca cerdosas cual los centauros. Solípedos los callos, corría el cogote enhiesto, luciendo la cabeza redonda, entre humana y taurina. Humeantes las narices, la trompa llena de bramidos, marchaba tras del infeliz. Y el pobre, — taloneando en las costillas del bruto, chicoteándole hasta el dolor los flancos, dándole voces de arria, apercollando la cabezada para asegurarse mejor, — disparaba cual si arramblase en su fuga la selva entera, sensible sólo á la eternidad de las distancias y al furibundo ulular del monstruo... Ahora galopaba el Toro también ;

sonaba más cerca el redoblar de sus patas y el resollar de su pecho, enredados á los cuernos y á la guedeja hirsuta de sus crines, jirones de la breña. — ¡ Huía ¡ ¡ huía ! ¡ huía ! á la vanguardia el rapaz, sin osar volver los ojos empusí, atento sólo á devorar su regreso, con el horror de quien teme, no ya perder su vida, sino caer en los cuernos de Zupay. Le azotaban cual látigos las ramas, le harpaban las espinas cual uñas, y él no se dolía siquiera, atento del todo al eco del galope siniestro cada vez más cercano.

Era tan rudo el zangoloteo en el escape, que se rompieron los hinches, grandes alforjas de un chuse abolsado en los extremos : caía por aquí un choclo, más allí una sandía, luego un anco, después un melón, marcando á trechos la fuga. Creyó que los frutos podrían tentarle al perseguidor, pero ni éste se detenía, ni acallaba su angustioso baladro. En tanto, alivianada la carga, vareaba el potro con mayor libertad, pero — ¡ Dios santo ! — Si se aflojase la cincha ó si pegase una rodada, derruecando al jinete, — pobre de él !

Ese fué su martirio, hasta salir á un descampado por la ceja del monte. Un rodeo de vacas plañía destempladamente. Se le hubiese juzgado providencial, pues al cruzar el fugitivo, quiso hacerlo también el toro perseguidor y le saltó delante un toro colorado, padre del rodeo. Ardiendo en celo este último, ciego de perse-

cución el otro, se trabaron en lucha. Eran baguales y corpulentos los dos. Amufando se acometían á topetazos. Se resbalaban al chocar los cuernos, y las bestias, furiosas, volvían al amurco, rabiando de no tener más flexibles armas para trenzarse mejor.

¡ Cuadro horrible !

Y mientras la diabólica tauromoquia se consumaba á lo lejos, el niño, huyendo siempre, llegaba á su rancho, sudoroso, jadeante de fatiga, pálido de terror, sediento y raido. Al oirle, varios agregados de la vecindad, se encaminaron al lugar de la lucha. Allí el cadáver del toro colorado yacía en tierra, pintado el suelo por coágulos de su sangre ; un delgado chorrito rojo continuaba fluyendo del trucidado vientre ; la lengua caía fláccida y cetrina por un costado de la boca ; las pupilas reflejaban apenas en su vidrio de botella la claridad celeste ; y en torno del vencido, cien doloridas vacas, la mirada á las breñas orientales, balaban larga y piadosamente su desventura...

¿ Recordáis aquella otra leyenda de los griegos, según la cual Júpiter enamorado se transforma en un toro ? Lo sobrenatural ha preferido para sus metamorfosis los seres que sugieren emoción de misterio ó que dan sensaciones de grandeza. Aquí también el mito saladino, — más hermoso aún que la fábula helénica, — no desdeñaba transformarse en el animal que tiene, como el

léon en su rostro, el gesto de una majestad casi divina. Y el toro del Saladillo, Zupay era. Sospechóse también un pacto de éste con el dueño de la estancia, pues los cuatreros no osaban pecorear en sus ganados y las vacas parían con prolífica fecundidad. En cambio, cuando el patrón murió, ya viejo, los vientres se tornaron estériles, y el semental divino desapareció del lugar. La fama del Toro-Zupay cundió por la comarca; los años alejaron al mito de su génesis; y como siempre ocurre con estas creaciones del alma colectiva, el núcleo de realidad se perdió en lo fantástico, al igual de esas tipas que en las quebradas del trópico, yerguen sobre la barranca su inverosímil fronda, invisible de leña del ramaje, bajo el florido y grácil arabesco de la vegetación parasitaria.

V

EL ÍNCUBO

El Zupay del bosque ha encarnado bajo formas animales en el toro del Saladillo, y bajo formas humanas en la historia que voy á referir.

La fe de la edad media creyó en todas las metamorfosis demoníacas. Diablos fueron para ella los silvanos y faunos de la Grecia pagana, y para teólogos sutiles, hombres extraordinarios como Alejandro Magno y el rebelde Lutero, fueron creaciones de Satán. Florecieron desde aquella época leyendas de íncubos que tentaban la carne de las vírgenes y súcubos que ponían á prueba la virtud abstinente de los beatos. Los unos y los otros expresaron el misterio de un Demonio lascivo que adoptaba en la tierra cuerpos sexuales para gozar del amor. Incipientes fisiólogos de ese tiempo llegaron á estudiar la naturaleza de los íncubos y los seres por

ellos engendrados. La teología, al par, les dedicaba tratados especiales para saber si á la *cópula cum demone* debían los tribunales de penitencia considerar pecado contra piedad ó pecado contra lujuria. Y siendo su cuerpo de *sustancia tenue y vaporosa, emanantes como los perfumes por efluvios*, — según el P. Sinistrari, — podían asumir formas tan bellas como falaces, y colarse por el intersticio de cerraduras y jambas. Cuando el diablo persigue la seducción, no se muestra como sátiro imperioso y violento, sino con apariencias de mancebo gallardo, ataviado de lujosos arreos. Esta parte siniestra del antiguo catolicismo emigró también al mundo americano. Extendiéronse tales supersticiones en el bosque, y al adaptarse como tantas otras á tan extraño ambiente, no sólo desaparecieron las sutilezas de la escolástica, sino que tomaron nuevo colorido las escenas y gesto nuevo los personajes. La conciencia paradisíaca de las tierras vírgenes las despojó también del áspero sabor que les prestase el encadenado instinto de quienes las concibieron en la soledad de los claustros.

Viene de tan lejanas tradiciones una leyenda recogida por mí en la selva mediterránea. Satán no se aparece en ella á la mujer adúltera como á aquella Hyerónima de otro relato medioeval. Para la imaginación de nuestro pueblo, Zupay no podía tampoco gastar la ondeante capa española, como en las historias de

Flandes ó Italia. Aquí la casa es el rancho saladino; el tentador, un gaucho que viste lo mejor de sus prendas; la víctima, una mujer ingenua que no sospecha el íncubo fatal; el teatro de la acción el bosque mismo con su ámbito de misterio.

Él y ella vivían en un rincón desierto del monte familiar. Apartados de las vecinas poblaciones, la breña generosa les ofreció venturas. Él, audaz y fuerte, no reconocía obstáculos en las marañas: la fiera perseguida y el ave incauta cayeron presas de su mano. Ella, fresca y hermosa, acompañábale á veces, ó le esperaba en el rancho, á la hora del crepúsculo, cuando el esposo volvía con el botín de la jornada. Y eran felices en aquella espesura, mientras hubiera miel y caza para sus frugales comidas. Algunas tardes, el varón regresaba con el hacha en la diestra, y en la otra mano traía la blanca flor del aire, sedeña prez de los rugosos quebrachos: la hembra le pagaba esas flores con sus besos; y pasaban las días tras los días, cumpliendo la pareja su ley de amor en el seno de la naturaleza fecunda. Nacióles después un hijo, y el nuevo ser alegró las veladas domésticas. Sentados bajo el alar de la choza, el padre hacíalo cabalgar en sus rodillas, entreteniéndolo, cuando aprendió á comprender, con el tucu-tucu que pasaba rasgando de luz azul la noche de la fronda, ó distrayéndolo con las cosas del cielo:

— ¿ Ves la luna, huahuitay ?

— Shi lo veo.

— Lo ves al burrito ?

— Shi lo veo.

— Y á la virgen con el niñito-Dios ?

— También ; — y señalaba luego una estrella, en seguida una constelación, más tarde una nube, sin detenerse en nada, á no ser en la Vía-láctea, ó *Cielu-mayu*, — río del cielo, — en cuyas aguas de plata por riberas de sombra, le hacían ver patitos de oro, como los que ya apedreaba el pilluelo en el vado cercano...

Esta dicha debía concluir ; y el día del suceso, la mujer vió llegar un hombre extraño por el abra estrecha que rodeaba la morada rústica. Quiso apartarse, pero le fué imposible : el desconocido avanzaba hacia ella, la cual inmóvil, sentíase presa de invencible fascinación. El pecho fuerte del jayán, hacíala pregustar de sus abrazos ; un frescor de brisa embriagábala de silvestres aromas ; estremecimientos de gozo cosquilleaban en su médula ; y dominábanla á un tiempo propensiones hacia cosas ignotas que borraban en su alma la imagen del esposo, ausente á la sazón en la meleada.

— ¡ Cruz, Cruz, diablo ! — musitaran sus labios el conjuro, si hubiera sospechado á Zupay, ó le opusiera el mango en cruz de algún cuchillo ; pero nada ! — El desconocido estaba ya junto á la inocente ; ella se desvanecía en beleño de falaces visiones ; el sol arrebujá-

base de nubes, como velando en penumbras la escena; el perro de la casa, arrastrábase en el patín delantero sin poder gritar; y aquel fascinador á punto de marcharse, murmuraba al oído de la mujer vencida:

— Te espero; un ave nocturna cantará en la noche; ella guiará tus pasos en la sombra...

Cuando cerró la noche, el labrador, fatigado por el esfuerzo del día, cayó en cerrado sueño. Ella velaba en tanto, contemplando por la abierta ventana la claridad de las lejanas estrellas. Una lechuza chilló de pronto en la cumbrera; y escuchóse después el vuelo de sus alas por el vasto silencio. La mujer descendió del lecho, y gateando, salió. Las pupilas del pájaro nocturno brillaban en la ruta. Ellas la condujeron por sendas desconocidas, hasta una fuente de aguas clarísimas, donde la esperaba el amante que así la arrancaba al hogar en pos de una quimera.

— Iremos hacia lo interior del bosque; — sin duda la decía, en el quichua docto de las Salamancas... Marcharían hacia un rincón vedado, á la felicidad, á la riqueza, al placer; las hierbas les prestarían su tálamo, su dosel los follajes; pero antes debía dejar sus ojos en una reluciente caldera de magia, donde, al volver, los encontraría más luminosos y bellos.

Partieron. Ella iba ciega, las órbitas vacías; á las dos veras de la ruta se dilataba la breña, invisible para aquella infeliz, aunque ella oía, cual rumor de lejanas muchedumbres, el eco de los gárrulos follajes. En el

cielo todo era paz, envuelto el mundo en claridades de luna. Y junto á ella, en el cuerpo antes noble del mancebo, se hubiese reconocido ahora á Zupay, devuelto á su pristina forma de Sátiro.

Horas después, el gaucho, despertándose, observó azorado la ausencia de la mujer querida. Incorporóse bruscamente, y turbado, sin rumbo, sin indicios que le aclararan el enigma, se lanzó á las tinieblas de la fronda. Vagabundeando al azar, llegó á la fuente. Algo pavoroso adivinábase allí. Y el hombre quedó espantado al reconocer los ojos de la esposa, brillando en la paila mágica. Los recogió, los examinó, y estrechándolos á su pecho como quien defiende un tesoro, continuó por el bosque, abatido, iracundo, sospechando un crimen, y esperanzado en el alba, que iluminaría ante sus pasos algún cuadro de sangre.

Antes del amanecer, regresó la pareja adúltera, y viendo Zupay que en la fuente faltaban las pupilas, huyó cobarde y despavorido, como temeroso de la próxima luz. Abandonada y ciega la otra, echó á correr por la espesura; y más tarde, una partida de meleros, encontró su cadáver tendido á la sombra de colosales quebrachos. En tanto, el gaucho volvió á la choza, triste, aún en las manos las siniestras pupilas, y sin ven-

tura para siempre, pues bajo el día que se levantaba en los cielos, reconoció en el espejo de esas pardas retinas, visiones denunciadoras de lujuria y de muerte...

Hasta aquí la leyenda.

... Nada le resta, según se ve, de las tradiciones teológicas.

Cuando el pueblo tentaba á la virgen, la beata ó la esposa, — se le podía conjurar, no sólo por la señal de la cruz, sino por el nombre de los santos, las reliquias sacras, riegos y fumigaciones benditas, según fórmulas aconsejadas por los confesores. Empleábase unas veces talismanes de verbena, ó palma-christi, ó jaspe, ó coral. Recurríase, otras, á incinerar en una marmita nueva, composiciones de cinamomo, canela, áloe, nuez moscada, benjuí, etc., según el demonio fuese ígneo, aéreo, flemático, terrestre... ¿Á qué seguir? — La imaginación escolástica se perdía en su laberinto de casos, en su dédalo de previsiones. Los misioneros católicos lo enseñaron también al pueblo de la selva, pero nada de ello pudo sobrevivirles allá. Por eso en la leyenda referida sólo hallaríamos un leve fondo de sugestión moral : — Tiene la fidelidad de la mujer, culto acendrado en aquellas primitivas regiones, y han querido castigar su infidencia, la mente que la forjó y el labio que la repite, bajo los techos solariegos, en los sencillos hogares de la comarca.

VI

EL RUNAUTURUNCU

El misterio de las metamorfosis ha poblado con sus creaciones la selva mediterránea ; y entre ellas hay un mito al cual los moradores de esas comarcas llaman *runa-uturuncu* en el idioma tradicional. Forman su nombre dos palabras quichuas : hombre y tigre, respectivamente. Aplícase el vocablo á un ser humano transformado en felino por esotérica virtud. Ya hablaron los antiguos de estos seres extraños, aunque eligieron para sus leyendas al lobo de las licantropías. El árcade Alphesibeo de Virgilio alude en la « Egloga farmaceutria » á hierbas marinas que comunicaban este don singular :

... Nascuntur plurima Ponto.
His ego sæpe lupum fieri et se condere sylvis
Mœrim...

Más tarde las campañas europeas cultivaron historias de *loups garous;* pero el individuo metamorfoseado era víctima en ellas de la fatalidad. Hoy mismo lo creen en el mediodía de Francia, donde les llaman *loulerous*. Al llegarle cierta hora de la noche, abandonan su lecho como arrebatado por una fuerza ciega y superior; dirígese á un estanque donde entra hombre por el un lado y sale bestia por el otro; ululando recorre las campiñas; y vuelve, al amanecer, á su primera forma. Según las tradiciones, los pastores se han visto muchas veces obligados á defenderse, sintiéndose en caso de herirle ó asesinarlo.

El runauturuncu santiagueño, si bien pariente de la fábula latina y del mito francés, aparece con los caracteres de una creación aborígen. Todas las supersticiones populares tienen su equivalente en otras épocas y zonas, impresa en ellas el rasgo común de la naturaleza desconocida.

El indio-tigre es más bien un brujo, que no el juguete de los sinos aciagos. Los relatos del bosque no descubren, sin embargo, el secreto de su virtud maravillosa. Sin duda fué en su origen el poder obtenido en pacto con Zupay, ya para un acto de venganza, ya para unir su inteligencia humana á la pujanza animal, tornándole más fácil la existencia en medio de los montes. Y si hoy ya nadie siente repercutir en los ámbitos de la selva, los rugidos de aquel ser mitológico y siniestro, producto genuíno de la tierra donde nació,

en ella vive todavía, por las tradiciones de esa raza cuyas extrañas leyendas aprendí en la niñez.

Una de las estancias del país, fué cierta vez alarmada por la presencia de un tigre. El diseminado chocil se dispersaba en la breña : aquí un puesto, más allá un negocio, lejos el rancho de un peón. El peligro común reunió á sus moradores, pues la fiera andaba por la espesura cercana. Quedaba rastro de su paso : tal cerco aportillado ; un caminante herido ; el sello de su garra en el fango ya seco ; varias ovejas muertas, de las que ni siquiera bebió la sangre, como en abuso de crueldad... La víspera parecía haber llegado hasta las casas, pues un muchacho, — temblorosas la voz y la persona, — avisaba á los adultos allí presentes :

– Sí ; anoche estando yo despierto lo he sentido bramar al otro lado del río.

Deliberaban si no sería un tigre cebado, como llaman al que habiendo probado carne humana una vez, la prefiere y hace de ella su presa. Y el rapaz agregaba :

— Se oyó también tropel de haciendas en el monte ; relinchos y brincoteos en el corral ; balidos en el chiquero : las ovejas lloraban de miedo como criaturitas asustadas.

Al saber estas revelaciones, todos quedaron estupefactos, hasta las gauchos que brabuconeaban próximas

hazañas; y no se diga las tímidas mujeres, con los hijos prendidos á las faldas ó enhorquetados en las robustas caderas.

Se convino, por fin, en la urgencia de matar al felino. Una partida de los mozos más arrojados del lugar defendería las inmediaciones de la casa, mientras mandaban un propio para buscar al cazador. Es la caza del tigre en la selva mediterránea, todo un oficio, como el de hachador ó melero. Gratifican los vecindarios el beneficio que reciben al verse libres de semejante azote; sin contar las buenas onzas que suelen aprovechar los cazadores vendiendo el preciado cuero de los jaguares y los pumas.

Á la mañana siguiente, bien tempranito, el chasqui y el profesional llegaban juntos.

Montaba el bravo su mula favorita. Traía en las alforjas odres repletos de agua, y algo de chipaco para su hambre de pan. Vestía ropa de cuero, á guisa de armadura, para defenderse de cactus, cadillos y garabatales. Protegía su cuerpo la zamarra ó coleto, con mangas hasta las uñas; su guarda pierna ó quijote le cubría los muslos, enfusadas las canillas en la bota; el sachasombrero coronaba todo á manera de rústico morrión; y el guardamonte parapetaba el resto con sus flexibles alas. Le acompañaba una escolta de nueve galgos criollos, ágiles y huídos, que no cesaban de circular colihalgados, como gozando ya su presa... Le informaron de todo; é interrogáronle por sus armas: — El

gifero, el lazo, el hacha, la pica, el trabuco... Oh, con todas ellas, que descuidaran lo demás!

Eligió entre los jóvenes dos ayudantes, y sin que subiera el sol más alto, emprendió su jornada hacia el naciente.

Iba entre la enmarañada fosca de espinosos arbustos y troncos centenarios, tarareando los aires de la región ó monologando con sus canes, puestos ya sobre el rastro de la fiera.

— ¡Si el utruncu resultara un runa! — cavilaba, rumiando viejas reminiscencias, y aunque temores supersticiosos le dominaran, la idea de semejante encuentro se complicaba de salvaje fruición.

Tras muchas horas de vagar sin éxito, pasó la tarde. El bosque se anegó de tinieblas. Resolvió detenerse. Un silo de abandonadas viscacheras, y ramas y árboles al par, convirtiéronse en huta. Acezantes los galgos de fatiga, tendiéronse á dormir. Habían desensillado ya, cuando un himplido estridente repercutió en la noche. Acomodó en las hierbas pellones y recado, simulando con ellas alguien que duerme. Los compañeros se retiraron á esconderse. La cabalgadura, sudorosa en los jarretes, comenzó á tiritar desde las verijas hasta el belfo. El hombre, tembloroso también por la sorpresa, corrió á ocultarse en la huta, á cuyo dintel llameaba una fogata encendida. No la apagó el valiente; por el

contrario, empezó á caldear en ella la hoja de tal pequeño chuzo, hecho con un gajo de tala y el facón. Oyóse nuevo grito de la fiera. Demasiado cercano, alarmaba ya. Pasaron duros instantes, hasta que al fin el cazador, frenético en su cueva, vió fulgurar como dos brasas los ojos del felino en la maraña obscura. Volvió á rugir el tigre: el hombre aguardó: pero la mula, ceñida por el ronzal, se desató en piafares y patadas. Avanzó contra ella el tigre; pero pasó de largo hasta las prendas, presintiendo botín quizás; y al encontrarlas solas, su furia fué tanta, que de un solo zarpazo hizo volar caronas y montura. Adelantó más aún, gruñendo entre dientes, hozando junto al fogón, y el gaucho, desde la sombra, calentada hasta el rojo la cuchilla, le clavó su alabarda en el costillar.

— ¡Erre, su maula! — chilló saltando el heridor, al propio tiempo que por el tajo chisgueteaba un chorro.

— ..... (?)

Algo dijo la fiera al incorporarse del revuelco; pero el tigrero nada comprendió. Sudor helado le corrió por los sienes. ¡Quince años profesionales y jamás le había acaecido semejante percance!... Entretanto la víctima, zafándose de unos perros que la mordían de atrás, mientras otros le dentellaban el flanco, se disparó hacia el bosque, dando alaridos y manando sangre... ¿No serían ciertas, acaso, las historias del runauturuncu?... Él llegaría á descifrar el misterio, y poseído de esta obsesión, esperó la mañana, se re-

unió á los suyos, montaron de nuevo, y siguieron e rastro revelador.

Llegó hasta una pequeña loma sola donde encorvábase un tanto el suelo siempre llano, permitiendo contemplar sobre el monte, como un océano, el moteado panorama de las copas belmares. Era una vieja tapera, cubil del tigre ahora. Había una choza en medio, y un paloapique en torno, acorralando el lóbrego recinto, donde se amontonaban cráneos y fémures deshechos, carnes y ropas desgarradas. Silencio y soledad solemnizaban el paisaje. En aquel momento insurgía el sol tras de la arboleda, entre glorias de púrpura. Esto debió comunicarle coraje al cazador; vacilante hasta allí, pues que vibrante de ánimo traspuso el umbral del seto. Detúvose nuevamente á las puertas de la mansión fúnebre, cuando asomó tras del quicio, arrastrándose con pena, una cabeza humana, cuyo cuerpo se perdía en la penumbra interior. De su pecho goteaba sangre, y sus labios, con palabras dolientes, imploraban piedad.

— ¡ Es el runa ! musitó el gaucho, como si hablara consigo mismo. Y el ex-uturuncu, entonces, le ofreció las riquezas acumuladas, botín de sus matanzas, si le dejaba la vida; pero el cazador, que ya sentíase vencedor del misterio, descargó un trabucazo formidable sobre la cabeza del indio. Y se volvió á la estancia, llevando este nuevo episodio del mito selvático cuya fiereza inteligente y fecunda ha inspirado tantas leyendas en la tradición americana.

VII

LA MUL'ÁNIMA

Conozco desde niño el nombre aterrador de la mul'-ánima. En aquella dichosa edad, cuando todos los hombres son poetas y ninguno siente el rubor de su propia fantasía, los viejos servidores de la casa solían repetirlo entre una historia del Barba Azul y otra del Caballito-de-siete-colores... Nunca me revelaron, sin embargo, el origen de aquel maravilloso cuadrúpedo que vuela, invisible y alado, en la punta sonora del viento.

Muchos años más tarde aprendí su leyenda en la región.

Habiendo llegado cierta mañana á uno de los más frecuentados almacenes del lugar, conversaba con un

vecino, cuando noté de pronto gestos de curiosidad en los circunstantes parroquianos. Callaron todos. Fué como si algo insólito acabase de ocurrir, tan imperceptiblemente, que ni siquiera pude imaginarlo. Esto coincidió con la presencia, para mí trivial, de un hombre y una mujer que llegaron juntos. Hubiérase dicho uno de esos instantes de Maeterlinck en los cuales el silencio se hace profundo, y el alma presiente la proximidad del misterio.

Nada de extraordinario ofrecían á mi atención aquellos desconocidos. Vestían ambos de luto. Él, — rostro de barba obscura, y corpulento de silueta, — gastaba chiripá de paño negro, chambergo alado y botas. Ella, baja más bien, arrebujaba en penumbras de viuda, su cabeza de verónica arisca. Deseaba ocultarse, pero descubrí en su mirar la misma expresión rehacia, que brillaba también, como traición del alma, en los ojos del gaucho. Provistos de hierba, tabaco, lienzo y azúcar, marcháronse los dos hasta el portal del patio, donde un frondoso tala prestaba sombra á las cabalgaduras de los clientes. Enalforjaron los artículos, y extendieron nuevamente el pellón, antes doblado para proteger del sol el apero. Desatado el cabestro, y ella montada en ancas, según la usanza criolla, se aviaron, paso á paso, por la anfractuosa vereda que se internaba en el bosque, á la deriva del camino real...

Una vez idos, preguntó mi interlocutor :

— ¿ Los ha visto ? — renovando la plática.

— Sí; ¿ quiénes son ?

— ¡ Es un alma-mula ! — respondió con sonrisa que suele ser en los campesinos liberales, sorda mezcla de ironía y credulidad.

— No le comprendo ni jota — agregué.

— Porque no es de aquí...

— Bueno : explíquese.

— Ese hombre y la compañera son hermanos ; pero, según dicen, viven como marido y mujer... Los viejos suelen contar que la mul'ánima se hace de las mujeres así...

— ... Y de las que yacen en uno con el cura... — mormojeó un tercero, con gesto socarrón.

El picante motivo generalizó nuestro coloquio. La casa de negocio, puesta en algún recodo de los senderos frecuentados del país, suele ser club y bazar en varias leguas á la redonda. El forastero la reconoce por la banderilla de color, — generalmente un pañuelo rojo, — que ondea en el techo, ó en el árbol del antepatio. Los moradores de los ranchos vecinos vienen á *emplear* allí, como llaman todavía, con viejo verbo castizo, á la compra de vicios y menesteres. En los días festivos se reunen á capar el tiempo ocioso, pasándolo entre libaciones y gorjeos... Como fuese domingo, la concurrencia era numerosa : estaban algunos hachadores platudos, pues les habían pagado las últimas tareas en un desmonte próximo donde trabajaban ; tabeaban algunos ; libaban todos ; y se anunciaba carreras para la tarde en la manga del callejón.

No faltó, pues, quienes terciaran en nuestro diálogo. Los unos refirieron trasañejas anécdotas y si los más callaron fué porque guardaban silencio desde el rincón humilde de su fe.

— No ha de ser cierto...

— Yo no los conozco.

— Viven aquí cerquita no más.

— Tienen su rancho y unas cuantas ovejas junto á esos chañarales que hay en la bajada del río...

Frases de unos y otros concluyeron por describir al cuadrúpedo volátil en el cual se convierte la cómplice de las cópulas nefandas. Es una pequeña mulita. No galopa en el suelo ; y pareciéndose á Pegaso en cuanto ambos tienen alados los ijares, no sube tanto, sin embargo, para acocear las nubes. Pasa invisible en la punta pestífera del viento, casi á ras de la tierra ; y en la sombra nocturna, se oye el tascar de su freno.

El genio mítico de las selvas ha visto á Zupay, transformarse en el íncubo seductor ó el toro del Saladillo ; sabe también de seres reales como el Kacuy, que llora sobre los montes su pavorosa historia ; pero ha llegado más lejos al concebir este ser fantástico : la mul' ánima, para manifestar la sanción divina del pecado, diciendo á la mujer que esa fatalidad es el precio de los amores

prohibidos. Y si algunas leyendas, como la del Runauturuncu, tuvieron agreste origen y fueron de las campañas á la aldea, ésta de la alma-mula debió nacer en la ciudad y propagarse á los más lejanos rincones del bosque.

La corrupción de la Iglesia medioeval y de los siglos posteriores, es demasiado notoria para insistir sobre ella después de la Reforma. En Francia se llegó á escribir un *Traité de la Polygamie sacrée*, libro que he buscado sin éxito, pero cuya letra es fácil imaginar, dado lo que el epígrafe anticipa. En Italia, su bigardo clero celebró sacramentos príapicos en subterráneos obscuros, sin contar el espectáculo que, á la luz del día, mostró la Corte báquica del Papa Alejandro VI y su legión de borgias. En España sucedía otro tanto, y en el idioma de ese pueblo substancialmente católico, prosperaban refranes como éste :

« Al fraile no le hagas cama,
« Ni le des tu mujer por ama. »

Y si tal ocurría en los centros de la civilización, puede inferirse cómo se desenfrenaron las costumbres en las tierras vírgenes de allende sus mares. Tan es así, que ni los propios historiadores de la conquista, — cristianos insospechables, y frailes ellos mismos, — se atreven á callar la verdad. Tantos malsines de tonsura y pícaros de encomienda, sintieron un despertar de imperiosas sensualidades, ante la selva impune, desmayada

de aromas, y la tentación edénica de las hembras desnudas del mitayo. La falta de europeas exasperaba la avidez, mientras la sumisión de las indígenas tornábales fácil la mayor aventura. Tuvieron estos señores feudatarios derechos de pernada ; y el cura párroco se convirtió en padrillo de su feligresía rural. Empero, al lado de estos sátiros blancos, y por entre las incestuosas parejas de la tribu, pasa en los evos coloniales, la figura evangélica de Francisco Solano, quien pudo acaso imaginar, en sus raptos de inspiración divina, leyendas como esta de la mul' ánima, para enfrenar con el miedo, al amor que se desbocaba en el ubérrimo paraíso de las selvas vírgenes.

El espíritu libre de las épocas posteriores unió á sus relatos cierto grano de malicia ingeniosa, mezclando esta alegoría de la alma-mula, al narrar vergüenzas domésticas, como esa del episodio ya recordado, ó referir alguna famularia anécdota de las curias.

En la actualidad, si el terror del mito puede contener aún á cualesquier ingenua criatura, constituye para los más, sobre todo en los aldeorros y villas, apenas un fecundo tema de libertinos decamerones.

Se dice, además, que un alma femenina condenada por el sacrilegio á la forma fatal, puede ser libertada. El alma-mula no es una metempsícosis, sino simple transformación, pues herida cierta vez en el cráneo

para libertar al alma presa, la herida perduró en la frente de la mujer quien era, — como en las licantropías clásicas y las leyendas de nuestro runauturuncu, ó los fenómenos de repercusión astral de que los téosofos hablan.

Esto se supo gracias á la temeridad de un gaucho valiente. Oyó contar de la Mul' ánima ; pero no creía en ella. Le aseguraron que pasaba todas las noches por una garganta de la espesura donde él tenía su rancho. Esta era más bien una picada estrecha tajada entre dos muros de espesa vegetación. — Fuera antaño quizás una vereda rústica ensilvecida ahora en el abandono, ó bien portillo abierto en lo apretado de la breña por haciendas baguales. El viento nocturno contrahacía gemidos, ayes, susurros, silbos, risas, al colarse en ella. Distaba la choza varias cuadras de allí. Sólo por salir de la duda, — « de balde ! » según explicaba el gaucho, — se apostó en aquel sitio, de noche ; bien amolada el hacha... Sobre su cabeza brillaba la luna, siniestra de palidez inmóvil, y circundada por un halo de nácar. Luego llegaron del setentrión plomizos nubarrones que al envolverla, entenebrecieron de súbito el mundo. El ámbito y el monte adquirieron al par un vago tinte de ensueño... El hombre escuchó entonces confusos murmullos que se despertaban en la dormida arboleda. Aguzado el oído, creyólos el vuelo de la mula, el tic-tic de su coscojo en la brida de plata. Bien apercibido, cerrados los ojos para mayor coraje, el brazo

firme, ceñido el puño al mango, sintió el primer soplo de brisa, y asestó — ¡ paf ! — un golpe recio á la sombra, al azar, á la bestia, á la nada, á lo que fuese... Y se oyó, el seco baque de un cuerpo que cae.

El hachazo había herido la nuca del animal. En ese momento volaba casi, á ras del suelo, estrechado el pasillo por alabes que lo cerraban en arco de ojiva. El grito fué una queja de dolor humano. Era la mul'ánima en realidad. Y mientras agitaba el monstruo sus impotentes, membranosas alas, el gaucho fugaba temeroso de su propia hazaña por un obscuro sendero del bosque maravilloso.

VIII

LA TELESITA

Requirió el capataz sus armas, y caminó tras el paloapique, por la orilla de la laguna. Llegaban del callejón bullentes ecos, y hasta la tranquera del corral los visionarios perros atropellábanse toreando. Nada se discernía, sin embargo, á pesar de la noche diáfana. Algunos sauces lacios sombreaban la opuesta margen, hasta donde se extendía el agua, aplanada en quietud de espejo. De súbito, varios patos domésticos que dormitaban por allí, se despertaron parpando pavores á la desaforada, cuando una sombra pasó de fuga bajo aquellos árboles, reflejándose invertida en el bruñido azogue de la presa. Se hizo largo silencio, el hombre corrió hacia allá; y vió á la aparición, semivestida de harapos, pugnando por zafarse de los perros; y apercollándola gritóle :

— ¿ Sois de este mundo ó del otro ?

La luna se arrebujó de nubes en aquel instante ; sutil penumbra veló como de intento la campaña ; y una carcajada estridente, larga, cromática, respondió á su reclamo.

¡ Era la Telesita !

Tiempo hacía que peregrinaba por los bosques tan extraña mujer. Conocida su fama y su bondad, la acogieron caritativamente ; pernoctó en el galpón ; y al día siguiente avióse, para aparecer después á las riberas del Dulce ó sobre la costa del Salado. Se llamaba Telesfora ó Teresa ; tenía padres y hermanos ; hasta se indicaba el sitio de su cuna : *Paaj-yaquilu*... Pero tanto había impresionado al alma crédula de la raza su vida vagabunda y excéntrica, que comenzaron por adulterar en diminutivo de leyenda su nombre bautismal, y concluyeron después de su trágica muerte, por convertir su espíritu en una especie de Dionisios femenino y sin forma, cuyo culto en la selva era como en la Grecia jubilosa, culto de guirigayes y coplas, de libaciones y danzas.

Yo he visto esas ceremonias.

Habíamos galopado largo trecho del monte, y á fin de que las cabalgaduras descansaran, nos detuvimos en un rancho, casi á mitad de nuestro camino. Al acer-

carnos, se sintió la música entre la confusa albórbola; y columbramos después el grupo de los que en el antepatio de la choza, bailaban á la luz de la luna. Moraba allí una vieja alegre, bien conocida en el lugar, por ser la madre de dos muchachas jóvenes, zarca de ojos la una, morena de tez la otra, y ambas dispuestas siempre, lo mismo para una arunga que para un marote. Siendo sábado esa noche, estaban de fiesta...

Cuando asomamos al corro, un hijo de la señora, jarifo como sus hermanas, vino á ofrecerme su anacrónico chambao de aloja, á menos que prefiriese escanciar ginebra, en bote donde habían suxado ya más de veinte labios.

Danzaban chacareras en aquel momento, y á son de cuerdas, el cantor decía :

Si de cristales fuesen
Los corazones,
Qué bien claras se viesen
Las intenciones.

Yuso los pies de la pareja, en la postrer mudanza, chisporrotearon cohetes; zahumóse el aire con el hedor de la pólvora; corvetearon caballos bajo los árboles; sonaron voces y palmoteos en la turba; — y así volvió á mostrárseme el cuadro ya conocido de las orgías selváticas. No siendo carnaval, ni reyes, ni nochebuena, ni otra alguna de las ocasiones clásicas, pregunté el motivo de la fiesta.

— Es una promesa á la Telesita, — me bisbisó un paisano cuyo bigote en garfio adornaba las hondas comisuras de su boca sensual. — Averigué quién era la Telesita, y él respondióme con laconismo rehacio :

— Anima milagrosa...

Como en ese instante se acercaba el ladino de la casa, él abundó en explicaciones :

— Si usté quiere ganar una carrera, ó sanar un enfermo, ó encontrar una cosa que se le pierda... vamos : algo que usté desea, le hace una promesa á la *Santa*.

— ¿ Promesa de qué ?

— De ponerle un baile.

Era su deidad milagrosa, la pobre loca oriunda de esas breñas, santificada por las devociones populares. Cuando vivió en el bosque, aparecíase hoy en una estancia, más tarde en otra de comarcas luengas. Salvaba á pie distancias fatigosas, recogiéndose á la vera de los caminos, donde asustaba muchas veces á los viajeros nocturnos, ó pidiendo albergue en los ranchos, donde encontraba un chuse para dormir, un lienzo para cubrir su engurruñido seno, y para el hambre ó la sed de tales jornadas : aloja, charqui, locro, amka, lo que pudiesen darle en el desmantelado chocil. Vagaba sin cesar y sin destino, llevando inoficiosamente á cuestas, sobre el pachquil de la cabeza, de un punto al otro de la selva, carga de leñas y de trastos. La acogieron primero, con timidez, en seguida con piedad, al fin con

cierta supersticiosa inquietud... Era su rostro bello dentro del tipo de la raza; pero la fijeza anormal de su mirada, cernía sobre su faz algo de lúgubre, — el alma entera náufraga en ancestrales desventuras.

Y agregaba mi interlocutor :

— El promesante paga las velas y los licores.

Entonces preguntábale yo :

— ¿ Y qué se hace en el baile ?

Á lo cual respondía generosamente :

— Chupar y danzar y cantar... El promesante debe tomar siete copas por Ella... Cuando las velas se acaban, el baile sagrado concluye ; pero quienes quieran pueden seguir.

— ¿ Y las velas ?

— Ahí están ; — y se empinó señalándome con el índice catorce cabos derretidos y coronados por tantas llamas lívidas que oscilaban, umbral adentro de la obscura choza, sobre una mesa adornada de randas y flores.

El rito encerraba, quizás, mucho de ingenuo, mas en su espíritu era fiel á la tradición. La Telesita había sido alcoholista y aficionada á los bailes. Muchas veces desvió su rumbo al oir en la noche de las espesuras natales, el compás de los bombos. La acogían también allí ; y este recuerdo debió inspirar de nuevo, en medio de la selva santiagueña, los cultos dionisíacos que originaron la tragedia antigua : no faltaban ni la deidad orgiástica, ni la ronda báquica, ni el ditirambo del coro, á cargo aquí de los trovadores populares :

Cuando un pobre se emborracha
De un rico en la compañía :
La del pobre es borrachera,
La del rico es alegría.

Veíase á las claras cómo se amalgamaron allí las supersticiones católicas del milagro, las costumbres paganas del bosque, y la suprema intuición metafísica que adoraba al puro espíritu de la muerta, sin haber caído en las formas de un subalterno fetichismo : pues á nadie se le hubiese ocurrido tallar en la madera de sus árboles la efigie de la santa.

— ¿ Lo ve á ese mozo que está pitando cerca del violinista ? — me preguntó después el del coloquio.

— ¿ Cuál ?

— Ese de saco blanco... Bueno : ese mozo estaba muy mal enfermo ;... lo agarró fuerte el costado ;... quince días en cama ;... ya la médica dijo que no se iba á levantar... Le hicieron una promesa á la Telesita : y ahí lo tiene usté.

Y como en el curso de la conversación preguntase si ya había concluído la parte religiosa del baile, me respondieron :

— No, señor. Este es más largo por que son dos promesas : la otra fué para que la Telesita hiciera encontrar un caballo de mi primo.

— ¿ Y lo encontraron?

— Sí, es ese malacara que está en el palenque.

Seguían en el corro coplas, músicas, piruetas, contradanzas, aplausos, chungas, zapateadas, libaciones, contoneos, zarabandas y cohetes, — mientras el mozo se expedía con tan fácil locuacidad, gracias á los licores que escanciara.

¿ Cómo había podido esa vida tan siniestra inspirar este culto tan alegre?... Fueron los días de la Telesita, torvas ambulaciones de neurosis concluídas en un desenlace de tragedia. Recorrió los senderos como una sombra de delirio. Lo despeinado de su greña encuadraba en hirsutos aladares el rostro lleno de inconciencia mística. Impresionaban la orfandad de su suerte, sus peregrinaciones angustiosas, la noche trágica de sus ojos, su mutismo habitual y siniestro, su castidad incólume, y la juventud que ardía como una llama lóbrega sobre su sexo ya marchito... Iba descalzo el pie, de sudores pringosa la vestidura y raída por la hostilidad de los ramajes... Hasta que cierto día su cuerpo nómade se extinguió en un incendio de árboles, de donde su alma taumaturga surgió beatificada por el espíritu del fuego.

Encaminándose por el bosque en una de sus habituales peregrinaciones murió quemada, según la tradición. Marchaba por su ruta, aquella tarde de invierno,

aterida de frío, cuando vió resplandecer á lo lejos un árbol coronado de llamas. Lo incendiaron, tal vez, á designio, industriales que buscaban carbón; ó casualmente propagóse alguna hoguera dejada al pie por otros viajeros de la víspera. La vagabunda se acercó para calentar sus entumecidos miembros, y una lengua de fuego, de las que abrazaban el tronco, lamió el grasiento andrajo de su falda, encendiéndola de antuvión. Huyó la desventurada por la ruta, dando gritos atroces; pero el viento contrario de su fuga atizábala cual á una devastadora tea. Llagada hasta los huesos, flameaban fuegos como alas rojas sobre sus hombros; y en su frente, voraces llamas como cabelleras de Furia. Y dijérase que allí, consumida su carne por ese elemento de bíblicas purificaciones, su alma desencarnada pudo expandirse más hermosamente trágica en la infinitud de su demencia, hasta que olvidados los episodios reales de su vida, y perdurable sólo cuanto hubo en ella de extraordinario, el viejo culto de los muertos la erigiese en deidad protectora del bosque donde nació.

IX

EL KACUY

Vive en la Selva un pájaro nocturno que al romper el silencio de las breñas, estremece las almas con su lúgubre canto. Ese ave tiene una historia ; y es la tragedia de su origen lo que evoca su grito lastimero, ayeando entre las arboledas tenebrosas. Sobre los himplidos del Runauturuncu, los baladros del Toro-Zupay, los relinchos de la Mul' ánima, y toda la fauna mítica del monte, — el Kacuy plañirá eternamente, porque no suena en su voz la fuerza, ni la amenaza, ni el crimen, sino el dolor humano, sometido á lo inexorable de una fatalidad vengadora.

Groussac ha notado alguna semejanza entre la leyenda del Kacuy santiagueño y cierta fábula de Ovidio. La cita clásica, apuntada con vaguedad en una monografía sobre nuestras costumbres mediterráneas, me llevaron

á precisar el insospechable aserto en el poeta latino con cuyo nombre paso á paso se tropieza en todos los autores que han estudiado las supersticiones populares. Si el conferencista de Chicago se refería entonces á aquella mujer convertida en lechuza, de que habla el libro segundo de *Las Metamorfosis*, la semejanza existe sin duda. La mitología de todas las civilizaciones primitivas reconoce una inspiración común, como nacidas de la misma humanidad, en presencia de idénticos misterios.

¿ Quién no ha escuchado á veces, con un poco de sugestión, y otro de fantasía, en el repique de las campanas, en el traqueteo de los trenes en marcha, en los rumores del agua que cae ; invorosímiles monólogos, extraños parloteos y monótonas rimas ?... Digan espíritus menos enamorado de lo maravilloso, si este mismo fenómeno de imaginación, hizo al viajero, que cruzaba la selva en la noche, sentir palabras quichuas en el lloro del ave fabulosa que llamaba al hermano perdido :

— *Turay !*

... turay...

... turay ! —

Oyeron este silbo los meleros absortos que pernoctaran en el bosque ; el avanzada de las montoneras civiles ó de las legiones libertadoras, que adelantaba en el monte bombeando al enemigo ; el arriero que cruzaba los campos, tras de sus recuas, á Bolivia ; el habitante de las chozas solitarias, el aborígen remoto

y el conquistador aventurado, — todos debieron oir ese canto lúgubre... Los niños aprendieron la historia y oyéronla los ancianos siendo niños ; y ellos dicen que el hermano perdido no responde jamás á esos gritos, pues al contrario, cuando en la lengua de los antepasados repite : — ¡ « hermano mío ! ¡ hermano mío ! ¡ hermano mío ! » — su propia augustia recuerda la noche lóbrega en que resonaron por primera vez en el silencio de las breñas natales...

En época muy remota, dicen las tradiciones indígenas, una pareja de hermanos habitaba su rancho en las selvas. Solos vivían desde la muerte de sus padres, sin que la comunidad de su sangre hubiese atenuado las diferencias de sus idiosincrasias antagónicas. Él era bueno ; ella era cruel. Amábala el muchacho como pidiéndole ventura para sus horas huérfanas ; pero ella acibaraba sus días con recalcitrante perversidad. Desesperado, abandonaba en ocasiones la choza, internándose en las marañas ; y amainando en el aislamiento sus iras, la mala se apaciguaba hilando alguna vedija en la rueca ó tramando una colcha en sus telares. Vagando el triste por las umbrías, pensaba en ella : las algarrobas más gordas, los mistoles más dulces, las más sazonadas tunas, llevábalas al rancho. Vivían de los frutos naturales en aquel siglo de Dios. Hoy traía para la casa un mikilo atrapado á garrote en el estero cercano ; ó

bien un sábalo pescado en fisga en el remanso del río; si no un kirkincho de la barranca próxima, ó algún panal de lachiguana, manando rubio néctar por los simétricos alveolos. Palmo á palmo conocía su monte, y siendo cazador de tigres además, protegía la morada. Insigne buscador de mieles, nadie tenía más despiertos ojos para seguir la abeja voladora que lo llevara á su colmena: la de la *ashpa-mishqui* escondida en el suelo, en un cardón enjambrada la del *tiu-simi* y la de cayasanes ó de queyas, fabricada en el tronco de los más duros árboles... Todo esto le costaba trabajo y pequeños dolores; pero ella, en cambio, mostrábase indiferente, como gozándose en sus penas... Volvió una tarde sediento, fatigado, tras un día de infructuosa pesquisa, pues como reinaba la seca, estaban yermos y en escasez los campos. Sangrábale la mano, porque al pretender agarrar una perdiz boleada á lives y caída entre unas matas, pinchóle un *uturuncu-huakachina*, el cactus espinoso « que hace llorar al tigre ». Pidió entonces á su hermana un poco de hidromiel para beberla y otro de agua para restañarse los harponazos. Trajo ambas cosas, mas en lugar de servírselas, derramó en su presencia la botijilla con agua y el tupo de miel. El hombre, una vez más, ahogó su desventura; pero como al siguiente día le volcara la hollita donde se coccionaba el locro de su refrigerio matinal, la invitó para que le acompañase á un sitio no distante, donde había descubierto miel abundante de *moro-moros*. Su

invitación encubría upalleros designios de venganza. No vistió su zamarra profesional, ni los guanteletes, ni el sachasombrero, ni llevó la bocina de las meleadas porque juzgaba fácil la aventura. El árbol, un abuelo del bosque, era sin embargo de gigantesca talla. Cuando llegaron allí, la persuadió á que debían operar con cuidado, buscando beneficiarse del néctar sin destruir las abejas pequeñitas, pues se referían historias de meleros desaparecidos misteriosamente á manos de un dios invisible que protege las colmenas .. Sobre la horqueta más alta hizo pasar su lazo ; y preparó en un extremo á guisa de columpio para que subiese su hermana, bien cubierta por el poncho, en defensa del enjambre ya alborotado por la maniobra. Tirando al otro extremo á manera de corrediza palanca, la solivió en el aire, hasta llegar á la copa ; y cuando ella se hubo instalado allá sin descubrirse, él empezó á simular que ascendía por el tronco, desgajándolo á hachazos, mientras bajaba en realidad. Safó después el lazo ; y huyó sigilosamente...

Presa quedaba en lo alto la infeliz.

Transcurrieron instantes de silencio.

Ella habló.

Nadie le respondía...

Como empezara á temer, solevantó la manta que la tapaba dejando apenas una rendija para espiar. El zumbido de los insectos la aturdió, pues el armado enjambre revolaba furioso en derredor, vibrante de alas y de trompas. Ese rumor confuso revelaba la pro-

fundidad del silencio. ¿Qué podría ser? No sospechaba la hora ni el lugar. Ciega de horror y de coraje, se desembozó de súbito, así la acribillaran las *moro-moros;* y al descubrir el espacio, el vacío del vértigo la dominó...

¡Sola, sola, sola para siempre!

Abandonada á semejante altura, sobre un tronco liso y largo sin otras ramas que esas á las cuales se aferraban sus manos prietas en constreñir de nudo, espiaba para ver si el hermano reaparecía por ahí. La acometían deseos de arrojarse, pero la brusquedad del golpe amilanábala. No obstante, si perecía allá, quién sabe si los caranchos voraces no vendrían á saciarse en ella como en las osamentas de los animales que morían ignorados en el monte.

Mientras tanto la noche iba descendiendo en progresiva nitidez de sombra. Desde su atalaya, la pobre huérfana había podido, por primera vez, contemplar sobre el panorama de la selva la inmensidad de los horizontes, y la sucesión de las copas verdes que se unían formando obscuro océano encrespado de gigantescas olas. El sol, hundiéndose tras de los árboles, la impresionó más soberbio que nunca, iluminando el enorme lomo del bosque con su claridad apacible y decorado el cielo de occidente por cosmogónicos esplendores. Luego vió aquella gran luz aguarse hasta disol-

verse toda en la noche, — noche sin astros para mayor desventura... Nunca se le mostraron más pavoroso el cielo ni más callada la breña. Viniéronle ansias locas de perderse en lo ignoto, de hender esa inmensidad de árboles y tinieblas, ó llenar el silencio de un solo grito. Mas, ahora, se le añuscaba la garganta muda y la lengua se le pegaba en la boca con sequedad de arcilla. Tiritaba como si el ábrego la azotase con su punzante frío y sentía el alma toda mordida por implacables remordimientos. Los pies, en el esfuerzo anómalo con que ceñían su rama de apoyo fueron desfigurándose en garras de buho ; la nariz y las uñas se encorvaban ; y los dos brazos abiertos en agónica distensión, emplumecían desde los hombros á las manos. Dispnea asfixiante la estranguló ; al verse, de pronto, convertida en ave nocturna, un ímpetu de valor arrancóla del árbol y la empujó á las sombras.

Así nació el Kacuy, y la pena que se rompió en su garganta llamando á aquel hermano justiciero, es el grito de contrición que aún resuena sobre la noche de los bosques natales, gritando :

— Turay !

... turay...

... turay !

QUINTA PARTE

EL ÉXODO

¡ *Hachas, cantad* ! — (Del poema La Victoria del Hombre.)

Y yo, el poeta que cantara la gloria de las hachas y el esplendor de los desmontes, me interné en los redaños de la selva, por la angosta picada que abrieron los robustos leñadores... Me hallaba en la comarca de las leyendas. Descendía la tarde más allá de los horizontes, y parecía aquélla sin ocaso ni sol, porque la maravilla del poniente se apagaba en penumbra tenue bajo las silenciosas bóvedas de la fronda. Eran estos labradores los herederos de la vieja raza, despertada al rumor del progreso tras un sueño de siglos.

Los había visto pasar : tenían la tez de bronce, hecha para el rigor de las temperies, y el músculo pujante, como el brazo del héroe predestinado que ha de esgrimir aceros. Llevaban al hombro el hacha, arma bruñida

por la propia carne donde muerde su filo. De tanto en tanto, un rayo del astro moribundo, transponiendo furtivo la maraña, resplandecía en ellas, como brilló en los sables arcaicos, sobre los ejércitos de la muerte.

Me sentí hermano de uno de aquellos hombres, y caminé en su pos. Vagabundeando por el bosque, la inteligencia no se hubiese cansado de ver, ni el alma de oir, pero mi túnica se rompía en los ramajes y la senda hería ya mis plantas de peregrino. Ardiente en la fiebre de insólitas revelaciones, el espíritu mío olvidaba la noción de las horas, pero la carne fatigada me exigía reposo.

Caminando al azar, llegué á tal sitio donde un árbol gigantesco yacía como enorme cadáver. Las numerosas, marchitas hojas, le amortajaban en mustio verdor. Su lánguida tristeza, unida á la sugestión del crepúsculo y á la paz funeraria del instante, me infundieron cierta amargura ante aquellos despojos de un consanguíneo predilecto y grande. Habíalo tronchado á golpes inclementes el Hombre del hacha. ¡ Ah ! ¿ dónde estaba el Hércules que se atreviese á descuajarlo ? Las centenarias, poderosas raíces hundíanse en lo más firme de la tierra, entraña que lo había parido, única madre digna de él...

El silencio nos envolvía como una atmósfera sobrenatural. Murmuraban en la condolida brisa remem-

branzas de ese caduco imperio. Abatido en su sede milenaria, daba el concepto obscuro de la muerte, mostrándose aquel árbol, ora como un titán descalabrado, ora como un ídolo roto. Cortado á tajos poligonales, la sección casi cónica del tronco descubría su corteza, rugosa piel de paquidermo prehistórico, y su compacta leña, que se endurece más en el agua, fuerte como el hierro y bermeja como los músculos de un toro. Y para certificar la saña de la brega, que debió de durar muchas horas, los gajos ostentaban también hondas heridas. Abríanse como nervudos miembros inmovilizados en la más fiera actitud de la lucha : unos colgaban inválidos, otros enhiestos en amenazas al igual angustiosias é impotentes, semejaban diestras nudosas, retorcidos tentáculos, trompas enfurecidas. Manaba de punzadas y coyunturas un humor viscoso como gotas de sangre coagulada, mezcla de miel y cera, que yo dijese sus lágrimas, si por acaso ignorase que estos colosos no lloran.

Aquel árbol caído era un quebracho.

De súbito, como voz que viniese de ultrasombras, se oyó el lamento del Kacuy, el ave mitológica de la comarca. Su tétrica llamada me devolvió á la realidad circunstante. Al girar la mirada en torno mío, advertí la presencia de la noche. Arriesgado era el seguir y temerario el volverse. Decidido á pernoctar en el bosque,

me recliné sobre el derribado cíclope, tan corpulento que acogía perezas cual un cómodo lecho. El intenso cansancio hizo tal vez que allí, en momento que ignoro, pasara de la vigilia al sueño más profundo. No sé, desde luego, si cuanto me aconteció después fué sensación de realidades inexplicables ó acaso de inverosímiles visiones.

Nada ofrecía de inusitado el cuadro en derredor. Repetía parajes análogos que me eran familiares, fantaseado éste, quizá por los reflejos del plenilunio. Las noches de la región son ideales, en el estío, sobre todo, y aquélla lo era por el ambiente diáfano y el turquesado firmamento. Bajo el panorama celeste, la misma flora cotidiana: los valiosos quebrachos y otras plantas que siendo menos prolíficas quedarían más años en pie: el algarrobo nutritivo, adornado por mil zarcillos de oro; el famoso mistol cuya verdura esconde frutos de coral; opuntias espinosas de suculenta pulpa; algún *lorop'sombrán* perfumando el ambiente sereno; y el huiñaj pobre de follaje, que viste una efímera inflorescencia de broches gualda, al amago del viento ó la lluvia, y al cual llamara desde entonces, en honra de su lírico destino: "el anunciador de las tempestades." Todo lo contemplaba nítidamente, y reaparece tan de acuerdo con el paisaje real en mi memoria, que, aun á despecho del lector adverso, creeré siempre en su verdad objetiva y no en

la posibilidad de alucinaciones delirantes. Ahora mismo recobran forma y colorido ante mis ojos las inmóviles copas negras y el suelo erizado de aibes y chaguares. Fué allí, entre las matas ásperas y el alto dosel salvaje, donde ocurrió lo singular del suceso.

Junto al climatérico huiñaj, un ser informe comenzó á moverse. Pudo engañarme la luna, desgarrada entre los ramajes ; pero, como para destruir la falsa hipótesis, lanzó aquella especie de trasgo insubstancial, roncos aúllos, semejante á un perro que sueña. Pudo ser el jayán del hacha, recogido á dormir en pleno teatro de sus faenas, á campo raso, como los otros leñadores; mas, no era él tampoco, pues al discernir más clara su silueta, descubrí un personaje sobrenatural. Apoyado en el tronco, se ocultaban sus pies en la maleza ; muslos y vientre eran velludos : nada velaba su impúdica desnudez. La cara, abominable, conservaba tal vez algo de humano, pero en el áspero diseño, la boca resultaba asaz grotesca, la nariz harto deforme, demasiado hirsuta la barba, y la frente por demás fugitiva.

Ante tamaño engendro, quedé espantado. Ahogaba la respiración en tímido anhélito para no ser descubierto. Y espiándolo desde ese rincón trocado por el miedo en refugio, conseguí mirar sus manos : cinco dedo ágiles jugaban en un canuto de caña indígena donde soplaban sus labios. De pronto, aquella suerte de zampoña dió

varias notas quejumbrosas, armonía de canto y gemido que expresara los dolores de un alma. La espesura silente se estremeció á sus ecos. Volvió de nuevo el caramillo agreste á modular su tierna melopea, y me incorporé, dispuesto á huir. La flauta vibró entonces un aire de las músicas natales. Dominado por ella, osé levantar la mirada, y mi terror subió de punto, porque á la claridad lunar, advertí sobre la cabeza de este archisátiro enorme, dos orejas triangulares, apareadas de cuernos rojos y agudos. En ese instante, como si adivinase el monstruo que me aprisionaba por el hilo invisible de su prestigiosa melodía, se adelantó hacia mí. A pesar del rostro feo, la voz era dulce. Tal confianza infundía su palabra, que hubiera sido cruel rechazarlo, cuando acercándose humilde, preguntó : — ¿ Me conoces? — Fruncí las cejas avivando recuerdos truncos por su faz evocados, hasta responderle, como quien encuentra después de prolongada separación á un viejo amigo casi olvidado ya : — Creo haberte visto no sé cuándo, ni sabría decirte dónde...

Infinito, prolífico, errabundo, ubicuo, multiforme, habitara zonas de nieve y países de sol ; hollara montañas abruptas y misteriosos bosques ; asistiera á edades de hegemonía y épocas de desastre. Su vida era larga como la historia del mundo.

— ¿ Cuál es tu nombre ? — le interrogué.

— Diversos tuve, según las eras y las razas : los naturales de estas selvas me llamaron Zupay.

¡Zupay! Bien sabía quién era. Le había buscado con ahinco bajo las umbrías del follaje y en el laberinto de los matorrales, desde el día que Miguel, un pequeño pastor de esos campos, me describió su figura. Yo aprendí en las antiguas mitologías el abolengo del dios indígena. Lo que no obtuve de talismanes y cábalas, lo conseguía por un milagro de fe. Mis sueños de la infancia admiraron á las criaturas de su reino; y más tarde mi alma fué hacia Él, por esa devoción instintiva que ha prosternado en sus altares á todos los exploradores de lo desconocido...

— ¿Y quién te envía á esta Selva de mis mayores?

— Nadie me envía; parto de ella, — respondió cavilloso.

Zupay evocó reminiscencias de avatares lejanos: acordábase de los Incas, con su corte fastuosa; de los diaguitas idolatras, que acocearon hace quinientos años esa breña, constantemente apercibidas para el combate sus flechas enherboladas; de Inti, que los perseguía con sus rayos, obligándole á buscar reparo en los silos del Antis; de arcabuceros y monjes que, muchas veces, como en la Hispania remota, lo condenaron á la hoguera, aunque burló á la llama, convirtiéndose en llama...

Las palabras de Zupay aclarecieron mis recuerdos. Hacía ya mucho tiempo, la riente Grecia me hablara de él. Sobre el Collado de la égloga virgiliana surgiera,

alguna noche luminosa como esta, encantando á los árcades con su melodía. Creía haberle sorprendido también en colinas de la Edad Media, bailando con mujeres desnudas las medianoches del Sábado. Y tal vez aquel ser extraño era el mismo que le ofreciera dátiles silvestres á Antonio que iba á visitar á Pablo por un camino del desierto; el mismo que con su tropa, un día del reinado de Tiberio, azoró de clamores la ribera de las Equinades... Y él rehallara sus reinos salvajes en estas selvas que nombraba por mías, bien que jamás como en aquélla, verde siempre de mirtos y laureles, donde las muchedumbres le amaron y donde, en cambio de su culto, les enseñó la eterna trilogía de la máscara, la danza y el vino... Por eso dijo Zupay:

— Parece que también en estos montes mi dominación va á declinar.

— ¿Sientes pasar sobre ellos el presagio de una catástrofe definitiva?...

— Tú los has dicho... Dentro de pocos lustros, estos bosques habrán sido del todo exterminados.

Él y yo quedamos sobrecogidos. Había sonado su discurso con el firme acento de una fatalidad inexorable. Y como la bárbara profecía me desgarrara al corazón, invocaba yo en auxilio de la fronda, todas las fuerzas sagradas del Universo. En ese gran momento, metafísico mi fe panteísta pereciase de que me complaciera el Agua cuando le imploraba su fecunda humedad; y el Viento cuando pedía á su espíritu renovador que

sembrara los gérmenes de los frutos maduros; y el Fuego, cuando le rogaba que bajase vivificante como un efluvio divino desde la lumbre solar. Anhelaba á la naturaleza maternal floreciendo en bondad generadora, y ansiaba que los genios primordiales del mundo viniesen á nutrir en el vientre de la Tierra las creaciones de la flora selvática... Pero me reconocía demasiado solo ante la indiferencia de las cosas; pues la Selva tal vez moriría, por la chispa voraz que tala ó por el ciego huracán que devasta, ó por las olas trágicas que inundan ó por el limo que se vuelve estéril. Cierto que ella podría renacer, gracias al prodigio del tiempo, mas no veríamos nosotros esa lenta palingenesia de los siglos, ó acaso antes de ella, la Civilización, ingeniosa transformadora de continentes, habría lanzado sus legiones de nuevos pueblos sobre las llanuras desmontadas.

— ¿ Y quién te ha revelado el secreto, Zupay ?

— La clave del porvenir fué el don de las antiguas sabidurías — me respondió — pues en el reino de la Sombra, el vuelo de las alas, la irradiación de los astros, las vísceras de un animal, la oscilación de una llama, los sueños de la mente, los temblores del agua, denuncian con su cifra el enigma de lo que sucederá. Y Zupay agregaba : — Pero, aun cuando así no fuese, ¿ entiendes, por ventura, la fatal evidencia de los signos humanos ?... ¿ Notaste ayer, á la sazón del alba, invasores armados de aceros pululando en la selva ?... Pues

son los hijos de ella, y vienen á destrozar á la madre...

En efecto, la Selva sintió, en los orígenes de su historia, el paso de las embajadas salvajes que iban á pedir á los Incas los beneficios de su noble civilización; oyó, posteriormente, el piafar de los potros de la conquista, á cuya grupa venían los buscadores de los Ríos del Oro; escuchó después la monótona plegaria de los misioneros, cuyo rumor imitaban, como un eco divino, les susurros de la brisa en la fronda; holláronla más tarde los gauchos de Mayo dirigiéndose al Alto Perú, en la más bella aventura por la libertad que hayan visto los tiempos; estremeciéronla en seguida los galopes de las montoneras federales; y vió, por fin, el avance de los ejércitos que iban á exterminar en su propio seno á los últimos sobrevivientes de las razas bárbaras; pero todos pasaron por ella como el propio huracán de sus tormentas que la agitó cien veces, dejando siempre incólume la integridad de sus siglos.

Por eso Zupay agregó:

— Tal vez un día no lejano, tú mismo asistas con horror á la carbonización de sus postreros árboles, ardiendo la seca broza en babilónicos incendios que hagan palidecer á las estrellas... Anunciaron los zodíacos que esta virginidad sería violada y ultrajado el pudor de su sombra. Cayó el primer quebracho, otros nuevos tumbaron tras él; y al clarear la luz en el bosque, irra-

dió con sonrisa de júbilo sobre el filo bruñido de las hachas...

— ¡ Y yo, Zupay, que glorifiqué un día las Hachas!

— Siempre han loado su triunfo los hombres de la lira... Todos me abandonarán... y cuando el Sol, que disipa mi reino, haya alumbrado la breña... yo tendré que huir.

— Olvidas tu historia, Pequeño Maestro — le repliqué, tratándole como en los medioevales ritos mágicos. — Y yo meditaba que si él, Zupay, reencarnaba en su forma rústica el mismo numen diabólico de las edades clásicas, diría que son los hombres de la Lira quienes le glorificaron mejor : Los sucesores de la estirpe latina hemos proclamado su solio en las visiones de Dante; los herederos de los bárbaros blondos, supieron su grandeza cuando Milton fustigó tu dolor ; más tarde la angustia le dirigió una plegaria en versos de Beaudelaire, la rebelión en rimas de Carducci, el genio en alejandrinos de Hugo... Físicos y alquimistas son los que le traicionaron. Él había inspirado, dada la universal identidad del dios, el homúnculus, la panacea, el oro químico, el alcaez, y de esas formidables quimeras nació la ciencia de hoy, que aprisiona el pensamiento en la célula, el rayo en alambres, la tromba en calderas...

— Con ellas se te perseguirá — continuaba yo mismo — pues ya nadie salmodia en exorcismos y conjuros el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sino los de Crookes, Curié, Edison, Marconi, Pasteur...

— ¡ Cierto ! Y en la guerra implacable me destierran del bosque solariego, y derriban mis grutas montañosas, y me expulsan de las rocas del mar...

Callamos. El gesto de un incurable hastío se arrugó en el semblante del desastrado Zupay. Jamás el Mito llegó á sufrir más honda la pesadumbre de saberse inmortal. Sin sorprenderle, mis argumentos le impresionaban, porque era la primera vez que los oía de labios terrenales. Hasta que, reanudando nuestro interrumpido coloquio, agregó :

— Y si no bastasen los leñadores y sus templados aceros, y los troncos por ellos derribados, hay otros hechos que auguran la irreparable destrucción de la Selva y la muerte del divino misterio que ha florecido en ella... ¿ Oyes ?... Un son confuso llega como si brotara de las ondas del río... No ignoras, por cierto, que nos encontramos próximos al apacible Salado... ¿ Recuerdas el tortuoso cauce, las perezosas crecidas, las sequías flageladoras, las avenidas periódicas, el lecho de barro y la costa fértil, donde prosperaron con espontánea lujuria la leyenda y la fronda ?... Pues bien : ya no existe aquel río...

— ¡ Cómo ! ¿ Han cegado su madre; se han secado sus fuentes ?

— Ya no corre el primitivo Salado, no porque sus manantiales estén exhaustos ni obstruída su cuenca,

sino porque aguas nuevas, por nuevos canales, se derraman,generando la vida, donde antes no era sino erial y bosque... Han venido á rectificar su ribera y regimentar sus corrientes los magos rubios del Teodolito, á quienes juzgaran discípulos míos las gentes sencillas de estos lugares... Y, ¡ quién lo dijera ! son ellos los que han marcado la hora final de mi reino.. Ven conmigo y admirarás el último espectáculo maravilloso que sea ya dado contemplar á sus márgenes.

Marchábamos por una estrecha picada. Las hierbas del suelo apagaban el rumor de los pasos. El silencio era casi total. Debía rodar muy cerca de donde nosotros el río, pues escuchábamos su murmurio nocturno. La espesura y la noche rodeábannos por doquier. La penetrante esencia de los poleares y el vago aroma de las flores del aire retenían cierta dulce sensualidad agreste en la atmósfera que respirábamos. Pasaban caleidoscópicos por mi memoria, el paraíso de los helenos, la selva de los indúes, el desierto de los hebreos, y la arteria fluvial de los egipcios — crisoles geográficos donde se formara el alma de esos pueblos. ¿ Era que la mano de Dios ponía en los accidentes regionales la clave de los destinos colectivos?... El rumor de las ondas, cuyo eco mormojeaba entre los árboles, había arrobado el sueño secular de una raza de consciencia complicada, ondulante, escondida, rumorosa, profunda

— todo como aquel río — raza que creció fatalista cual la quiso el azar de sus riegos providenciales en el sembrado local y que vivió soñadora, pues al cruzar el bosque por las sendas obscuras, le dieron los cuchicheos de las folias, y los susurros del céfiro y el idioma de los pájaros, una perenne sugestión de misterios. Acaso transformado aquel río cambiara el pueblo también; y me arriesgara á preguntárselo á Zupay, cuando avisté la proximidad del Salado. Al asomar sobre la barranca, estupendo cuadro de vaticinio se me reveló como en los ensalmos mefistofélicos del Fausto. La comarca, antes virgen, desplegaba su actividad. Multitud de extranjeros y nativos, confundidos á guisa de laboriosa colmena, removían el suelo en inverisímiles excavaciones. Alegres casitas blancas matizaban la banda opuesta. Se discernía en el oriente de la noche clarísima una ciudad nueva. Intigasta, el pueblo del Sol, que los pedantes civilizadores hubieran llamado Heliópolis. Sobre ella descollaban la torre esbelta de un campanario y audaces chimeneas de fábrica. Venían de lejos silbatos de locomotoras potentes que perforaban la sombra devorando distancias. El cauce del río era ancho, y sobre las aguas tranquilas, balsas á vapor se deslizaban lentamente, empenachadas de humo, á trechos argentado por la luna. Pronto pasarían por allí esos mismos bajeles, portadores de ingentes riquezas, llevando la mies agrícola para la Europa agostada; alfalfa y azúcares para los puertos litorales; algodón y

maderas para las ciudades industriosas, durmientes para los rieles que iban á atravesar la joven Patagonia. Ni Zupay ni yo osábamos decir una palabra. Invisibles y mudos desde nuestra propia tiniebla, avizorábamos con ojos ávidos aquella formidable explosión de vida. Pero, nostálgico de más felices antaños, se desató por fin su lengua en exclamaciones frenéticas. Según él, ya no existía el Salado de las tradiciones, porque ante semejante espectáculo, no se atrevería la Mul'ánima á saltar esta zanja, como acaso lo hacía, dejando al desgaire su brida de plata, para batir las alas de sus ijares sobre el cuello estirado del viento; y el lúgubre Kacuy emigraría á luengas zonas de la América, temeroso de turbar con su plañido la melodía de esas olas; y el Runauturuncu perecería sediento más bien que descender al vado de la barranca, á abrevar en sus aguas, con su fauce de tigre; y nunca jamás tornaríamos á sentir en al tierra el galope del Toro satánico, que asolara los bosques del Saladillo.

La pena de Zupay, así como su voluntad de perecer provenían de que al rectificar el cauce, grandes cañadas del trayecto, volcándose en el plano inclinado de la región, corrieron á insumirse, por azar funesto, en las negras cavernas de una Salamanca.

Invitóme á seguir, para llevarme hasta ellas, y le acompañé sin reparo : ni le ruborizaba la evidente de-

rota, ni me afligía el terror que, siendo niño, me inspiraron esas visiones.

Cuando arribamos, aturdía con su estrépito la enorme masa de olas, rodando al fondo de aquel abismo fabuloso. Era el desastre de la sombra, el término del mundo antiguo en las selvas. Circundaba la puerta del antro un abra clandestina donde en otras épocas solían celebrarse aquelarres. Serena como un cisne en un lago, bogaba la luna por el azul inmenso. Su vaga luz iluminaba el cuadro de la catástrofe. A saltos y contorsiones epilépticas, ofidios y batracios se escapaban del hórrido recinto, mientras otros se derrumbaban á la sima, forzados por el avance de las aguas de Dios. Despavoridas hechiceras, unas en plena juventud, otras de carnes arrugadas y senos lacios, huían hacia lo interior del bosque, invocando á los númenes de sus blasfemias y pugnando por cubrir su desnudez con el raído harapo de sus vestidos. Surgían de la cueva desolantes coros y gritos estridentes: rugir de sacrílegos anatemas y sordas musitaciones de plegaria. Silbaban las serpientes, crecitaban los buhos, croaban las ranas, roznaban los burros íncubos, y sobre aquella tenebrosa albórbola de la fauna infernal, aullaban entrecortados versículos de las letanías satánicas:

¡Lucifer, ten piedad de nosotros!
¡Leviathán, ten piedad de nosotros!
¡Belzebuth, ten piedad de nosotros!

¡ Baal, príncipe de los serafines !...
¡ Baalberith, príncipe de los querubines !...
¡ Astaroth, príncipe de los tronos !...

Eran las invocaciones al espíritu infinito de las tinieblas, jaculatorias al genio multiforme del mal, flotando sobre el derrumbamiento de su fatídica iglesia. Por la boca de la teúrgica Salamanca no salía ya la música divina que arrobó tantas veces el alma de mis paisanos. Las brujas no danzaban en ronda, ni consultaban sus nigromancias, ni signaban de espinas la efigie de sus maleficios. Los demonios se dispersaban de la revuelta academia, haciendo silbar colas de endriagos ó agitando membranas de espeluznantes vampiros, mientras ellos mismos se tapaban las grandes orejas para apagar los clamores de aquel inesperado diluvio.

Zupay tantas veces adorado, y tantas escarnecido en la propia Selva, asistía, opreso de angustias, al desenlace infausto de su dominio, al desplome de su montaña de sombra. Sentado en el tronco de un árbol; descalabrado en ese bajío de su fortuna; engurruñido, recodado, con la diestra en la boca iracunda, evocaba la silueta del Diablo triste de Leconte de Lisle.

— ¡ Aymé ! — clamó sin ilusión el Vencido.

— No desesperes, Zupay — murmuré.

— ¡ Las selvas van á morir !...

— La conquista de las campañas redundará en bien de tu poderío.

— ¿A dónde refugiarse? Las pampas carecen de misterio, y las montañas — antes lo mejor de mi monarquía — se rinden violadas por alambrecarriles, mientras el duende de la mina entrega el oro á la avidez de los mercaderes.

— Haz como el duende de la Montaña Zupay.

— ¿A dónde ir?

— El genio de la montaña me refirió que varios hombres armados de lámparas frías y picas agudas, llegaron hasta la estalactita recóndita donde guardaba su tesoro. Era su tesoro un valioso diamante. Obligáronle, á golpes, á que lo cediera, y decidió recobrar por astucia lo que le arrebataron por violencia. Valido de su pequeñez, salió por un resquicio sin ser notado. Los siguió por quebradas y cumbres y valles y montes, hasta llegar á una ciudad lejana, donde la piedra preciosa fué vendida á un orfebre que la mandó tallar en prismas y engarzar en su joya más lujosa. El gnomo entonces imaginó construir por arte mágico un palacio de luz. Hízolo en el brillante y habitó en él. Su morada fué castillo del espectro, adornado con arabesco del iris. Codiciado de todos, fué por fin, á manos de una hermosa cortesana... Ahora, cuidan otros el tesoro por él, y él vive feliz en su luminoso cautiverio, encendiendo tentaciones de amor y pecados de vanidad.

Sonrió Zupay con incrédula amargura, convencido de que este pueril relato era sólo una caridad de mi fantasía. Y viéndole tan mohino, continué platicando:

— Las pampas, las selvas, las montañas, se transforman en beneficio de las ciudades. En ellas está para ti la tierra prometida. Si desciendes navegando el río que cruza estas comarcas, desembarcarás en otro mayor, y por él en un tercero, tan grande que parece un mar. En las playas de este último río encontrarás una populosa metrópoli, nutrida por la savia de estas campiñas casi desiertas. Ella resume á Bizancio, á Cartago y á Babilonia. Hallarás en su pueblo noctámbulo magnificencias y horrores, pompa y lujuria, muchas falsas grandezas y arrivismos vehementes. Busca los clubs, las fábricas, las universidades, los parlamentos, las bolsas, sitios infernales que las urbes antiguas no conocieron, pero que te ofrecen nuevo imperio sin límites.

— ¡Cómo arriesgarme en semejante aventura, yo, pobre dios campesino y zahareño!

— ¡Oh! La superstición regional te atribuye el poder de la metamorfosis. Yo he visto á la mujer ingenua del bohío persignarse ante el remolino que pasa, pues el *huaira-muyoj* eres tú, fluído Satán que caracoleas en el viento .. He oído también que cierto día te apareciste á otra mujer bajo la forma de un gallardo mancebo, congénere del tentador elegante que visitó el jardín de Margarita...

— ¡Verdad! ¡verdad!...

— Deja, entonces, tus piernas buidas y tu patas de chivo y tu rostro magro...

Zupay volvió á sonreir; su sonrisa fué un trágico resplandor de victoria, sobre sus mejillas devoradas por lágrimas de fuego...

Callados él y yo, advertí en el silencio que la balumba del derrumbamiento decrecía. Dijérase que amainaba sus furias el azote, tras sus primeras entonaciones de borrasca. No se oían ya tan broncos los fragores del niágara subterráneo. Esto mismo trocóse más tarde por algo menos confuso, se simplificó hasta no ser sino una sonora onda líquida que gimiese al pasar entre dos rocas. Paulatinamente su voz fué afinándose: y en el momento de apagarse allá lejos, su música indecisa me repitió las notas, que modulara Zupay en su llorosa quena. Y después... ¡nada!... No sentí la cascada, ni la melodía silvestre, ni el murmurio del río; no vi ya ni á Zupay, ni la selva, ni los astros nocturnos. Si fuese posible explicar ese estado singularísimo, diría que, perdida la conciencia de mi propia unidad, conservaba, sin embargo, la conciencia de la nada exterior... Si los que han dejado de existir algo saben, debe ser así la sensación de la muerte.

Y pasaron instantes que pudieron ser un segundo ó la eternidad. Y de aquella negación inefable surgió un hecho definitivo. Llegó á mis oídos algo como un pre-

ludio de resonantes acordes, acentos varoniles que iban desde el agudo timbre del oro hasta las amplias notas del bronce. Era como una música de hachas. En la vasta sinfonía metálica sonaban toques rítmicos, golpes secos de aceros vibrantes repercutiendo en múltiples ecos. Humanas voces acompañaban aquella insólita armonía del bosque, coreada por los silbos del viento y por el trino matinal de las aves.

Ignoro que hubiese tenido los ojos cerrados ; pero al restregarme los párpados, comencé á columbrar el circunstante paraje. Reconocí la escena : era el mismo sitio á donde llegara la tarde anterior. Amanecía. Veíase por los claros del bosque sonrosada vislumbre. Todo era claro, fresco, puro, pero lo veía como á través de una divina niebla. La claridad iba lentamente ahuyentando las sombras. Zupay había desaparcido ya. Entonces, bajo el huiñaj florecido, do el dios costeño se me revelase, vi aparecer al Hombre del hacha. Sorprendióse de encontrarme á esas horas sobre el quebracho que se preparaba á desgajar. Le referí mis visiones ; me oyó con atención ; pero, cuando concluí mi relato, se redujo á contestarme en la lengua de sus antepasados.

Tuta puntuaraicu llallin ;
Sachapaj cancharichcan :
Cunancka acu llamcaj.

Su decir pintoresco buscó, sin duda, significarme

con esa imagen de la noche que se disipa y el día luminoso que nace, cómo había pasado la sombra que los envolviese y cómo la luz venía alumbrado para la Selva. No prestó mucho crédito á mi narración, que era tal vez una profecía, gracias á cosas vistas en la región de los sueños, donde los ojos no ven. Y como « había llegado la hora de trabajar », según su frase comprensiva y enfática, se arremangó la camisa manchada de viriles sudores, escupióse las palmas de la callosa mano, empuñó el mango del hacha y asestó el primer golpe de ese día sobre el tronco que él mismo derribara. Gimió el quebracho, como si aun se quejase por la vida. El labrador continuó impasible su tarea... ¿ Qué sabía él?... Acaso ni siquiera sospechaba la música grandiosa que él mismo contribuía á crear, mientras yo presenciaba la simbólica escena, obsesionado por las palabras de Zupay, ante el árbol que fuese, entre todos los hijos de la selva virgen, alcázar de los pájaros y lira de las tempestades, hermano de los leones y primogénito del Sol.

FIN

RICARDO ROJAS ESCRIBIÓ ESTE LIBRO EN BVENOS AIRES·DE MCMIV Á MCMVII·MATEO ALONSO DIBVJÓ ESTA PÁGINA·PELELE EXTRAJO EL BLASÓN DE VN LIBRO DE ACTAS CAPITVLARES DE SANTIAGO DEL ESTERO. Y SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE GARNIER HERMANOS · EN PARÍS · EN XXX DE SEPTIEMBRE DEL AÑO MCMVII.....

ÍNDICE

EL PAÍS DE LA SELVA

Blasón. v
Dedicatoria. vii
Advertencia preliminar. ix

PRIMERA PARTE

La Conquista 3

SEGUNDA PARTE

Un camino 31
Indios amigos. 43
Fascinador de salvajes 57
Leyendas del hierro 65
Las fiestas 73
El trovador 87
La danza. 103
Yaravíes 115
De paso 125

TERCERA PARTE

La fábula 137

CUARTA PARTE

Zupay 163
Los Difuntos 173
La Salamanca. 185
El Toro-diablo. 193
El Íncubo 201
El Runauturuncu 209
La Mul'ánima 217
La Telesita. 225
El Kacuy. 233

QUINTA PARTE

El Éxodo. 243

23-9-07. — Tip. Garnier Hermanos, Paris (Ar...lt).

863.61 R74

a39001 008182241b

38220